

SIERRA SUR DE JAÉN



Alcalá la Real
~
Alcaudete
~
Castillo de Locubín
~
Frailes
~
Fuensanta
~
Jamiéna
~
Martos
~
Torredelcampo
~
Valdepeñas de Jaén
~
Los Villares

LEYENDAS E HISTORIAS DE LA SIERRA SUR DE JAÉN

LEYENDAS E HISTORIAS DE LA SIERRA SUR DE JAÉN



Programa de Desarrollo Rural de Andalucía 2007-2013 Plan de Actuación Global "Comarca Sierra Sur de Jaén"

Gestionado por:



Promovido por:



Financiado por:



© ADSUR (Asociación para el Desarrollo Rural de la Sierra Sur de Jaén).
Edita: Asociación para el Desarrollo Rural de la Sierra Sur de Jaén.
C/ Egido s/n, Valdepeñas de Jaén (Jaén), España.
Teléfono: 953 310 216. Fax: 953 311 451.
Página Web: www.adsur.es
Correo electrónico: adsur@adsur.es
Edición: Primera.
Fecha Edición: 23 de enero de 2013.
Depósito Legal:
ISBN:
Imprime: Gráficas Francisco del Moral, S.A.
Autovía de Andalucía, km 318, Andújar (Jaén).

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio físico o electrónico, sin la autorización previa y por escrito de los propietarios del Copyright.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Leyendas e historias de la Sierra Sur de Jaén.



Índice

Presentación.....	6
Prólogo.....	7
Introducción.....	8
Alcalá la Real.....	11
Por las Entretorres.	13
Vagando por Las Cruces.	17
La rota de la matanza.	21
La mora Cava.	27
Alcaudete.....	33
La Cruz del Humilladero.	35
La Fuente Zaide.	39
Muerte de un rey.	43
El rey mendigo.	47
Castillo de Locubín.....	51
“Castillo de locos vi”.	53
Origen de la Ermita de Jesús “la imagen quiso quedarse aquí”.	55
“Entre el río y el Salado, el tesoro del rey moro está enterrado”.	59
La cueva del Jabonero.	61
Frailes.....	65
El nombre de Frailes.	67
La leyenda de Juan de Arjona.	69
La cueva del tesoro.	71
Poblamiento y conquista de Frailes.	73
La conquista de Frailes por tropas alfonsinas.	75
Duendes, brujas y encantadas.	77
El valdepeñero y el borrego.	79
En Frailes se hizo bailar a la pava.	81

Fuentsanta.....	83
Leyenda de “El Duende”.	85
Leyenda de “La Negra”.	89
Leyenda de “El Alojado”.	93
Leyenda del “Peñón del Ajo” de Fuentsanta.	97
Jamilena.....	103
Frente al toro está el tesoro.	105
La devoción de la Virgen de la Estrella en Jamilena: herencia de la Reconquista.	107
La Casería Miles.	109
Martos.....	113
Leyenda del sacrificio de los Hermanos Carvajales.	115
Leyenda de Isabel de Solís.	119
Leyenda de doña Mencía López de Haro.	123
Torredelcampo.....	127
La leyenda del pasadizo/galería entre la plaza y la ermita de Santa Ana.	129
Leyenda del Cristo Yacente.	133
Valdepeñas de Jaén.....	137
El Cristo de Chircales.	139
La calle de las Ánimas.	141
Historia de los jilgueros.	143
Los Villares.....	147
El milagro de San Juan de la Cruz.	149
Una justicia ejemplar.	153
Agradecimientos.....	157

Presentación.

Cuenta la leyenda... En ese preciso momento nuestra imaginación vuela para recrear las palabras del narrador con tal realismo que nuestro yo interior se siente protagonista de ese trocito de historia, medio real, medio fantástica.

Necesitamos creer en lo divino, en lo imaginario, en lo supremo, necesitamos pensar que el lugar que nos vio nacer o donde vivimos es algo más que un punto insignificante en un mapa. Nuestra imaginación recrea situaciones inaccesibles en lo cotidiano, somos presa de nuestro afán por vivir más allá de la realidad presente y nos embarcamos en viajes imaginarios a través del tiempo, de la historia, por el sendero del pasado, recreando las vivencias que nos transmitieron nuestros antepasados a través de los relatos heredados, a través de las leyendas...

¿Qué es lo real y qué lo ficticio? Una delgada línea separa ambas percepciones y nuestra capacidad de raciocinio se deja arrastrar por la imaginación. Leyenda, historia y narración se enlazan para formar un mundo casi perfecto para los sentidos del oyente y del lector.

Tierra fronteriza, testigo de batallas y grandes gestas desde tiempos inmemorables, la Sierra Sur de Jaén ha sido una tierra multicultural, escenario de leyendas increíbles relatadas por sus gentes. Esta tierra, la del Arcipreste de Hita, ha suscitado la recreación de esas historias fantásticas, de esos relatos, leyendas y romances, que han mostrado al mundo la riqueza de esta tierra.

Mitos, historias fantásticas, leyendas e ilusiones reflejadas en la memoria colectiva de las gentes de la comarca... relatos que han llegado hasta nuestros días enmarcados en un tiempo y un lugar, con personajes reales o imaginarios, basados en las creencias populares y en las experiencias colectivas de la Sierra Sur de Jaén. Un proceso de tradición oral en el que estas leyendas han experimentado un proceso de evolución que ha dado lugar a todo un abanico de distintas versiones.

Con este libro se ha pretendido, por un lado, recoger algunas de las leyendas más populares y reconocidas por las gentes de la comarca y, por otro, quiere servir de homenaje a aquellas personas que han contribuido de manera fidedigna al mantenimiento de las mismas. Espero que ambos fines se hayan conseguido fielmente.

Juan Peinado Castillo.
Presidente de ADSUR.

Prólogo.

Las leyendas son narraciones tradicionales que se transmiten entre generaciones, incluyen elementos de ficción y resultan familiares a los miembros de una comunidad. Al contrario que los mitos, que sólo se ocupan de lo divino, las leyendas se ocupan de lo humano. Al contrario que los cuentos, que se desarrollan en tiempos y lugares convenidos e imaginarios, las leyendas se desarrollan en lugares y tiempos precisos y reales. Las leyendas tienen como tarea principal dar fundamento y explicación a una determinada cultura, su elemento central es un rasgo de la realidad cuyo origen se pretende explicar.

Hay muchas clases de leyendas: históricas, religiosas, urbanas, rurales, etiológicas (que aclaran el origen de los elementos de la naturaleza), escatológicas (acerca de las creencias del más allá),...

La comarca de la Sierra Sur de Jaén, es tierra de leyendas y romances. A lo largo de los siglos y protagonizados por hombres y mujeres de todos sus municipios, han ocurrido hechos heroicos y fantásticos que transmitidos de generación en generación han llegado a nuestros días.

Muchas de estas leyendas han sido recopiladas por miembros de la “Asociación Comarcal de Investigadores/as de la Sierra Sur de Jaén – ACISUR” para el libro que tienes en tus manos “Leyendas e historias de la Sierra Sur de Jaén”.

“ACISUR” se constituyó en 2010, en Valdepeñas de Jaén, con el patrocinio de “ADSUR” y con motivo de la celebración de las “I Jornadas de Cronistas Oficiales e Investigadores/as de la Comarca de la Sierra Sur de Jaén”.

Entre sus fines destacan los siguientes: Estudiar, promover y divulgar la cultura de la comarca de la Sierra Sur y, especialmente, su patrimonio material e inmaterial, así como, promover la realización de estudios y trabajos monográficos sobre la comarca y contribuir a su difusión.

El ámbito territorial en el que ACISUR realiza principalmente sus actividades es la Comarca de la Sierra Sur de Jaén, constituida por los municipios de Alcalá la Real, Alcaudete, Castillo de Locubín, Frailes, Fuensanta, Jamilena, Los Villares, Martos, Torredelcampo y Valdepeñas de Jaén.

Juan Infante Martínez.
Presidente de ACISUR.

Introducción.

El olvido es uno de los males de nuestros pueblos. Olvidamos con facilidad los hechos que forjaron su historia y que marcaron el carácter de sus gentes.

El hombre es un ser que aprende a fuerza de caer y levantarse una y otra vez, tropezando en la misma piedra, olvidando lo aprendido para cometer de nuevo los mismos errores con el paso del tiempo. Con la intención de mantener fresca la memoria de los pueblos y su tradición oral, de recuperar los vestigios de la historia y de descubrir la realidad que subyace en cada gesta, publicamos esta recopilación de leyendas y de historias procedentes de la memoria colectiva de las gentes de la Sierra Sur de Jaén.

Esta tierra ha sido un crisol donde se han mezclado diversas culturas y tradiciones. Íberos, romanos, visigodos, cristianos, árabes, judíos... dejaron una huella indeleble. De este gran acervo cultural remanecen innumerables historias y leyendas. La Asociación para el Desarrollo Rural de la Sierra Sur de Jaén, ADSUR, quiere contribuir a la perduración de esta riqueza legendaria mediante el libro que aquí presentamos y que hemos titulado **“Leyendas e historias de la Sierra Sur de Jaén”**. Un libro que nace con el afán de conservar el conocimiento de nuestro pasado para así entender nuestro presente y proyectar nuestro futuro.

Estas leyendas, provistas de cierto halo de misterio y enigma, tienen un especial atractivo popular. Su origen lo encontramos en hechos a los que se han ido añadiendo, con el paso de los años y con el ingenio de sus narradores, matices épicos y apócrifos. En unas ocasiones, fueron fruto de las tramas de los poderosos que creaban personajes míticos para el sometimiento del pueblo mediante el miedo a estos seres. En otras, aparecían como explicación a los terribles crímenes que se cometían para la salvaguarda de las buenas costumbres y tradiciones de la época. Fuera como fuese, las leyendas han llegado hasta nuestros días y debemos quedarnos con las moralejas que guardan para así no olvidar las lecciones que la historia nos da a través de estos relatos.

Esta recopilación de leyendas e historias pretende ser un humilde homenaje al conocimiento popular y a la tradición oral de una comarca tan singular como es la Sierra Sur de Jaén. Esperemos sea de su agrado.



Alcala



Alcalá la Real

Domingo Murcia Rosales
Cronista Oficial de Alcalá la Real

Francisco Martín Rosales
Catedrático de Instituto

Alcalá la Real

POR LAS ENTRETORRES.



orría el siglo XV. Los alcaláinos, como hombres de frontera, están especialmente preparados para el enfrentamiento con el vecino granadino. Adalides y hombres de campo, conocedores de la astucia y diligencia de los granadinos, conocen el momento y lugar en que se ha de poner la guardia, dónde conviene el escucha, dónde el vigía o el escusaña, qué atajo es el más seguro o qué espía lleva y trae. Conocen el polvo del camino, distinguiendo si las pisadas son de gente de a pie, o de a caballo, o de ganado, precisando con gran aproximación el número. Y no digamos de las señales de humo. No es lo mismo la del carbonero que la ahumada del centinela, la de la almenara que la de la candela de los pastores. Saben preparar la celada y dónde deben situarse la caballería y los peones. Distinguen el falso rebato del verdadero aviso. Dominan los ardides y engaños, y saben guardarse de ellos. Saben coger el rastro, siguiendo el verdadero, y guían con maestría las huestes, buscando las aguas y los pastos necesarios para los descansos. Determinan los lugares seguros y provocan al enemigo en el momento necesario, con la información puntual. De noche, sus oídos no descansan; de día, sus ojos no se cierran... Y es que, debajo de las pestañas del atalaya, está la guarda de la población...

La vida en Alcalá la Real tiene visos de normalidad. Las gentes salen del recinto amurallado con sus ganados y sus aperos de labranza. De madrugada, cabalga Diego Rodríguez de Linares y Zambrana. Va a cumplir con su misión cotidiana: visitar las atalayas que señalizan la



frontera. El cargo de guarda escusaña es oficio muy estimado. Ha salido de la Mota en busca del valle de la Fuente del Rey, y, tras un breve descanso en el remanso del manantial, ha trepado por el cerro buscando el Cascante. Vereda abajo, por las Entretorres, se dirige a la peña del Yeso. Gruñen los jabalíes y se arrullan las tórtolas. Saltan las liebres y observan atentas las alimañas. Al alba se encuentra junto al camino de Granada, al pie de la Peña Aguda.

Un tropel que se acrecienta, ha interrumpido el bucólico-medio-silencio. Tropas... Atabales, caballeros, lanceros, clarines, ballesteros... Un estandarte. Es el pendón real granadino. Hay que ocultarse. Los matorrales son lugar adecuado. ¿Qué hacer? Al caballero alcalaíno se le plantean problemas de conciencia. Si permanece escondido, está en peligro su ciudad, que despierta en estas horas alegre y confiada; si impasible, quedará en entredicho su fidelidad a la patria y a su rey. Saca eslabón, pedernal y yesca, y enciende una hoguera. Se emprende la retama y el tomillo seco, que humea intensamente.

Frente a la Peña del Yeso, en la cumbre del cerro de la Escucha, el vigía de la torre del Arcediano avista la ahumada y se da cuenta del peligro. Alerta en las atalayas. La Moraleja, el Cascante, la Dehesilla, avisan del peligro a los de Alcalá.

Casualmente, el conde de Cabra, alcaide alcalaíno, que ha madrugado para ir al campo a recoger frutos, reconoce las señales de peligro, y, con poca escolta y un claro riesgo para su persona, dada la proximidad del enemigo, busca y rebusca a los campesinos y pastores, y les incita a regresar a Alcalá, para refugiarse en la Mota, dentro de las murallas. Todo ello, con presteza y sin titubeo.

Aquí ya se preparan para un fuerte enfrentamiento. Alcalá está, una vez más, en armas.

Si la intensa humareda ha puesto ya en aviso a unos, va a detener a otros. El rey de Granada ordena parar el campo. ¿Quién ha sido el autor de tan grande atrevimiento? ¿Quién el arriesgado que reta al monarca musulmán?

Ante el acoso de numerosos caballeros, Diego de Linares es apresado fácilmente, y cuando se disponen a ejecutarle, interviene el rey, que ha llegado colérico, buscando el autor de esta osadía:

- ¡No lo matéis! ¡Esperad...!

Arrastrado hasta los pies del granadino, es interrogado:

- ¿Cómo viendo mi estandarte has hecho esto? ¿Es que estás loco?



Puerta de la Alcazaba.



- Señor, antes que mi vida, está el servicio a Dios, a mi patria, a mi rey y a mi honra. Mi ciudad no sabe que queréis atacarla y está en peligro de perderse...

- Con hechos así, sólo podrás encontrar la prisión o la muerte...

- Yo por bueno lo tengo, y más quiero padecer, señor, que no que digan mis vecinos a mis hijos: "La flaqueza de tu padre hizo viuda a tu madre."

Se loa el rey de tan valiente respuesta y ordena el regreso de las tropas a Granada. Lleva prendido a Diego Rodríguez de Linares. Es un cautivo especial. Se le deberá tratar con cierto respeto y afecto, pues es un ejemplo de heroicidad para las huestes musulmanas. Prisionero durante algún tiempo, llega la primera pascua. El rey le deja en libertad, tras diversas gestiones del conde de Cabra, y le regala un caballo, un capellar de grana y unas doblas. Camino de Alcalá, le escoltan diez caballeros moros.

En la Mota le recibe Diego. El guarda escusaña es portador de una carta del granadino. El conde lee atentamente la misiva: "... si algún vasallo mío, en alguna ocasión, hiciere algún servicio tan particular y de valor como éste, yo le tendría en cuenta, con mucha honra, y le haría al menos la merced que hice con vuestro caballero..."

Hay un ligero escalofrío en el alcaide. Sobrecogimiento. Piensa en sus quinientos hombres. Gente de frontera, siempre dispuesta a luchar, a defender unos intereses comunes, a morir por un ideal si preciso fuera.

Los Linares sirvieron a Alcalá la Real durante siglos. El primero de ellos, Juan Sánchez de Linares, padre del protagonista de este relato, vino con Alfonso XI a la conquista de la ciudad. Todavía quedan entre nosotros.

VAGANDO POR LAS CRUCES.



Alcalá duerme confiada tras el toque de queda. Sus calles aparecen vacías y oscuras. Sólo se escucha, de vez en cuando, el viento que perturba el silencio de la noche, invitando al repeluzno.

Cuatro encandilados puntos de luz de aceite, salpicados por esquinas y placetas, contrastan las imágenes movedizas de los gatos y murciélagos. No es usual encontrarse con alguien, si no es con la ronda nocturna.

Es un año cualquiera del llamado "Siglo de las Luces". Un altivo personaje, Hilarión de Guevara, corregidor de Alcalá, trasnocha, siguiendo una costumbre habitual. Tiene fama de seductor. Se encapricha con todo lo que lleva faldas, consiguiendo el favor de las damas, gracias, en muchas ocasiones, al abuso del poder que le da el ser principal autoridad. La honra de muchas familias ha quedado menospreciada por el acoso del caballero de la capa de grana.

La campana del reloj de la iglesia mayor abacial ha sonado a las dos de la madrugada. Es la hora de la cita de hoy. Está impaciente por saborear una nueva pasión. Sí, era a las dos la hora propuesta en el billete recibido. ¿Quién será la misteriosa dama que se le ofrece para el goce carnal? Engreído y soberbio, fantasea, construyéndose ricos palacios, repletos de mujeres bellas, que le ofertan el amor en copas de oro. Sabe que gracias a su dominio, cuenta con el favor de muchas mozas hermosas, afligidas y preocupadas, que le ofrecen su cuerpo a cambio de algún beneficio.



Seguro de sí mismo y embriagado por el éxtasis placentero, aguarda sin miedo el devenir de una nueva aventura.

Entre las sombras, alguien le llama. No siente miedo, pues está acostumbrado a desenvolverse en la tiniebla nocturna. Una extraña figura, encapuchada y envuelta en un manto negro, le reclama. Su misteriosa voz entrecortada, le muestra una complacencia desdeñosa, entre risas y lisonjas. Sabe el corregidor que ha llegado el momento de ser locuaz:

*Ave que al rizado viento
extiendes tus puras alas;
no en acercarte vaciles
a quien te espera con ansia.
Si eres hermosa doncella
que de mi amor haces gala
y anhelas que se realicen
tus amantes esperanzas,
ay, no tardes en llegar
a quien tu dicha prepara
y ha de darte el vivo amor
que necesita tu alma.
Si eres mujer misteriosa
que mi intercesión reclama
para vengar un agravio,
para lavar una mancha,
ven, no tardes, que atrevido
yo retaré al que te falta,
pues no hay nada que resista
a la punta de mi daga...*

La figura empieza a caminar lentamente, sin volver la espalda. Don Hilarión la sigue. ¿Qué mansión le espera, qué hecho, qué nueva experiencia erótica, qué deleite? A cada paso de él, sigue el paso instintivo de ella, que mantiene una distancia puntual. Un largo deambular discurre por las calles empedradas, mientras el persuasor prodiga promesas que obtienen el silencio por respuesta. Es la eterna lucha del amor y el desdén.

Impaciente y obcecado, el soberbio Guevara se olvida de sus modales caballerescos, esquivando la llamada de su conciencia:



- ¡Alto a la justicia! ¡Téngase al corregidor!

Irascible e incontrolable, espada en mano, la amenaza cobardemente, haciendo alardes de su poder, maldiciendo aquel momento hiriente para su vanidad y hombría.

La figura del manto negro sigue, a pesar de todo, su camino, manteniendo la distancia, entre burlas y carcajadas, despreciando las voces del enojado caballero.

Ya están cerca de la iglesia. Junto a sus recios muros, un viejo cementerio va a ser escenario patético del devaneo:

*Vive Dios que si en el seno
de la tierra te escondieras,
allí insensata bebieras
de mi alma el letal veneno:
si con su manto clemente
la Virgen te cobijara,
atrevido te arrancara
de allí mi brazo potente:
y si a la luz sacrosanta
te asieras en firmes lazos,
roto tu cráneo en pedazos
ha de caer a mi planta.
Ni el mismo poder de Dios
puede hoy con mi poder,
pues ansioso estoy de ver
cuál puede más de los dos.*

Tentando a la paciencia divina, con una evidente falta de respeto al lugar donde esperan las cenizas de los muertos, don Hilarión acosa la vaguedad de aquel cuerpo escurridizo y sombrío.

El cielo cubierto de la noche comienza a rasgarse y la luz de la luna ilumina poco a poco un crucifijo pétreo, que se alza sobre un pedestal musgoso y tosco. A su pie, resplandece el ansiado y extraño bulto negro, abrazado a la piedra.

Ante aquel cuadro sugerente y escalofriante, el corregidor se detiene. Vacila, siente por primera vez miedo... Sin embargo la furia y el orgullo le invitan a llegar hasta el final. Se ha prometido desvelar aquel misterio. Al arreciar sus comprometidos pasos,

la enigmática figura se tiende suavemente en el suelo. Por fin. El deseo se va a hacer realidad. Envanecido y confiado, don Hilarión se dispone a inclinarse sobre aquel cuerpo, después de despojarse de su capa, dispuesto a satisfacer sus instintos, sin considerar el lugar ni los avatares de aquella noche.

Al despojarla del negro manto, Guevara siente en su cuerpo ardiente el frío penetrante de un esqueleto que le abraza. Una calavera grisácea y espeluznante se dispone a besarle.

...

Pasó el tiempo y dicen que todas las noches, a la misma hora que ocurriera el hecho, un hombre se levantaba de la cama y paseaba suspirante por el cerro de las Cruces. No llegó a importarle el frío, ni la lluvia, ni la nieve, ni el cansancio progresivo de la vejez. Tampoco los consejos de los médicos, de los confesores, del señor abad.

El arrogante e irascible seductor, sensiblemente apesadumbrado por su fatua vida, buscaba a Dios en los atormentados días de su calvario posterior. Y ante cada cruz, evocaba algún fatídico momento de su vida, derramando sus lágrimas y estampando un beso en la piedra blanqueada, en señal de profundo arrepentimiento.

Así lo contaban los viejos en 1889, como se recoge en un poema de José Tomás Retamero.



Barrio de Las Cruces.

LA ROTA DE LA MATANZA.



En otoño de 1485. En Córdoba se reunía el Real Consejo, bajo la presidencia de Fernando el Católico. Se iba a estudiar la campaña militar contra el reino granadino. Se oyeron diversas propuestas: ir sobre Baza, sobre Íllora, sobre Málaga y Vélez, sobre Loja... pero el conde de Cabra, Diego Fernández de Córdoba, expuso la conveniencia de caer sobre Moclín.

La tropa reunida, que eran huestes reales de distintas procedencias y del propio conde y mariscal de Castilla, del alcaide de Alcaudete -Martín Alonso de Montemayor-, del maestre de Calatrava, del conde de Buendía y de otros caballeros, partió de la ciudad califal hacia Alcalá la Real.

La Mota se vistió de gala para recibir al monarca y las huestes. Trompas y atabales, salvas y volteo de campanas resonaron por calles y plazas. Precedido de escuadras y banderas, de magnates y obispos, hidalgos y ricohombres, Fernando entraba en la ciudad fortificada, una vez más, entre los gritos entusiastas del vecindario. Pedro Fernández de Aranda, el Alcaide Viejo, le entregó la llave de la fortaleza, en señal de respeto y vasallaje. El pendón real tremoló en la torre del homenaje.

Las Casas de la Justicia de la plaza Alta de la Mota, primorosamente adornadas con sedas y brocados, fueron el marco de una reunión del Rey con sus capitanes. Dice Hernando del Pulgar que el ejército conseguido sobrepasaba los cuatro mil de a caballo y los seis mil de a pie.



El monarca se refirió a las continuas acciones del enemigo, destacando la desastrosa y vil emboscada a un escuadrón calatravo, frente a los muros de Alhama, mientras dormían.

Se debatieron diversos asuntos, como el punto por donde habría que iniciar el ataque. Nuevamente el de Cabra recordó que Moclín estaba desguarnecido, según había podido saber por dos espías. Se acordó iniciar la campaña al día siguiente.

La Reina Isabel quedaba en Baena, para dirigir el abastecimiento, si era necesario.

Al filo de la medianoche sonaron de nuevo trompas y atabales... Comenzaron a congregarse las huestes con sus respectivos capitanes. Quedó formada la vanguardia al frente del conde de Cabra, de Martín Alonso de Montemayor y de Gonzalo Fernández, hermano del conde, con una tropa discreta. Estos tenían que abrir camino y llegar antes del alba a las puertas de Moclín, que se halla a tres leguas de Alcalá; después llegaría el grueso del ejército. Oídas las doce, partió aquel grupo adiestrado, que fue despedido por el mismo Rey desde sus aposentos.

Una corneja en la puerta del Aire, de la Mota, fue señal de mal agüero y precursora de desgracias.

Cuando descansaban en Puerto Lope, capturaron a un espía, que no ofreció resistencia. Vendió información al de Cabra, que quedó enterado de los movimientos de Muley Abdala, que sabía del ataque que se preparaba por parte de los castellanos. El monarca nazarí se disponía a defender Moclín –Escudo de Granada-, con más de veinte mil soldados. Por esta razón el espía aconsejó al conde no aventurarse en aquellos montes, al ser desconocidos y pequeña la hueste, comparada con las tropas granadinas.

No hizo caso Diego del traidor, y pensando que el encuentro sería fácil, como cuando cogieron prisionero a Boabdil en Lucena, se dispuso a proseguir el ataque a la fortaleza moclinera. Pero el traidor continuó su felonía. Después de recibir su gratificación regresó a Granada y alertó a El Zagal de lo que se preparaba en la frontera norte.

Era la madrugada del 3 de septiembre de 1485. Noche de luna clara. Las tropas castellanas avanzaban silenciosas y serenas por aquellos barrancos previos a las peñas donde se asienta Moclín. De repente, en las alturas contiguas, empezaron a sonar trompetas, a toque de carga, retumbando por aquellos cerros. Aparecieron miles de soldados detrás de los riscos, de los matorrales, gritando y atacando como enjambres humanos. Desde las cumbres caían nubes de flechas sobre los arneses y escudos de los castellanos, quienes, al no poder escalar los laterales del barranco, decidieron forzar la marcha hacia adelante, salvando fosos y zanjas. Pero



una escolta escogida del granadino les cortó el paso. Fue una embestida dura y una resistencia brava, que dejó muertos en ambos bandos, tras una lucha encarnizada. Uno de ellos fue don Gonzalo Fernández de Córdoba, hermano del conde, quien no pudo salvarlo, a pesar de acudir en su ayuda. Herido por el disparo de una espingarda y viendo las numerosas bajas habidas en sus filas, decidió Diego retirarse. Pero a cada movimiento los granadinos volvían a atacar, causando numerosos heridos y muertos, dada la precipitación de la huida y el caos provocado. Los cadáveres quedaron esparcidos por el campo de batalla, que desde entonces se llama “de la Matanza”, mientras que los sobrevivientes se escondieron entre los matorrales y peñascos. Cuentan algunos historiadores que cuando se conquistó Moclín (1486), los Reyes Católicos encontraron entre las breñas de un torreón los restos de los fallecidos en la rota, todavía insepultos. Por ello ordenaron depositarlos como reliquias de mártires en la mezquita de Moclín, transformada después en iglesia.

Al amanecer de tan aciago día, cuando los supervivientes regresaban hacia Alcalá, se encontraron con el grueso del ejército castellano. Diego y Garci Fernández Manrique decidieron abortar la acción. El Católico, que se hallaba en la Fuente del Rey, recibió con dolor y disgusto aquella derrota. Tras oír a los consejeros, se dejó para otra ocasión la toma de Moclín, dirigiéndose a las fortalezas de Cambil y Alhabar, en el camino de Jaén.

La Reina Isabel, que, como se ha dicho, estaba en Baena, dio muestras de gran turbación, porque apreciaba al conde de Cabra. Ante la congoja, el Cardenal Mendoza le dijo: *Señora, si en la guerra que tenemos con los enemigos con la tentación interior recibimos alteración, no es maravilla haberla en la exterior que tenemos con los enemigos. Habéis, Señora, de creer que ninguna conquista de tierras ni de reinos se hizo jamás donde los que son vencedores algunas veces no sean vencidos, porque si no hubiese resistencia en las conquistas, más se podría decir toma de posesión que actos de guerra. Considerad, Señora, que los moros son hombres belicosos y poseen tierras tan montuosas y ásperas, que no se pudo conquistar en los tiempos pasados por ninguno de los Reyes, vuestros predecesores, porque la disposición de la tierra es la mayor parte de su defensa. Vos, Señora, debéis dar gracias a Dios, porque así como hubisteis más constante propósito que ninguno de ellos para guerrear, así os ha dado gracia para adquirir más ciudades y villas y tierras en tres años que los otros Reyes en doscientos años que las guerrearon.*



La Venganza.

Tras el desastroso trance de la fuente del Malalmuerzo, en las cercanías de Moclín, en donde falleció Fernández de Córdoba y numerosos soldados -como hemos comentado-, un sentimiento de resarcimiento, muy propio de las acciones bélicas, se propagó entre los defensores de la Mota.

Era habitual, en momentos de desencuentro, lo que se denominaba “talar los panes”, es decir, quemar las cosechas y arrasar los cultivos para debilitar al enemigo. Esto lo hacían unos y otros. En este año de 1424, después de lo ocurrido, los castellanos aumentaron este tipo de acciones en señal de venganza.

Dos líderes protagonizaron el hecho que vamos a relatar. Por parte granadina, el alcaide de Colomera, y por la castellana Pedro Fernández de Aranda, alcaide de Alcalá la Real.

El castillo de Colomera se alza sobre una peña conocida como cerro del Morrón. Es un lugar estratégico e inaccesible, difícil de atacar. Lo defendía un guerrero con fama de fuerte y sanguinario. El rey de Granada estaba muy satisfecho con él, por su arrojo y valentía. Cuentan, sin embargo, que el colomerano no dormía bien por los remordimientos de conciencia, tras el hecho del Malalmuerzo, en donde acabó con el alcaide alcalaíno, de una forma traicionera, sin seguir las artes de la guerra. Le atormentaba el recuerdo y decían que vagaba por sus habitaciones, delirando, gritando y huyendo de fantasmas que le perseguían. Sus más allegados contaban que se le aparecía el difunto, sentenciándolo y avisando que Alá se lo iba a llevar para entregárselo al diablo. Los castellanos le guardaban un profundo rencor, por lo mismo.

Y comenzó la acción. Las tropas alcalaínas devastaron las tierras de Colomera, una vez más. Hubo sorpresa, porque su alcaide no salía al encuentro, como hubiera sido lógico. Así, un día y otro. Pedro Fernández de Aranda lo retó una y otra vez, pero el citado no acudía.

La actitud del deprimido personaje no encontró apoyo ni comprensión en la corte granadina. El sultán envió tropas a Colomera para reforzarla e infundir ánimo a los sufridores defensores de la villa. Si sigue el wazir enfermo / que al punto resigne el mando... que baje de las montañas / a combatir en el llano. Ante un nuevo acoso, los colomeranos reaccionaron saliendo de las murallas. Venían no sólo los guerreros, sino



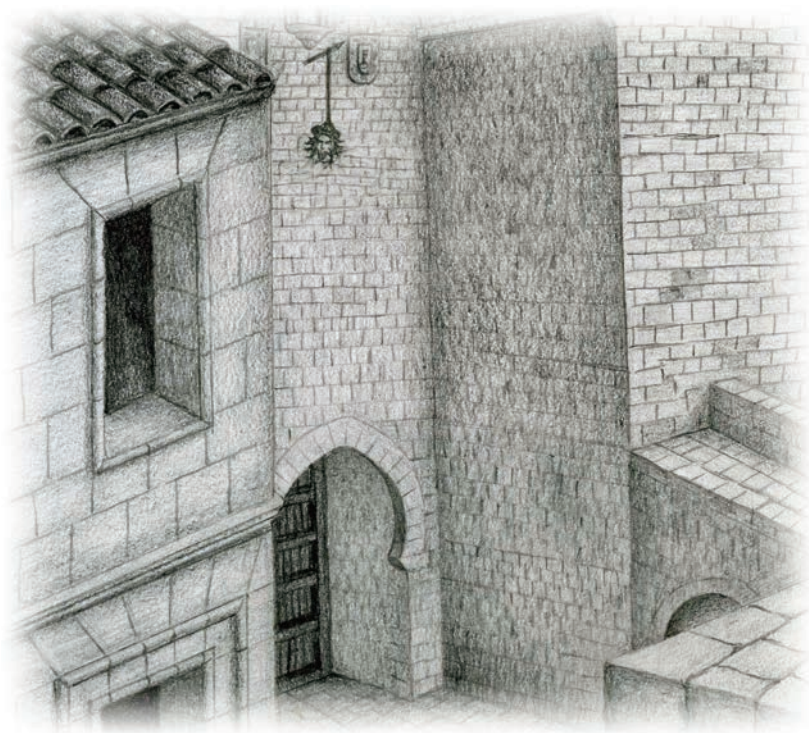
el populacho, alentados por los mensajes de su rey. El alcaide granadino, armado de punta en blanco, se situó en una zona de regadío, denominada la Huerta de la Calabaza. Protegiendo el lugar se situaron más de cien lanzas.

Iniciaron el ataque los castellanos. Pasaron de una estrecha cañada al llano y tras los toques de los clarines comenzó el enfrentamiento. Al principio, los de Colomera se hallaban diseminados en diversas posiciones. Después, formaron un todo compacto que se aproximó hasta las filas del de Aranda. Los alcalaínos entraron en cuña y rápidamente en el centro de aquel numeroso grupo, consiguiendo partirlo en dos. Con esta acción empezó a cundir el miedo entre los granadinos y después el pánico. Desconcertados, comenzaron a huir, encontrándose con los castellanos, que les cerraban el paso.

Pedro Fernández de Aranda corría de un lado para otro. Buscaba algo, a alguien... Rebasó la retaguardia, con otros tres caballeros (Men Pineda, Juan de Arjona y su sobrino Pedro de Aranda), y, cuando se disponía a volver, divisó en la fronda de unos huertos inmediatos un grupo de lanceros que amparaban a cierto personaje. Se dio cuenta por la vestimenta y protección que recibía aquel sujeto, que se trataba del alcaide de Colomera, el verdugo de su señor. Rápidamente se dirigieron hacia el grupo, que, en principio no reaccionó, al creer que el terreno pantanoso y cultivado les haría desistir. Sin embargo, los alcalaínos salvaron las primeras dificultades. Vinieron otras de carácter numérico. Eran cuatro contra más de treinta. Y como el terreno no distingue bandos, los granadinos encontraron las mismas dificultades que sus atacantes. Las maniobras a caballo eran embarazosas para ambos, pero el ímpetu y arrojo del cuarteto fue rebajando el número de enemigos. Por fin, Pedro Fernández de Aranda se encontró cara a cara con el de Colomera, visiblemente acobardado. Sus sueños se habían hecho realidad, la muerte ya estaba cerca. Se apeó el alcalaíno y con un solo golpe de espada le cortó la cabeza al asesino de su señor, en un rapidísimo lance.

Cuando los musulmanes vieron el wazir decapitado, abandonaron el campo de batalla, no sin antes acabar con los que encontraban a su paso. De esta manera murió el jurado Pedro de Aranda.

Regresaron las tropas a Alcalá, después de enterrar a sus muertos. Volvían tristes, a pesar de la victoria, porque habían quedado muchos en el campo de batalla. Encabezaba la expedición un jinete que enarbolaba en un palo la cabeza del odiado alcaide. La venganza se había cumplido. La entrada a la Mota fue una mezcla de alegría y de dolor, por la victoria y por las pérdidas humanas.



Puerta de la alcazaba y la cabeza colgada.

Se cuenta que la cabeza del wazir se colocó en un hierro, en la parte superior de la puerta de la Imagen, como si se tratara de un trofeo, y allí permaneció algún tiempo. Y como en estos acontecimientos no se puede obviar la leyenda, diremos que mientras la cabeza estuvo expuesta, todas las noches, al toque de ánimas, los soldados de la guardia vieron la sombra del alcaide de Colomera vagar decapitado, como si de alma en pena se tratara, al tiempo que un gemido de ultratumba salía de la boca de la calavera.

Era un grito mezclado de furor y llanto, / de imprecación, plegaria y anatema, / que duraba el doblar de las campanas / y el vagar del espectro en las almenas: / “Yo te maté, Per Fernández, / cual felón y sin defensa. / Por eso vago en las sombras / en torno de mi cabeza; / por eso perdí el Edén; / por eso Alá me condena. / Escrito está. Dios es Dios / y Mahoma su profeta.”

LA MORA CAVA.



orrían los años de cerco y asedio a la fortaleza alcalaína de la Mota, allá por el 1341. Las tropas castellanas colocaban sus reales cerca de la villa de Ben Zayde, mientras los sitiados apenas podían resistir el duro asedio por la sequía de junio, que ya agostaba los escasos pozos y manantiales.

La ciudad fortificada se erguía con su mezquita, torre vigía y alminar, convocando a los fieles a implorar los favores de Alá para que los aliviara de aquel difícil trance. La única fórmula posible de acabar con aquellos momentos radicaba en bajar a los pozos de los arrabales, esquivando guardias y vigías de las huestes castellanas.

Aquella noche de agosto la luna se ocultaba con las nubecillas que anunciaban las cabañuelas. El bosque se convertía en una galería natural, desde los subterráneos de la torre del homenaje. Los vigías castellanos no comprendían aquella resistencia. Algo misterioso había mantenido a los sitiados. Al fin, descubrieron una mina que comunicaba el alcázar con un pozo, cubierto de maleza, matorrales y piezas de mampostería. No habían sido falsas las noticias que provenían de los intrusos espías: los sitiados tenían su plan y mecanismos de defensa.

Para atajar la situación, los castellanos ordenaron que dos centinelas se mantuvieran vigilantes a la vera del camino que rodeaba el misterioso depósito. Para ello, realizaron un subterráneo que cruzaría el camino con el de los cercados, con el fin de interceptarles el paso. Pro-



bablemente el ruido ocasionado por la labor de ingeniería y el concurso de las antorchas, hicieron sospechar a la tropa, hasta tal punto, que evitaron acudir al sitio.

Pero unos atrevidos, no pudiendo soportar la sed, bajaron, e, inesperadamente, se encontraron con la guardia castellana, tramando una dura refriega, en la que las espadas se tiñeron de púrpura, dejando los cuerpos de los sitiados como cerramiento de la galería.

La noticia corrió como las salmodias del Corán entre la población de la villa, que se aprestó a cubrir las saeteras con sus lanzas de afilados dardos, para espantar al enemigo durante la noche.

Nuño y Fortín, dos soldados castellanos, relataron la hazaña de sus campañas en el campamento, y no comprendían cómo la puntería de los enemigos había fallado. Sin embargo, lo que tenía más estupefacto a Fortín, era el último acontecimiento de la cuarta guardia de la noche anterior.

Habiéndose internado en el bosque del madroñal, acudió sediento al pozo. Una vez aliviado, el sueño y la duración del asedio le trastornaron la mente, pues ante sus ojos vio cruzar una especie de niebla o rayo de luna blanca.

- Nuño, Nuño, es cierto. *Un fantasma envuelto en sábanas blancas. Estoy cuerdo, de veras...*

Puso el arco en tensión para disparar ante cualquier movimiento que pudiera percibir entre la maleza, y volvió por la pendiente que conducía al pozo. De nuevo, el fantasma blanco se le apareció, mientras le daba el alto y disparaba una saeta. Inmediatamente, el fantasma quedó clavado en una chaparra. Se acercó y contempló cómo aquel fantasma volante no era sino un lienzo blanco, sin ninguna huella de sangre. Lo cogió, al tiempo que envainaba la saeta en su carcaj, limpiándola sin mancha alguna. Aquella prenda blanca produjo un desasosiego interior en el soldado. Cada noche que acudía a montar la guardia, le faltaban ojos por si pudiera levantar vuelo aquel retazo endiablado.

Se preguntaba si sería una de las almas muertas o los espíritus de los musulmanes asesinados en las galerías. Para ratificar esto, Nuño le contó que los ahorcados o los muertos por odios raciales o por animales desechados, como la culebra, o los excomulgados, solían vagar por los aires, tomando diversas formas en su trasmigración. No quería sufrir este sentimiento y le pedía a Fortín que no le mostrase el blanco lienzo. A la luz de la clara luna, no quitaron ojo en la conversación.

Sin darse cuenta, en medio del ramaje del monte bajo, Nuño vio una estela blanca enredada y hecha jirones, entre las ásperas hojas de las plantas. Apuntó su saeta, y, como



buen ballestero, dio al suelo con una parte del trozo de lienzo blanco. Junto a él rodaron los tiestos de un cántaro morisco, escuchándose un lamento quejumbroso que atribuyeron a las almas de los muertos.

Se ufanaba Fortín en su valentía, retando a su compañero a comprobar en la siguiente noche estas aventuras. Mientras Nuño aguardaba hasta que se cumpliera su turno de guardia, Fortín, de nuevo, observó la sábana blanca, pero al palpar que era una doncella con un cántaro, la detuvo apresándola. En medio del bosquecillo, las dos sombras, blanca la de la dama y negra la del soldado, caminaban y despertaron al compañero, que acudía ante las siluetas que divisaba desde la tienda.

Se preparaba Fortín con su ballesta dándoles el alto, allá por la calle Cava. Al acercarse, identificó a Nuño, que le mostró la preciosa prenda. Le invitó a pasar dentro de su tienda, preguntando a su compañero si estaba viva o muerta:

- Está viva, la encontré en el pozo, sacando agua para su madre enferma.

Le sugirió que se la presentara al capitán, al tiempo que le comunicaba el parte de aquella noche. Entre tanto, Venus presurosa acudía a la tienda del alto estado mayor, transmitiendo misivas de amor, envueltas entre un turbante y los ojos de azabache.

Cupido sesteaba jugueteando con su carcaj, para labrar las cuitas entre el capitán y la mora Cava. Él, seguro y tranquilo frente a la doncella temerosa, que apenas podía alzar la vista, protagonizaban una escena trágica, entre los blasones, las armas y el pendón de Castilla que presidía la tienda. Sin embargo, Amor unía la atmósfera de tensión con sus dardos, provocando la conversación de estos amantes predestinados.

- No llores, mujer, dime por qué caíste en el cerco de mi tropa.

- Perdóname, señor, por Alá.

Estas mismas palabras compadecieron al capitán, que insistía sobre el osado acto de romper el cerco enemigo en tiempos de guerra.

- Mi madre expira, se muere ahíta de sed, y como buena hija he tenido que bajar para salvarla. Mis vecinos no me dejaban salir y logré esquivarlos por el atajo de las Entrepuertas, hasta llegar al lugar donde tus buenos vasallos me descubrieron. Ahora me pongo a tus pies. Haz de mí lo que quieras.

Compadecido el capitán, recogió entre sus brazos a la bella dama y le reanimaba, diciendo:

- Corre a la fuente, llena tu cántaro de agua, porque un buen castellano no puede dejar morir a otra persona. Ahora bien, será sólo un privilegio para ti, Cava, una excepción para salvar a tu madre.

Pronto se extendió el rumor entre el ejército asediador de que el capitán había perdido la mente y había sido una realidad el fantasma de Nuño y Fortín.

Pasaron los días y el capitán se mostraba inquieto porque quería forzar un nuevo encuentro con la dama. Para ello se valió de un prisionero de guerra, que le servía de cartero, de nombre Zayre, al que le encargó el siguiente mensaje: *Cava, ven pronto, tu ausencia se me hace eterna.*

La fortaleza se desmoronaba por la sed y el calor agostoso. De noche se escuchaban los alaridos de los ancianos, que lanzaban el último suspiro de su vida. La situación de la madre de Cava provocó una nueva escapada de su hija, embaucada por aquel capitán castellano.

La luna del Cerrico de Vilches rodeaba en un cerco de amor el pozo de las Entrepuertas, mientras que los amantes formaban ondas en el pozo de cristalino espejo, acompañadas del viento moruno de la noche alcalaína. Un día, un dardo rompía el peto del capitán; otro, el pañuelo de Cava cambiaba la cruz del pendón castellano por la bandera de la media luna...

Pero el recelo de la hueste se agotaba con las flechas del carcaj, y no podían detener la definitiva huida del castillo de Ben Zayde de aquella dama enamorada.

En el encuentro del capitán, Cava serenaba



Puerta del Arrabal norte.



su desasosiego y le manifestó su tardanza en acudir a la cita, porque la muerte de su madre le había impedido no acudir las noches anteriores. En la calle de Despeñacaballo deambulaba Zaire, padre de la Cava, buscando a su insolente hija. Descubrió la casa vacía.

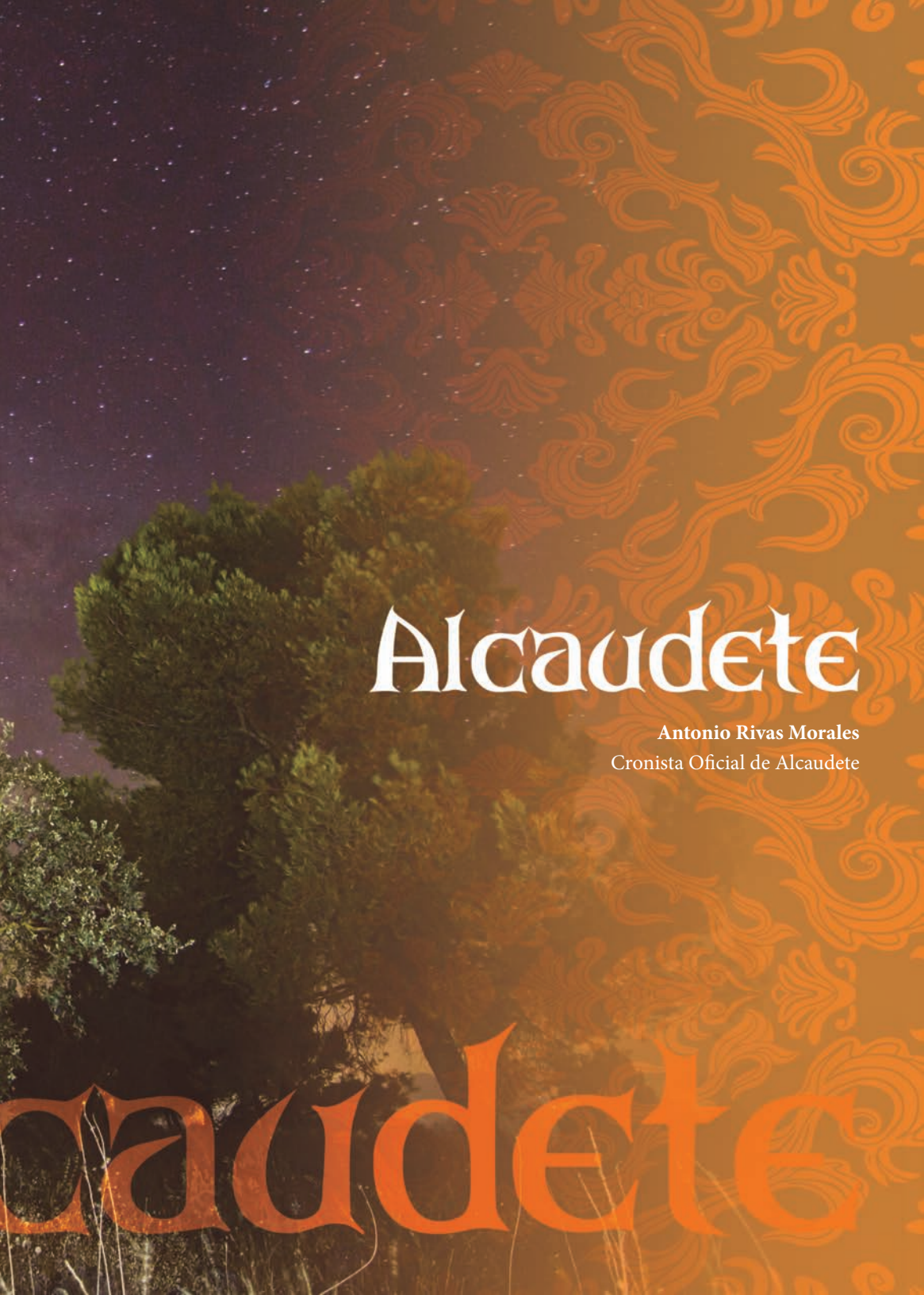
Por el Vahondillo, una vieja le denunciaba los amores de los dos jóvenes. No podía soportar la traición contra su madre ni el pañuelo del capitán, que encontró sobre la cama de Cava. Al comprobar la mancha de su amor filial, una locura se apoderó de su alma y rompiendo el cerco de batalla, se dirigió para rescatar y limpiar su honor. Pronto se acercó a la fuente, donde resonaban los ecos de las palabras de Cupido. Allí encontró a los dos amantes y, sin mediar palabra alguna, lanzó un dardo certero, dejando tendido el cuerpo de su hija en los brazos del capitán.

Cuando la tarde convertía la Acamuña en cárdena, por los reflejos del sol, la fortaleza resonó con el grito de ¡Castilla, Castilla!, mientras en los arrabales el quejido de Zaire se quedó colgado en un vetusto chaparro.





Alo



Alcaudete

Antonio Rivas Morales
Cronista Oficial de Alcaudete

Alcaudete

LA CRUZ DEL humillADERO.



xiste en Alcaudete una serie de cruces, testigos de un pasado en el que la religión estaba íntimamente unida a la vida de sus pobladores. Todas ellas tienen un origen y significado nacido de un acontecimiento relevante de la fecunda Historia de este noble pueblo.

Entre ellas destaca la llamada Cruz del Humilladero que se encuentra en el camino que de Alcaudete sale con dirección a la ermita de su Patrona, Nuestra Señora de la Fuensanta, y continúa en dirección al paraje de Sierra Ahíllas. Ante la pregunta que muchos se formulan sobre la procedencia y motivo de la erección de esta gran cruz de piedra, la tradición, confirmada por la Historia, nos habla de un extraordinario acontecimiento que tuvo lugar en nuestro querido Alcaudete, hace ya siglos: el feroz cerco al que se vio sometido por el rey de Granada, Muhammad VI.

...

Corría el año 1.408 cuando Muhammad VI, deseoso de ganar el prestigio tras su fallido intento de tomar la ciudad de Jaén y de perder Zahara y otras plazas fronterizas, dispuso que un impresionante ejército de más de cien mil infantes y unos siete mil jinetes, pertrechados de numerosas lombardas y otras máquinas de guerra, pusiese sitio y tomase la villa de Alcaudete, señorío que era entonces de don Martín Alonso de Montemayor.



El rey musulmán iba al frente de sus tropas que establecieron su real a ambas orillas del mencionado camino. La tienda del monarca, dice la tradición, se fijó en el mismo lugar en el que posteriormente se levantó la cruz.

Tras situar a su ejército alrededor de la villa, sin que quedase un solo resquicio de sus murallas exteriores que no cubriesen los soldados, Muhammad instó a sus defensores a que se rindiesen, pues la defensa de la población era imposible, prometiéndoles en este caso respetar su vida. A ello contestó Martín Alonso de Montemayor que él tenía la villa por merced del rey Juan II de Castilla y que sólo a él se la entregaría.

Lleno de soberbia y orgullo, Muhammad ordenó el comienzo del ataque. Las lombardas, colocadas en estratégicas posiciones desde las que dominaban la villa, comenzaron a lanzar sus proyectiles contra el recinto de la población. A pesar de la habilidad de los lombarderos las murallas que rodeaban Alcaudete resistieron sus impactos sin graves deterioros.

Seguidamente los sarracenos iniciaron el asalto por las partes más dañadas, arrimando las escalas a las murallas, lo que sembró el desconcierto entre los defensores de la villa. Rápidamente acudió a conjurar el peligro el Señor de Alcaudete, famoso en toda la frontera con el reino de Granada por su valentía y fortuna en las razías que se organizaban contra los enemigos de la cristiandad. Iba acompañado de varias compañías de veteranos soldados conocedores de las tácticas guerreras de la época. Desde fuera de Alcaudete le prestaron su ayuda los principales adalides de este sector fronterizo, especialmente el Comendador de la Orden de Calatrava de Martos. Todos ellos consiguieron frustrar aquella feroz embestida.

Tras este primer ataque el rey granadino ordenó que el ejército se dispusiera alrededor del recinto amurallado formando tres divisiones, con objeto de lanzarlas en sucesivas oleadas contra la población. Apenas había amanecido el día 18 de febrero del 1.408 cuando el soberano ordenó el inicio del ataque que sus tres divisiones de soldados efectuaron alternativamente, con valentía y saña, desde el alba hasta el ocaso del sol.

Los valerosos sitiados rechazaron las sucesivas acometidas de los enemigos musulmanes una y otra vez. Por las noches, desde las almenas y adarves, los centinelas oían los lamentos de los muchos musulmanes moribundos que yacían junto a las murallas y foso.

Viendo Muhammad que la toma de la villa por medio del asalto de sus murallas era empresa casi imposible, y que había perdido miles de sus esforzados soldados en este empeño, puso en práctica, al día siguiente, una estratagema que con frecuencia



Cruz del Humilladero.

daba resaltados: introducir en la villa a sus mejores soldados por medio de túneles excavados por ellos mismos. A tal efecto mandó abrir una mina en dirección al centro de la fortaleza.

Aunque los preparativos de esta acción, y sus primeras fases de elaboración, los afectaron con gran sigilo, la perspicacia de los sitiados pronto les llevó a conocer las intenciones del enemigo, e inmediatamente pusieron en marcha el remedio. Los más valerosos y esforzados de los guerreros cristianos iniciaron de inmediato el contraminedo, buscando encontrarse con el enemigo en las profundidades del terreno. Tras ímprobos esfuerzos los túneles de sitiados y sitiadores se encontraron, y



consiguientemente los musulmanes y cristianos que en ellos trabajaban. Se inició de inmediato una brutal y terrorífica lucha entre unos y otros. Los muertos de uno y otro bando se apilaban en la estrecha galería excavada, hasta tal extremo que hacía imposible la progresión por la misma. Ante ello los musulmanes desistieron de su empeño, retirándose los supervivientes de aquella fallida añagaza.

Dos días más persistieron los sitiadores en su afán de conquistar al asalto la plaza, aunque cada vez con menos ímpetu y contundencia. Desmoralizados y exhaustos del esfuerzo efectuado y de los soldados muertos en sus intentos, llenos de rabia, optaron por hacer el mayor daño posible. Talaron los árboles de las feraces huertas, e incendiaron los campos y alquerías próximas a la población.

Muhammad, herido en su amor propio, mandó a su ejército levantar el sitio y retirarse. Enterado de ello Martín Alonso ordenó que la caballería cristiana hostigara a la retaguardia enemiga, haciendo incómoda y peligrosa su retirada, en la que perdieron numerosos hombres y pertrechos.

Tras aquella hazaña, los alcaudetenses, que sabían que el soberbio rey musulmán, tras su derrota, se había refugiado en su tienda abatido y humillado en su orgullo, pusieron el nombre de Humilladero al terreno en el que se levantó la tienda de aquel sultán. Posteriormente se erigió en aquel lugar una cruz conmemorativa de este acontecimiento a la que, lógicamente se le puso por nombre **“Cruz del Humilladero”**.



LA FUENTE ZAIDE.



orrían los años centrales del siglo XIV. Era alcaide del castillo de Alcaudete, por designación real, Fernando Alfonso de Córdoba. Este noble señor gozaba de fama por sus dotes guerreras. Los sucesivos monarcas a los que prestó apoyo y colaboración le concedieron, por sus servicios, privilegios, y a veces generosos regalos: como las tres esclavas moras que Alfonso XI le dio por su ayuda en la batalla del Salado.

Las tres esclavas (Maimona, Aixa y Zara) eran de singular hermosura, destacando en especial Aixa. Sus negros y profundos ojos lucían sobre la piel morena del ovalado rostro, en el que sobresalían los sensuales labios, la perfecta nariz, y una ancha y despejada frente. Todo ello acompañaba a un cimbreante y bien proporcionado cuerpo.

Don Fernando era hombre muy sensible a los encantos femeninos. Después de quedar viudo se había casado con D^a. María Ruiz Biedma, con la que tenía ocho hijos. De todos era conocido el fuerte carácter de esta dama que todo lo controlaba, y a todos, incluido don Fernando, dominaba.

Vuelto el alcaide al castillo entregó las tres esclavas a su esposa para que la sirvieran en los quehaceres propios del hogar.

Poco tiempo tardó el noble castellano en quedar prendado de la belleza y donaire de Aixa, a la que repetidamente requería en amores, sin ser correspondido en ningún momento en sus pretensiones.



Esta situación no podía pasar inadvertida a D^a. María, lo que le provocaba gran irritación. Su orgullo no podía permitir la vejación en la que se veía envuelta, y los celos hacían presa en su corazón.

En la fortaleza también trabajaba un moro alcaudetense llamado Zaide. El conocimiento que de los caballos que tenía le había hecho acreedor del oficio de caballerizo de don Fernando. Sus reiteradas estancias en el castillo propiciaron el conocimiento y trato con las esclavas moras, prendiendo pronto en su espíritu un profundo sentimiento amoroso hacia Aixa. La bella esclava correspondía a sus requerimientos amorosos.

Así transcurrieron varios meses. La presión del alcalde a Aixa cada vez era mayor, y los ataques de iras de su esposa más fuertes y frecuentes. La joven se veía inmersa en una comprometida y embarazosa situación que la tenía sumida en continua inquietud, de la que también participaba su amante Zaide.

Ante ello los dos enamorados deciden escapar de Alcaudete, y buscar protección en el vecino reino moro de Granada. Empresa difícil era ésta, pues habían de atravesar las vigiladas puertas, una por cada anillo de murallas de los que estaban rodeados el castillo y población. Además conocían los crueles castigos a los que eran sometidos los esclavos cogidos intentando la huida.

Determinaron finalmente llevar a cabo la fuga el día en el que se celebraba el mercado en la villa. En esa fecha Alcaudete estaba abierto a los mercaderes árabes y judíos del reino granadino. Comerciantes de todas partes del territorio árabe venían aquí a comprar, vender, o cambiar sus productos.

La muchedumbre de compradores y vendedores que aquellos días deambulaban por el pueblo podían facilitar la huida de los enamorados. Por ello Zaide, que conocía a un mercader árabe de Moclín que venía aquí los días de mercado, se puso al habla con él convenciéndole para que les ayudase a escapar escondiéndoles en el interior del carro lleno de mercancía con el que volvería a su pueblo. Así podrían pasar los controles de las puertas de la villa.

Cuando el día declinaba y las sombras de la noche comenzaban a poblar la tierra, Aixa salió secretamente del castillo y se dirigió a la zona en la que se encontraba el cómplice comerciante. Allí le esperaba Zaide. Ambos amantes se introdujeron con presteza en el carro, y cubrieron sus cuerpos con las telas que el mahometano vendía.

Se puso en marcha el vehículo, franqueando la puerta de Priego. Los dos jóvenes veían su libertad próxima, por lo que apenas podían contener su angustia. El soldado



Fuente Zaide.

de guardia, que conocía de otras muchas ocasiones al mercader árabe, no sospechó nada, por lo que efectuó una comprobación de rutina y poco meticulosa. Aquel obstáculo, quizás el más peligroso, se había superado, lo que aumentó las esperanzas de los fugados.

Mientras tanto en el castillo se había detectado la ausencia de la esclava, pensándose inmediatamente en su escapada. El alcaide, lleno de rabia e ira, envió rápidamente un destacamento de soldados para avisar a las puertas de salida de la villa, inspeccionar todas salidas de la misma, y recorrer los caminos en su busca.

Los huidos habían ya salido de la villa y ascendían por el camino que entonces unía la puerta de Priego con la de Alcalá, para desde allí dirigirse a territorio bajo dominio árabe. Sus corazones saltaban de alegría pues la parte más peligrosa había pasado felizmente.

El mercader paró el carro en una fuente que se encontraba en las proximidades del camino para dar agua al sediento jamelgo que apenas podía con la pesada, y extraordinaria, carga que en aquella ocasión llevaba. La mala fortuna quiso que un grupo de los soldados viese al comerciante mientras el caballo bebía, mandándole abrir el carro para hacer un registro a fondo.



Oída la orden, Zaide supo que en aquel momento su suerte se había trocado en desventura, y presurosamente, saltó del carro armado de alfanje y puñal, dispuesto a defenderse.

Entablóse cruenta y desigual lucha entre los soldados cristianos y Zaide, que, a pesar de la tenaz y heroica defensa que opuso, terminó finalmente por sucumbir. En aquel mismo lugar los soldados cortaron la cabeza al cadáver, y clavándola en una lanza, la llevaron a la puerta de Luque, donde la pusieron en un garfio para que sirviera de escarmiento.

A la esclava, que horrorizada había presenciado la cruel escena, la llevaron a sus dueños, con los ojos anegados en lágrimas, y el corazón lleno de amargura. Su espíritu nunca más pudo salir del estado de postración en el que aquel suceso sumergió. En el castillo continuó arrastrando su pena por doquier. Sólo en contadas ocasiones se oyó la dulce voz de Aixa cantar coplas de su tierra, llenas de melancolía, rememorando a su bien amado Zaide. Finalmente, aquel decaimiento espiritual desembocó en la muerte de la bella mora.

Desde entonces a la fuente en la que ocurrieron aquellos trágicos sucesos se la llama Fuente Zaide.



MUERTE DE UN REY.



Alcaudete disputa a Jaén, con suficientes motivos, el haber sido el lugar en el que se produjo la muerte de Fernando IV, el Emplazado".

Este hecho es el que, en forma de leyenda, vamos a referir aquí.

• • •

Corría el año 1.312. El rey castellano Fernando IV quería emular las hazañas de su padre Sancho, arrebatando a los árabes granadinos algunas plazas fuertes fronterizas. Especial empeño tenía por Alcaudete, villa conquistada a sangre y fuego por su progenitor en 1.295, y que los moros, aprovechándose de su minoría de edad, habían vuelto a recuperar en 1.300.

Al frente de un fuerte ejército se encaminó hacia Andalucía en la primavera de aquel año. Al pasar por Martos el Rey se quedó allí una larga temporada, mientras que las tropas, mandadas por su hermano don Pedro, continuaron hasta Alcaudete, al que pusieron estrecho y férreo cerco.

Fernando se encaminó para Alcaudete el día 10 de agosto. La noticia se extendió rápidamente, llenando de alegría y esperanza a los soldados que sitiaban la villa desde mayo, con la esperanza de ganar gloria y buen botín.

Pero no contaban con la valentía y coraje de los árabes alcaudetenses. Estos defendían con desesperación la plaza. Aún no hacía veinte años que Sancho IV había pasado a cuchillo a todos los habitantes de la villa, después de haberla tomado por asalto, y este recuerdo



daba valor a sus defensores que no querían pasar por idéntico trance.

Todos los intentos de asalto habían sido infructuosos, uno tras otro. Las murallas, aunque bastante deterioradas, se mantenían en pie. Los trabajos de fortalecimiento de las defensas realizados por Muhammad II, tras conquistar la villa en 1.300, daban sus frutos. Los anillos de murallas aguantaban las embestidas de los cristianos.

Pero desde hacía algunos días los víveres escaseaban en la plaza sitiada; y el agua de sus aljibes disminuía rápidamente tras el seco verano. A pesar de ello los cercados resistían los asaltos con esforzado ánimo, esperando que su aguante descorazonase a los castellanos y levantasen el largo cerco.

Por ello la llegada del monarca suponía un duro golpe a sus esperanzas, pues suponía el manifiesto propósito de tomar la villa.

Los nobles más principales, encabezados por el infante D. Pedro, esperaban al soberano. Muchos soldados se acercaban para verlo de cerca. Se bajó éste del caballo y abrazó a su hermano, el cual había dirigido las operaciones guerreras hasta entonces. Ambos, rodeados de los notables allí presentes, pasaron a discutir la estrategia a seguir.

Los días siguientes, ante la presencia de Fernando IV, se redoblaron los ataques a la sitiada plaza. Los progresos eran lentos, aunque no menguara la firme voluntad de conquistar la villa.

Por ello la sorpresa fue grande cuando a los pocos días una comisión de notables árabes, enviada por el rey granadino al-Nars pidió tratar con el monarca castellano las condiciones de la capitulación y entrega de Alcaudete.

Don Fernando llevaba directamente las conversaciones que se desarrollaban con lentitud. Un día su maltrecha salud le hizo quedarse en cama. Su tuberculosis se agudizaba por días.

Al frente de los negociadores se puso entonces don Pedro, que continuó presionando a los sitiados para conseguir las mejores condiciones posibles. Así llegó el 4 de septiembre. En la mañana de aquel día se había avanzado mucho en las negociaciones. Sólo faltaban algunos detalles, siendo inminente la entrega de la villa.

Aquel día el Rey se encontraba muy mal. A pesar de ello comió y bebió abundantemente, acostándose después. Por la tarde, un noble entró en su dormitorio para informarle de los avances conseguidos, y cual no sería su sorpresa al encontrar al soberano muerto, tendido en la cama. Don Fernando contaba con 27 años de edad, y aún no se habían cumplido los treinta días a los que le habían emplazado, antes de morir, los hermanos Carvajal de Martos.



El noble avisó de este hecho al hermano del rey, el infante don Pedro, quien encañidamente le rogó que no dijese nada a nadie. Don Pedro convocó rápidamente Consejo, al que asistieron los principales nobles del campamento. Allí se discutió la postura a seguir.

.-"No se puede dar a conocer la muerte de nuestro soberano ahora que el enemigo está a punto de entregarnos Alcaudete. Eso le daría nuevos ánimos, y no es posible continuar el asedio más tiempo". Dijo D. Diego López de Haro, Señor de Vizcaya.

.-"Además, es necesario preparar unos funerales solemnes, en consonancia con su persona, y en un lugar adecuado. Debemos pues trasladar el cadáver a Jaén, pero todos los nobles queremos asistir a las exequias, y esto no es posible hasta que tomemos posesión de Alcaudete". Añadió D. Juan Núñez de Lara.

Don Pedro escuchaba a todos en silencio. Por su mente pasaban negros presagios. De nuevo veía la guerra civil en Castilla. Sabía que la nobleza del reino volvería a dividirse en bandos, disputándose las prebendas y la misma regencia, pues su sobrino y futuro rey, don Alfonso, sólo tenía un año de edad. Por ello pensó en ganar tiempo y terminar la conquista de Alcaudete, lo que le daría prestigio, y por lo tanto mayores posibilidades a su candidatura a la regencia. También quería ponerse rápidamente en contacto con su madre, doña María de Molina, para entre ambos guardar el trono para Alfonso y salvar al reino de la descomposición. Por ello dijo:

.-"Ocultaremos el cadáver y aplazaremos la noticia de la muerte hasta que terminemos las capitulaciones y tomemos posesión de la villa".

Efectivamente, el día siguiente, 5 de Septiembre del 1.312 se firmaron las capitulaciones. A los árabes que no quisieron permanecer bajo dominio cristiano se les dio un día más, para que abandonaran sus tierras y casas, a continuación de lo cual los cristianos entraron triunfalmente en el recinto amurallado tomando definitiva posesión de la villa y fortaleza.

Aquella noche, cuando todo estuvo controlado, el cadáver del rey fue transportado secretamente a Jaén, en donde se dio la noticia de su muerte al día siguiente. En la capital del Santo Reino se celebraron los funerales, se dio sepultura al monarca castellano en el arco de San Lorenzo, y se proclamó sucesor suyo al niño Alfonso XI.

• • •

Así lo refiere el cronista árabe Lizan Ebdin: "Antes de partir del campo de Alcaudete (Fernando IV) le tomó la muerte, y la ocultaron tres días, y lo trasladaron a Jaén, donde se publicó".

Creo que Alcaudete bien puede disputar a Jaén el trascendental hecho histórico de haber sido el lugar donde murió este rey.



Panorámica de Alcaudete.

El Rey Mendigo.



orría el año 1.455. Apenas hacía un año que había subido al trono castellano Enrique IV. Este monarca reunió Cortes que aprobaron hacer la guerra al reino moro de Granada.

Marchó el rey a Andalucía seguido de un brillante cortejo de caballeros que acudían, acompañados de sus mesnadas de soldados, a la incursión bélica, esperando alcanzar no sólo fama y honra, sino también cuantiosos beneficios de orden material. Entre ellos se encontraba Alfonso Fernández de Córdoba, III Señor de Alcaudete.

Los preparativos guerreros habían llenado de expectativas y ardor combativo a los nobles castellanos; pero el soberano, de carácter poco belicoso, se mostraba excesivamente prudente. Se adentró en territorio enemigo y, en vez de entrar en combate, se limitó prácticamente a efectuar un mero paseo militar, sin apenas entrar en combate. Ante ello numerosos caballeros cristianos se sintieron ofendidos en su dignidad, al no haber podido demostrar su arrojo y valentía.

El Rey en Alcaudete.

Al regresar los cristianos de esta correría, una parte de los mismos se instaló en la vecina villa de Baena. Varios nobles lo hicieron en Alcaudete.

El rey, a cuyos oídos habían llegado las habladerías que lo tachaban de cobarde, se aposentó en el castillo. Confiaba en la lealtad de su Señor.

Por ser el lugar más seguro dentro de la fortaleza, se instaló al monarca en la Torre del Homenaje, imponente construcción que aún se levanta en medio de este recinto militar, desafiando el devenir de los tiempos.

La Conjura.

Poco hacía que el ejército se hallaba descansando en estas tierras, cuando una noche un grupo de nobles, los más jóvenes y de sangre más ardiente, se reunieron. Entre ellos se encontraban miembros de las mejores familias castellanas: el conde de Alba; el poderoso Maestre de Calatrava, don Juan Girón; el conde de Paredes, etc.

Pronto la discusión se hizo muy acalorada. Un joven caballero decía:

- "¡No debemos permitirlo! Estamos siendo deshonrados. Lo que tenemos no es un rey guerrero, sino un monje medroso y asustadizo. Si sus antepasados, los grandes reyes conquistadores, saliesen de sus tumbas, volverían rápidamente a ellas llenos de vergüenza. Somos la burla de todos".

Otro, que se encontraba frente a éste, argumentaba:

- "¿Para qué hemos venido aquí, dejando casa y familia? ¿Para que el monarca vista sus mejores galas y se pasee por los campos enemigos como un pavo real? Volveremos a nuestras tierras más pobres de lo que vinimos: sin botín, sin esclavos, sin nada. Ni siquiera la satisfacción de haber matado a perros infieles".

El conde de Alba propone:

- ¿"A qué esperamos para hacerle cumplir con su deber? ¡Tomémosle prisionero y obliguémosle a comportarse como debe!".

- "Yo me sumo a esa propuesta". Dijo el de Paredes.

- "Y yo", "y yo" Repitieron la mayor parte de los allí presentes.

Un solo hombre no era partidario de llegar a esos extremos, don Íñigo de Mendoza, hijo del marqués de Santillana. Pero su voz fue ahogada por las de los demás. Los conjurados continuaron proyectando su acción. Todos se juramentaron para penetrar en el castillo de Alcaudete al día siguiente; anular al Señor del mismo, don Alfonso Fernández de Córdoba; y apresar al Rey.

Don Íñigo avisa.

Don Íñigo de Mendoza, caballero al que todos tenían en alta estima, se debatía aquella noche entre la lealtad a su monarca y el deseo de no comprometer a los conjurados, muchos de ellos buenos amigos suyos. Finalmente decidió avisar al soberano del grave peligro que corría.

El monarca fue informado por don Íñigo de la conjura que contra él se tramaba.



Este y don Alfonso se pusieron inmediatamente a las órdenes del soberano para lo que estimase oportuno.

Don Íñigo se dirigió a Enrique IV con estas palabras:

- "Majestad, los conjurados son muchos e importantes, y están dispuestos a todo. Si vos lo ordenáis pondremos en aviso a los caballeros leales a vuestra persona, y les haremos frente en este mismo castillo".

El Señor de Alcaudete insistió en este mismo extremo:

- "Ya sabéis, Señor, que las murallas de esta fortaleza han resistido los más fuertes ataques".

Huida de Enrique IV.

El rey, que no poseía un gran espíritu, se estremecía ante la posibilidad de verse encerrado y rodeado de enemigos en el castillo. Por ello pensó desde un primer momento en huir para así hurtar la presa a los conjurados.

- "¿Creéis vos, don Alfonso, que me será posible alcanzar la ciudad de Córdoba, sin grave peligro para mi persona?". Preguntó el monarca.

- "La principal dificultad será, majestad, la de abandonar el castillo, pues es de prever que los conjurados hayan apostado soldados en torno a sus murallas. Sólo podrían ser burlados si os disfrazaseis convenientemente" -respondió el de Alcaudete.

Conforme el monarca con este plan procedió a disfrazarse con los harapos de un mendigo transeúnte que aquella noche pernoctaba allí. Con las primeras luces del día salió Enrique IV de las murallas de la villa por la puerta de Luque, acompañado de un criado morisco, de absoluta confianza del Señor de Alcaudete, llamado Hamet, el cual también iba vestido de mendigo. No fueron reconocidos por nadie al atravesar las puertas de las murallas.

Después de pasar por varios viñedos, tan abundantes por aquel entonces en Alcaudete, llegaron al paraje conocido como los Almacenes. Allí se encontraron con una patrulla de soldados de los conjurados que pasaron de largo sin sospechar nada, pues aquel día había mercado en Baena, y hacia ella se dirigían numerosos pobres para pedir limosna.

Así alcanzaron los extensos olivares de la Vega, ya cubierta por ellos, por medio de los cuales anduvieron cerca de dos horas hasta llegar a las orillas del río San Juan. Cerca de la confluencia con el río Salado de Priego les esperaba don Pedro Martínez de Angulo, alcaide del castillo de Alcaudete, que, con un fuerte contingente de soldados de la villa, dio escolta al rey hasta Córdoba, ciudad que siempre le fue fiel, en donde se encontró definitivamente a salvo de todo peligro.

• • •

Esta leyenda cuenta un hecho que, de haberse desarrollado de otro modo, podía haber cambiado el curso de la historia de España.



The background of the cover is a photograph of the interior of a church. It features high stone arches, columns, and rows of wooden pews. The lighting is warm, and the architecture is made of light-colored stone. A red decorative pattern, consisting of repeating floral and scroll motifs, is overlaid on the right side of the image.

Castillo de Locubín

Dolores Ruíz Sevilla

Investigadora Local de Castillo de Locubín

Castillo
Locubín

"CASTILLO DE LOCOS VI".



a historia nos demuestra ampliamente el origen del nombre de Castillo de Locubín. Dos prestigiosos escritores castilleros, D. Rafael Álvarez de Morales y D^a. Concepción Castillo, se han encargado de estudiar en profundidad el origen de su nombre y ambos señalan que se trata de un nombre árabe, Hisn al-Uqbin -Castillo de las Cuevas o Castillo de las Águilas- (cada uno de ellos apuesta más por una u otra traducción del nombre).

Es la tradición popular, posiblemente por el desconocimiento de la historia, así como el afán de jugar con las deformaciones de las palabras, lo que ha dado lugar a esta leyenda, que no tiene ninguna base histórica, puesto que, como acabamos de indicar, el origen árabe del nombre del pueblo está sobradamente demostrado.

...

Cuenta la leyenda que en cierta ocasión pasó por El Puerto de Cas-



Vista de La Villeta desde la parte más baja del pueblo.



tillo, una reina mora, acompañada de su corte. Iba de camino para reunirse con su esposo. Al llegar al lugar denominado El Puerto, desde donde se veía el pueblo con su castillo, se detuvo a lomos de su caballo para poder disfrutar del espléndido paisaje y de la hermosísima panorámica del pueblo con su castillo. Como todos sabemos, El Puerto se encuentra a 1090 metros de altitud y el pueblo de Castillo de Locubín está en la falda de la Acamuña, a 682 metros de altitud.

La reina, que no debía tener nada desarrollada la concepción espacial, se sorprendió de que el castillo de la Villeta ella lo estuviese viendo “en bajo”, claro está, con respecto a su posición. Tal fue su sorpresa que algunos miembros de su corte le escucharon decir en voz baja:

- ¡Qué raro! Todos los castillos están en la parte alta de las ciudades o pueblos, menos éste.

A dicho comentario no le hicieron mucho caso, antes bien, sin que la reina se percatase, se mofaron de lo que estaban escuchando y reanudaron la marcha. Al llegar a su destino, la reina se encontró con su esposo, el rey, y, antes de bajarse del caballo, exclamó a éste:

- ¡Esposo mío!... “¡Castillo de locos vi!”

Y desde entonces, por deformación de la expresión, cuenta la leyenda que el hermosísimo pueblo situado en la falda de la Acamuña se llama “Castillo de Locubín”.

Hay una segunda versión de esta leyenda. Es la que sigue:

Cuenta que en cierta ocasión, en verano, cuando el pueblo de Castillo estaba en poder de los musulmanes, vino hasta él un rey. Días antes de su llegada, las autoridades mandaron que dicho rey fuese recibido con todos los honores y ordenaron a sus habitantes salir a recibirle con vítores y rendirle pleitesía.

Su llegada estaba prevista para cierto día por la mañana y todos los castilleros estaban avisados de que, cuando escucharan el sonido de trompetas, sería el momento de salir a recibir al Rey. Pero éste se adelantó y llegó de noche, por lo que los habitantes del pueblo se encontraban durmiendo. Estaban en el primer sueño de la noche, cuando el estruendo de trompetas los despertó y todos salieron a la calle tal y como estaban en la cama: como era verano y hacía mucho calor, los hombres en calzoncillos y las mujeres con camisones.

El pueblo entero se echó a la calle con gran alborozo. El rey, al verlos en prendas menores vitoreándole, se sorprendió y exclamó:

- “¡Castillo de locos vi!”

Y desde entonces, ese precioso pueblo regado por el río San Juan y que posee esa rica vega que todos conocemos, se denominó “Castillo de Locubín”

ORIGEN DE LA ERMITA DE JESÚS

"LA IMAGEN QUI SO QUEDARSE AQUÍ".



uenta la leyenda que hace mucho tiempo, cuando algún discípulo de Martínez Montañés hizo la talla de Nuestro Padre Jesús Nazareno, traían la imagen para Alcalá la Real en un carro tirado por dos burros. En su camino hacia Alcalá pasaron por Castillo y se detuvieron a descansar un rato en un paraje cercano al actual parque, paraje cuajado de frutas y hortalizas por lo rico de sus extraordinarias huertas.

Los hombres encargados del transporte dieron de beber a los burros en una fuente cercana y, a continuación, decidieron reanudar la marcha. Ordenaron a los burros que continuasen el camino pero los animales, por más que eran presionados para seguir su camino hacia Alcalá, no obedecieron, sino que se quedaron quietos en ese lugar y, por mucho que les obligaron a seguir caminando, los burros se resistieron a moverse de allí, quedándose inmóviles, y, es más, según otra versión de esta misma leyenda, los burros reventaron en ese mismo lugar. Una tercera versión es la que afirma que uno de los burros, al ver la bellísima e impactante imagen de Nuestro Padre Jesús, que le miraba, llegó a hablar y, frente a la imagen, exclamó en un castellano



perfectamente inteligible: -“Tan bien me miraste que con tu cara me cautivaste”.

El hecho de que los burros no quisieran continuar el camino fue interpretado por todos los castilleros como algo milagroso, una especie de comunicación espiritual de Nuestro Padre Jesús con el pueblo, dejando claro su deseo de quedarse en Castillo para siempre.

En honor a este hecho “milagroso” y a la figura de Nuestro Padre Jesús, se levantó una ermita en el mismo lugar en el que hoy está, construyéndose un camarín en ella para venerar la imagen de Nuestro Padre Jesús, la cual ya nunca saldría del pueblo.

Unos sitúan este hecho en el siglo XVII, siglo en el que se construyó la ermita de Jesús, siendo en el siglo XVIII cuando Nuestro Padre Jesús Nazareno es nombrado Patrono de Castillo de Locubín. Así, en un documento fechado en 1780 ya se recoge “la feria en honor de Nuestro Padre Jesús, patrón de Castillo”.

Sabemos que los estatutos más antiguos de la cofradía de Nuestro Padre Jesús datan del 6 de abril de 1851. Conviene remontarse a estos estatutos para hacernos eco del grado de veneración y del carácter milagroso atribuido a la imagen por los vecinos de Castillo. Reproducimos literalmente el principio de estos estatutos:

“En la villa del Castillo de Locubín a 6 de Abril de 1851, los individuos que suscriben, “motu proprio”, se reunieron en la Ermita llamada de Jesús con el objeto exclusivo de formar una sociedad para dar culto a la Imagen de Jesús que se venera en dicha Ermita, y de concurrir cada individuo a los funerales que ocurran de un socio o de las personas que se expresan; teniendo presente:

1º La muchísima devoción con que se venera aquella imagen y ardiente deseo de todo el vecindario porque se le dé el culto más decente a la milagrosa efigie de nuestro redentor Jesucristo”.

Sin embargo, según lo relata Olivares Barragán en “Transcripción, comentarios y ampliación del Atlante Español de Bernardo de Espinalt: provincia de Jaén”, el origen legendario de su patronazgo se sitúa en la época de la reconquista:

“Según una tradición de la localidad, cuando llevaban a Alcalá la Real una talla del nazareno, hicieron alto en Castillo para descansar, pero al reanudar la marcha, al día siguiente, los animales no pudieron arrancar el carro que la portaba por lo pesado que se hizo la carga. Ante esto, la dejaron en el pueblo y le levantaron una ermita a la vez que lo declararon Patrono de la localidad”.

La leyenda que acabamos de relatar está muy extendida en el pueblo y es la más

Origen de la ermita de Jesús "La imagen quiso quedarse aquí"



Nuestro Padre Jesús Nazareno.



popular e importante de cuantas forman parte de la cultura legendaria de Castillo de Locubín.

En cierto modo, esta leyenda da muestra de una cierta rivalidad histórica entre Castillo y Alcalá (la imagen iba para Alcalá pero quiso quedarse en Castillo), posiblemente derivada de los enfrentamientos políticos y sociales entre ambos cuando Castillo dependía de Alcalá y luchó por su independencia, que consiguió definitivamente en 1833.



"ENTRE EL RÍO Y EL SALADO, EL TESORO DEL REY MORO ESTÁ ENTERRADO".



uenta¹ la leyenda que, entre las pintorescas huertas del pago de la "Isla", regadas por el Río San Juan, está enterrado el tesoro del rey moro granadino Alhamar.

Al entregar Alcalá la Real, los moros se dejaron enterrado, no se sabe cómo, un magnífico tesoro compuesto por lingotes de oro y de plata y algunas piedras preciosas. Durante mucho tiempo se habló de este tesoro y los agricultores de la zona, al arar la tierra, siempre cuidaban mirar los surcos por si la suerte les sonreía.

Esta leyenda tuvo gran nivel de credulidad entre la población debido a que se hallaron vestigios de fundición de plata y algún polvillo de oro que prueban la existencia de metales preciosos, minas que fueron cegadas antes de dejarlas caer en manos de los cristianos.

¹ Esta leyenda está extraída de escritos realizados en 1930 por Federico Parera Castillo. El boceto ha sido aportado por Moisés Gallardo.



Nacimiento del Río San Juan.



LA CUEVA DEL JABONERO.



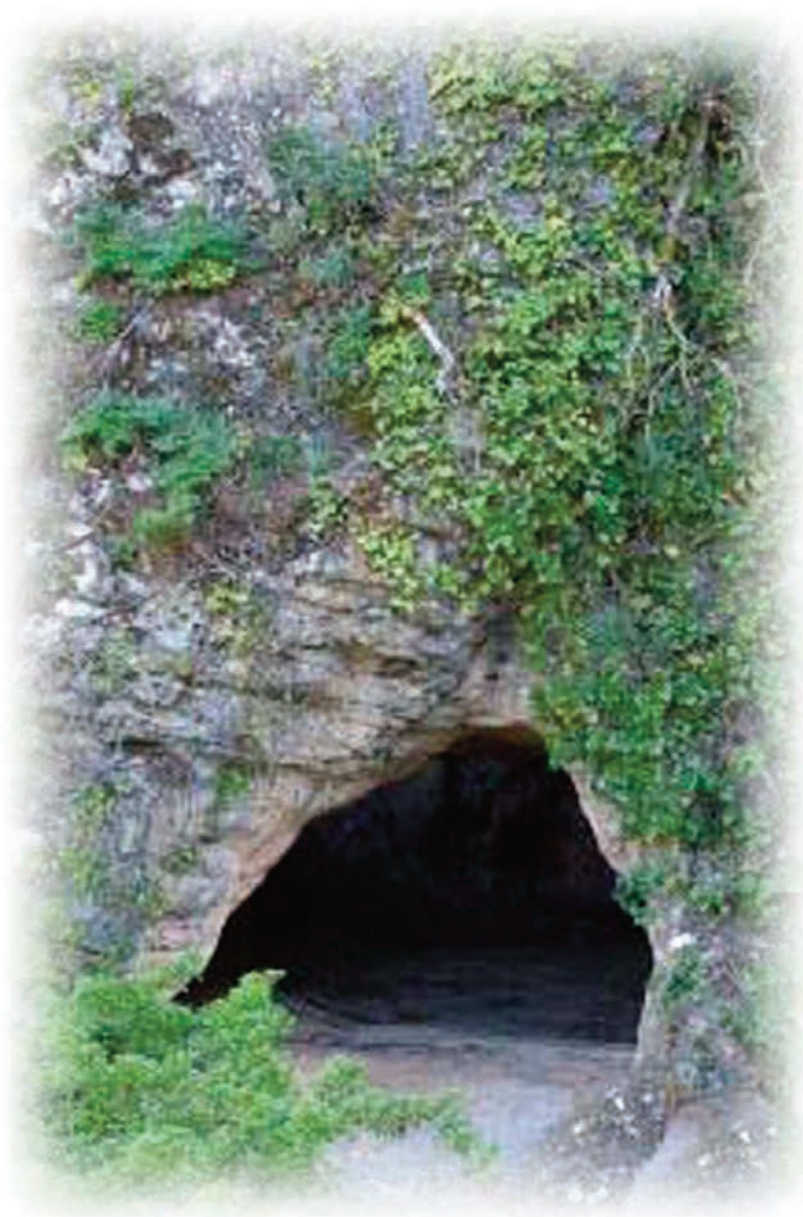
a cueva del Jabonero es una de las muchas que existen en Castillo, de una belleza extraordinaria y muy visitada por los castilleros y castilleras.

Cuenta la leyenda que durante la Guerra de Independencia contra los franceses, vino a refugiarse a Castillo un maestro jabonero con su hija, que se ganaban la vida elaborando jabones, con el aceite de oliva usado que abundaba en estas tierras del Sur.

La hija del jabonero era una joven muy hermosa y la cortejaban los mozos de la zona en la que vivían.

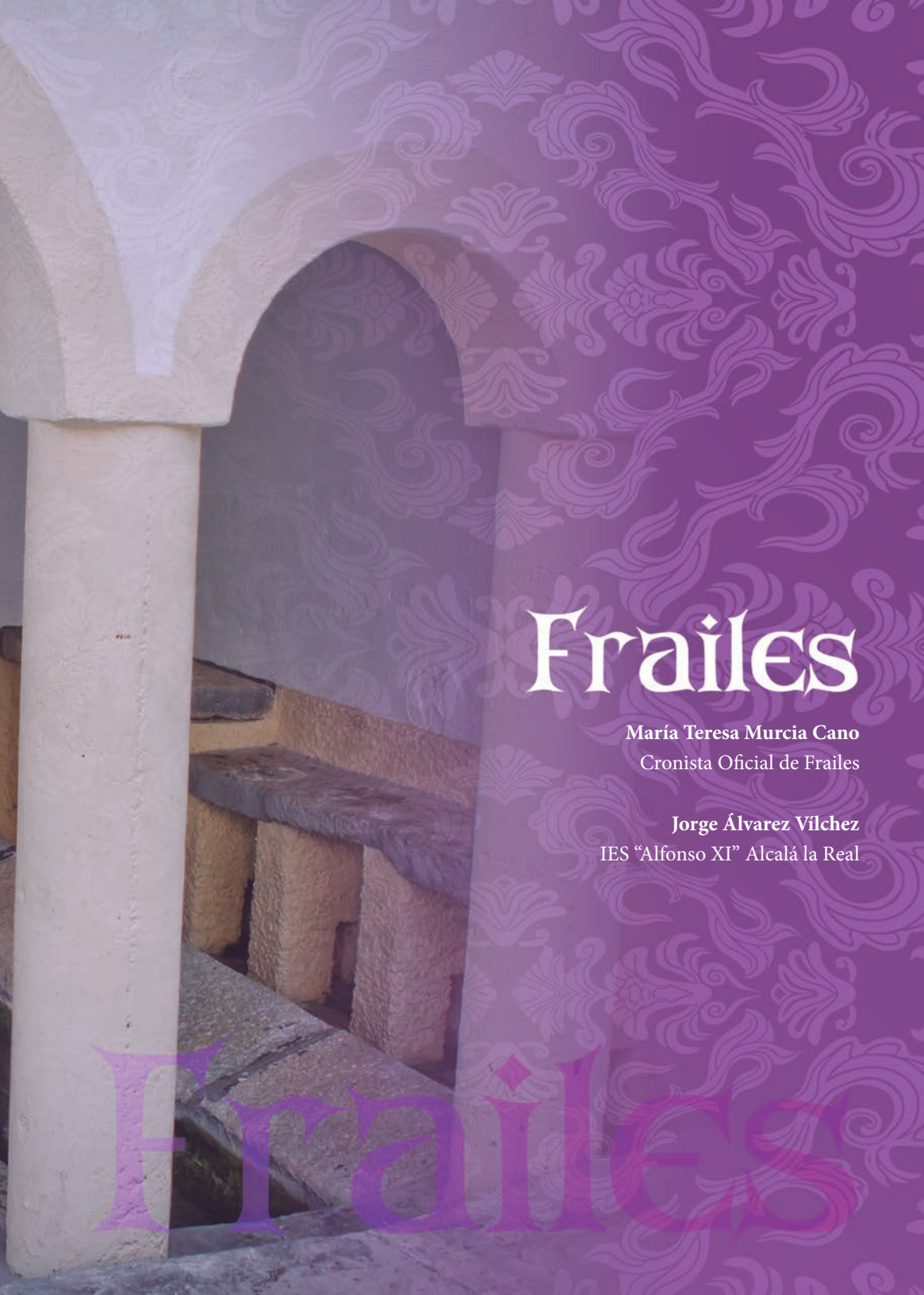
El jabonero ideó esconderse ambos en una cueva cercana al pueblo, con el fin de preservar a su bella hija de la atención desmedida de los soldados franceses, ya que los abusos y ultrajes por parte de las tropas de Napoleón eran muy frecuentes. Así pues, decidieron esconderse durante bastante tiempo en esa cueva, que hoy lleva su nombre, "del Jabonero". Los castilleros le llevaban comida y, tras la huida de las tropas napoleónicas, salieron de ella, continuando con su vida cotidiana y elaborando jabones de extraordinaria calidad.

A partir de entonces, esta cueva lleva el nombre de la profesión que ejercía este señor: "La Cueva del Jabonero".



Cueva del Jabonero.





Frailes

María Teresa Murcia Cano
Cronista Oficial de Frailes

Jorge Álvarez Vílchez
IES "Alfonso XI" Alcalá la Real

Frailes



EL NOMBRE DE FRAILES.



e cuenta que el nombre viene de fraude, por los muchos robos que se cometían en la zona. Nada más lejos de la realidad. Es cierto que en la comarca se encuentran muchos abrigos

rocosos y cuevas en las que instalar la morada o resguardarse de las inclemencias del tiempo, pero no por ello el nombre vendría de las gentes de mal vivir que pudieron resguardarse en ellas. Esta afirmación errónea acerca del nombre la hace Pascual Madoz en su *Diccionario Geográfico Estadístico* publicado entre 1846 y 1850. Parece ser que Madoz nunca estuvo en estos lugares, pues no hemos encontrado en las *Actas Capitulares* ninguna alusión a esta personalidad, tan eminente en su época, de viaje por estos pagos.

Al contrario, tenemos noticias de que el nombre de Frailes viene del árabe *Alfraylas*, cuyo origen posiblemente no fuera árabe, sino anterior. No sabemos lo que significa pero se ha querido ver en los habitantes de esta tierra a gentes rudas que se escondían en las cuevas que salpican aquí y allá la orografía frailería.



Panorámica de Frailes.

LA LEYENDA DE JUAN DE ARJONA.



e las sucesivas fronteras que conoció la historia hispana medieval, ninguna se mostró tan propicia a la producción de leyendas como la frontera de Granada, la más nutrida de romances y otras creaciones literarias construidas, a menudo, a partir de insignificantes episodios guerreros, magnificados con la intencionalidad manifiesta de la exaltación de valores culturales de gran importancia para la sociedad del momento. En este contexto surge en **El Espinar**, cortijada perteneciente al término municipal de Frailes, la leyenda de **Juan de Arjona**.

A este Juan de Arjona se le atribuyen varias gestas de carácter legendario pero, de entre todas, la que más interesa a los frailereros es la hazaña que protagonizó Juan de Arjona en el Portillo del Espinar.

Se cuenta que Juan, que se encontraba cazando en el Espinar, tras percatarse que ciertos moros llevaban cautivos cristianos, les increpó que los dejaran libres. Los moros no le hicieron caso a Juan e incluso lo acusaron de borracho. Arjona cargó contra los moros granadinos que intentaron despenar a los cristianos cautivos, pero no lo consiguieron, pues una rama a la que se asieron fue su salvación.

Los moros huyeron, y los cristianos que habían sido liberados, en señal de agradecimiento, desde entonces enviaron presentes todos los años a la familia Arjona como signo de agradecimiento.

No es esta de las leyendas más populares entre los fraileros, aunque hemos considerado oportuno darla a conocer, pues es la única de la que conservamos testimonio documental histórico.



Portada de la probanza de hidalguía de don Pedro de Arjona.

LA CUEVA DEL TESORO.



o hay frailerero que no cuente la leyenda de **La Cueva del Tesoro**¹. Se cuenta que, en tiempos de los moros, esta cueva, situada en las inmediaciones del puente de la Presilla, a las afueras del casco urbano de Frailes guardaba en sus entrañas tesoros incalculables en joyas, monedas y toda clase de riquezas procedentes de las razzias y rapiñas de los moros. Se dice que estos tesoros estaban protegidos por una reja de oro que se cerraba con un cerrojo del mismo metal.

No sabemos que nadie traspasara esa reja dorada aunque se cuenta que una mujer conocida como “la Pincela” tenía un brazalete de oro, que había encontrado en la cueva, y que tenía forma de serpiente. Los frailereros llaman “bicha” a esta pulsera. Nadie vio tan magnífica joya pero se especuló que la vendió y obtuvo un buen dinero por la joya con el que solucionó sus problemas económicos y fue la envidia de sus paisanos.

Una cancioncilla referida al suceso decía:

*La cueva de la Presilla
se ha convertido en dinero.
Y el que quiera hacerse rico
que trabaje en el bujero.*



Entrada de la cueva de la Presilla.

De siempre, generación tras generación los fraileros hemos escuchado la historia de la Cueva del Tesoro. Los muchachos como en un rito iniciático entraban en la cueva y algunos tuvieron problemas para salir acrecentando aún mas las leyenda. Nadie recuerda haber visto la reja de oro, pero sí hachas de piedra y otros objetos prehistóricos hoy ya desaparecidos desgraciadamente. También se dice que esta cueva era muy larga y tenía una salida a las eras del “Mecedero”. Hoy en día esta comunicación no existe, pues la roca caliza ha cerrado esa vía de paso. Ciertó es que se trata de una leyenda y que ningún espeleólogo ha entrado para su estudio en el interior.

¹ La “Cueva del Tesoro” propiamente dicha se encuentra en las inmediaciones del cortijo del “Charro”. A la que hace referencia la leyenda es otra cueva, llamada de la Presilla, en donde se dice se encuentran escondidas las riquezas. Los mas ancianos dicen que si los fraileros supieran lo que hay en las entrañas de la tierra, levantarían el cerro del “Almez”, también llamado cerro del “Misto”, hasta dar con el tesoro, pues haría rico a todo el mundo.



POBLAMIENTO Y CONQUISTA DE FRAILES.



e dice que hace muchos, muchos años, todo el término de Frailes estaba formado por encinas, y los pájaros recorrían todos los montes sin tomar tierra pues los árboles estaban tan espesos que apenas se veía el suelo.

En estas condiciones naturales, el sitio era el idóneo para hacer carbón, de ahí el nombre de uno de los cerros del pueblo, Las Carboneras. Estos rancheros se instalaron en torno a la fuente del Nacimiento, de rica y fresca agua en verano, y templada en invierno. Con el paso de los años, y como el negocio del carbón iba en aumento, éstos carboneros se trajeron a sus familias y se instalaron definitivamente en el lugar. Construyeron sus casas de retama y un pequeño castillo para defenderse de los enemigos por encima de la fuente, y se quedaron creando lo que hoy es Frailes. Y esta es la leyenda de cómo se fundó la alquería de Alfralyas.

La población fue creciendo y se talaron árboles conforme iba aumentando el número de habitantes, y se fueron poniendo en cultivo las tierras. Las que eran ricas en agua se dedicaron al cultivo de regadío, como en los Linarejos, que se cultivó lino; y las que no tenían agua

se dedicaron al cultivo de secano, como garbanzos, cebada o trigo.

Estos colonos fueron teniendo descendientes y ocupando el territorio. Es entonces cuando el rey Alfonso XI conquista la zona y el territorio frailero no escapó al dominio del rey castellano.



Nacimiento de Frailes.



LA CONQUISTA DE FRAILES POR TROPAS ALFONSDINAS.



os pobladores de la alquería de Alfralyas tenían muchas cabras, que fueron utilizadas por los cristianos para conquistar el poblado. Los cristianos colocaron luces en los cuernos de los animales y de esta manera creyeron los moros que era un ejército muy numeroso de hombres los que se disponían a atacar la población. Los moros se sintieron impotentes e iniciaron la huida, entrando los cristianos triunfantes en Alfralyas, que pasó a llamarse Frailes. Se puso en su escudo una cruz, por su pertenencia a la Abadía alcalaína, dos castillos por haber sido conquistado por el rey castellano, y dos llaves cruzadas pues quedó en la frontera con Granada. No sabemos la verosimilitud que puede tener este relato pero sí queda un dicho popular que reza:

*Frailas es un corral de cabras,
la Ribera de cabritos,
Santa Ana de maricones,
y Alcalá, de señoritos.*





DUENDES, BRUJAS Y ENCANTADAS.



a frondosa vegetación que proporcionan los ríos, unido al toletole del agua, y a la escasa iluminación, hacía que en las largas noches de invierno, en aquellos temporales de lluvia y nieve, al calor del hogar, se contaran historias que siempre habían pasado a algún conocido, pero del que nunca se daba el nombre.

Así se decía que en el Puente Alta, salía una vieja cerniendo higos, y a las niñas bonitas se las llevaba a su cueva y nunca más se llegaba a saber de ellas ni de su paradero. O las historias de brujas que en sus reuniones, que hacían totalmente desnudas, iniciaban su vuelo en una escoba con la sentencia: *sin Dios y sin santa María, volar querría*. Y se levantaban del suelo asidas a su escoba iniciando su vuelo por los tejados de la villa, tocando instrumentos y cantando, para que los hombres que salían a verlas quedaran encantados por ellas. Una de las frases que decían era: *Tres de Alcalá, una de la sierra, y la que toca el pandero, valdepeñera*.

En las inmediaciones del Puente de la Presilla, se encontraba situado el cementerio municipal, hasta que en 1932 se trasladó al lugar



Puente Alta.

que ocupa hoy en el cerro de las Carboneras; era pues la zona propicia para todo tipo de fenómenos extraños. Y es en este lugar donde se cuentan muchas de las apariciones de duendes, espantos y fantasmas de diversa naturaleza, que adquieren o se manifiestan de formas muy variadas. Estas apariciones podían referirse a efectos sensoriales: ruidos extraños, visiones extrañas, olores determinados.

Pueden ser seres invisibles, almas en pena, seres desaparecidos, demonios o seres perceptibles de extrañas formas, como duendes, animales, etc.

EL VALDEPEÑERO Y EL BORREGO.



n día un valdepeñero venía a Frailes para ver a su novia; y al llegar al puente de la Presilla, que antiguamente era la entrada a Frailes para los que venían de Valdepeñas de Jaén, se detuvo, pues había visto un borrego que en medio del camino parecía estar perdido. Desmontó de su caballo y tomando al pequeño animal se lo puso en su cuello de tal manera que las patas y manos del animal quedaban hacia delante, y la cabeza cerca de sus oídos. Cuando había pasado un rato, el cordero dijo al hombre: *¿A que tú no tienes dientes como yo?*, al mismo tiempo que le mostraba su dentadura.

El caballero sintió verdadero pánico y lanzó al animal al suelo, quien al caer se convirtió en un ovillo de lana. Entonces el hombre pensó que ya que no podría comerse el cordero, al menos su novia podría tejerle, mientras hablaban en la ventana, una bufanda para los crudos inviernos. Así que tomó la madeja y la metió en el bolsillo de su gabán.

Al llegar a casa de su novia le contó lo sucedido e introdujo la

mano en el bolsillo para dar fe de su historia y que su amada pudiese tejer su chalina, y cuál no fue su sorpresa cuando el ovillo de lana se había convertido en un excremento.



Camino de Frailes a Valdepeñas de Jaén.

EN FRAILES SE HIZO BAILAR A LA PAVA.



e siempre se ha contado en la villa que en una ocasión dos amigos se apostaron si uno de ellos era capaz de hacerle bailar a una pava; pues de todos es sabido lo sosos y cautos que son estos animales, y lo difícil que sería hacer que bailara. Pues bien, llegado el día convenido, ambos amigos quedaron en el lugar acordado que no era otro que una tahona. Y en el lugar compareció uno de los apostantes con una pava y la banda de música. Seguidamente partió una nuez por la mitad y acopló cada una de las mitades a las patas del animal a modo de tacones, y situó a los músicos en la puerta del horno. Hizo que tocaran una pieza musical y metió la pava en el horno. El animal se quemaba las patas y las subía y bajaba acompasadamente una y otra vez para evitar el calor; y de éste modo la música sonaba y sonaba y la pava bailaba y bailaba. De esta manera la prueba fue superada y ganada la apuesta. Y cuando se quiere hacer alusión a lo listos e ingeniosos que son los fraileros, de dice que *en Frailes se le hizo bailar a la pava*.

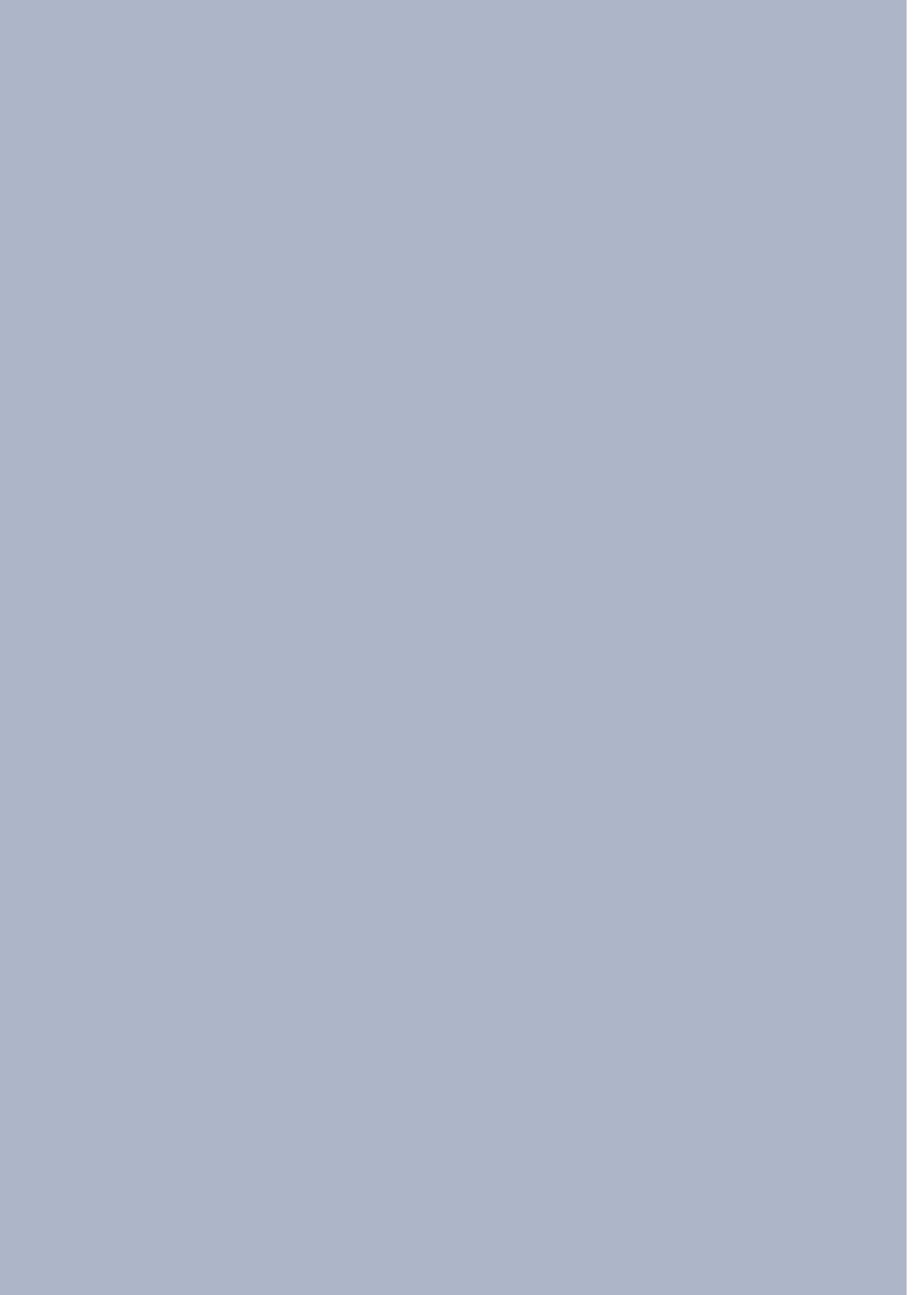




Fuensanta

Antonio Luis Bonilla Martos
Cronista Oficial de Fuensanta

ensanta



LEYENDA DE "EL DUENDE".



uentan que en otro tiempo hubo impresionantes calzadas de enormes piedras trazadas por civilizaciones antiguas que recorrieron estas tierras de un extremo a otro. Se abrieron

amplias cañadas por las que transitaban rebaños de ovejas y cabras buscando pastos frescos con los que alimentarse. El campo florecía y los ríos dejaban discurrir alegremente sus aguas hasta desembocar en el enorme océano. Dicen que existieron pequeñas y serpenteantes veredas que cicatrizaban la piel de la tierra penetrando hasta lo más profundo de sus entrañas, abarrotadas de joyas, de monedas, de telas de seda y de tafetán bordadas con hilos de oro, cuevas en las que fantásticos tesoros enterrados relucían más que mil lunas, a la espera de que quienes allí los depositaron hallasen el momento propicio para volver a por ellos.

Fenómenos extraños e increíbles se repetían a menudo, la gente comenzó a contar historias mágicas en las que los espíritus vagaban libremente por el bosque, y el pánico cundió entre los viajeros, que dejaron de recorrer esos parajes. Con el paso de los años, el polvo y la vegetación fueron engullendo el camino hasta hacerlo desaparecer, las veredas fueron roturadas y las cañadas abandonadas, la tierra fértil se transformó en páramo, y el río apenas pasó a ser un arroyo. Todo quedó yermo y olvidado.



Tan solo en la memoria de unos pocos quedaron grabadas palabras de aquel tiempo contadas de generación en generación, al calor del hogar en las largas noches invernales, en que se rememoraba el increíble tesoro enterrado por los árabes en Fuensanta antes de partir al forzado destierro.

Recuerdo la voz grave de mi abuelo retumbando por toda la habitación, parodiando los sonidos que al parecer emitían al llegar la noche los espíritus errantes, mientras yo permanecía quieto bajo las frías sábanas de la cama, sin apenas moverme, aterido de frío y miedo, escuchando, sin querer oír, su narración, sobre aquellos seres mágicos e infernales que andaban por el bosque. ¡Duendes! decía, con toda la sonoridad que su voz le permitía. Son ¡duendes! volvía a repetir, intentando subir aún más el tono, para dar un toque de efecto.

Eran, a veces unos diminutos y graciosos personajes, que adaptaban mil formas, y se divertían cambiando las cosas de lugar, y gastando bromas a todos los viajeros que se atrevían a adentrarse por aquellos parajes, en cambio otras, aparecían como enormes y feos monstruos deformes que podían fulminar de un solo soplo a cualquier osado caminante.

Muchos fueron los que los vieron, y otros muchos los que no vivieron para contarlos, sus cuerpos dicen que yacen víctimas de encantamiento enterrados bajo montones de capas de tierra, en el interior de la fría cueva a la espera de que alguien rompa el maleficio.

Todavía hoy el lugar en que sucedió toda esta historia ha conservado el nombre de aquellos entes, y se conoce como “El Duende”.

Dicen que para saber en qué lugar se encontraba la cueva y no olvidarlo aunque pasasen los años, sus poseedores excavaron la entrada bajo una enorme encina de más de diez cuerpos. Con el tiempo el árbol se secó y bajo sus raíces podridas apareció un enorme pozo circular que se adentraba en el interior de la tierra, de lo que muchas personas del pueblo fueron testigos, pero nadie se atrevía a entrar en él, todos tenían miedo de su negritud y profundidad. Resultaba muy peligroso aquel agujero y los propietarios del terreno se apresuraron a taparlo para que no fuese a producirse algún accidente, pero de nuevo pasó el tiempo, y con él la memoria se pobló de lagunas, y volvió a olvidarse el lugar exacto en el que apareció.

Sin embargo, un caluroso día de agosto, de la década de los ochenta del pasado siglo, cuentan que la leyenda dejó paso a la historia, y dos hombres con rasgos orientales se dejaron ver en las plazas y calles de la localidad, preguntaban por el dueño de unas tierras conocidas como El Duende, deseaban que les permitiesen excavar en ellas, pero no llegaron a un acuerdo entre las partes, por lo que todo el mundo supuso que se habrían marchado.



Pero el destino a veces nos depara curiosas y gratas sorpresas y las piezas que parecían de varios rompecabezas de pronto, al girarlas de nuevo, encajan entre sí y resulta que pertenecen al mismo puzzle.

Al parecer no había transcurrido mucho tiempo desde que se perdiese la pista de aquellos hombres, cuando hizo su aparición en el pueblo un arqueólogo, en principio hecho nada extraño si se tiene en cuenta que los restos arqueológicos abundan por la zona. Estaba realizando un proyecto de investigación y deseaba información sobre aquel lugar, El Duende, pues suponía que allí podía encontrar algún indicio de asentamientos antiguos. Muy amablemente algunos lugareños le indicaron el camino que debía seguir, e incluso se ofrecieron para acompañarle, propuesta que él rechazó.

Pertrechado de todos sus artefactos y enseres, mochila a la espalda, brújula en mano, cantimplora al cinturón, incluida la pequeña brocha para limpiar el polvo de los objetos, se encaminó hasta el lugar que le habían indicado. La zona en principio llana, se torna abrupta y escarpada, con abundancia de vegetación mediterránea. El sol se hallaba en su punto más álgido, y los rayos incidían directamente en sus ojos, a lo lejos a media ladera le pareció distinguir una enorme encina de más de diez cuerpos. Resopló varias veces, bebió agua, hizo una fuerte lazada en las botas y tomó aliento, sin pensarlo inició la subida, a medida que ascendía no conseguía vislumbrar el árbol, pasaban las horas y el sol estaba llegando a su cenit, buscaba, miraba, caminaba a izquierda y derecha, subía y bajaba, pero no era capaz de encontrarla, parecía tragada por la tierra. Mil pensamientos pasaron por su mente en aquel momento, pensó cesar en su búsqueda, tal vez el calor y el sol le habían producido un espejismo o ensoñación, -seguramente sería eso-, se dijo a sí mismo para tranquilizarse.

Un sonido grave bajo sus pies le trajo de nuevo a la realidad, las piedras sobre las que estaba sentado comenzaron a moverse, y su cuerpo comenzó a dar vueltas rodando entre ellas, hasta que todo cesó, una nube de polvo envolvía el lugar. Pasaron unos minutos hasta que se fue disipando poco a poco la neblina, intentó incorporarse pero sus piernas apenas le respondían, tenía magulladuras y moratones por todo el cuerpo pero afortunadamente seguía con vida. Sus ojos se fueron adaptando al lugar, era un sitio lúgubre, una enorme cavidad excavada en la tierra, sobre la que se apoyaba una enorme roca caliza, la sola contemplación de la galería que penetraba en el interior le produjo un escalofrío que le recorrió a lo largo de toda la columna vertebral. Desde donde se hallaba buscó con la vista en derredor suyo, tesoros, joyas,

telas pero no había nada, tan sólo montones de cascajos esparcidos por el suelo, pensó que tal vez aquellos hombres de rasgos orientales se llevaron todo. Su rostro pasó de la alegría al enfado, por un momento había pensado que la leyenda que se contaba en el lugar era cierta y que había encontrado la entrada que hubo bajo la encina y que llevaba hasta el tesoro enterrado por los árabes. Cogió uno de los cascajos y lo estrelló con rabia contra el suelo, volvió a coger otro y otro, y repitió la operación hasta caer exhausto. Su rostro magullado permanecía pegado a una roca, de pronto una chispa de luz brilló en sus ojos iluminando su rostro, se incorporó de un salto, como si nada hubiese sucedido, y corrió hasta el montón de cascajos, cogió uno y luego otro, los fue mirando uno a uno, buscó como pudo su mochila y guardó una muestra de ellos. Luego partió hacia el pueblo.

Al día siguiente temprano le vieron partir, viajó hasta el museo arqueológico más cercano, buscó al director, y le enseñó lo que llevaba en el interior de la bolsa, para ver si corrobora su opinión sobre lo que era todo aquel cascajo. Efectivamente, se trataba de fragmentos rotos de vasijas ibéricas, que fueron inutilizadas hacía siglos, sin quererlo había encontrado un santuario ibérico, un lugar sagrado, al que acudían los devotos en la antigüedad para hacer sus peticiones, mediante libaciones contenidas en las vasijas que escanciaban sobre la tierra, para darle fertilidad, y que posteriormente rompían y lanzaban sobre la falda de la montaña.

Estaba contento. No consiguió localizar el tesoro árabe pero en su lugar encontró algo más importante y espiritual, un lugar sagrado. Ahora se explicaba por qué desde siempre aquel lugar había sido conocido como “El Duende”.



Fuente: José Carrillo.

“El Duende”. Dibujo de Ignacio Bonilla Fernández.



LEYENDA DE "LA NEGRA".



Un bello remanso de agua cristalina se formaba en el interior de la pequeña cueva situada al final del frondoso bosque de caducifolias, que se extendía a ambas orillas del riachuelo. La tranquila superficie de la poza tan solo era alterada, de vez en cuando, por los continuos círculos que la recorrían de un extremo a otro producidos por el paso de aquellos diminutos insectos que se asemejaban a hidroaviones posándose suavemente sobre el agua con sus larguiruchas y delgadas patas negras abiertas. A pesar de la belleza del lugar nada de extraordinario parecía acontecer en su interior, y sin embargo, decían que allí ocurrían fenómenos extraños.

El agua brotaba a borbotones, evocando el nacimiento, la llegada a la vida, el difícil trance del viaje a través del oscuro útero materno al mundo exterior, representado en esta ocasión, por una oquedad en la roca caliza por la que iba saliendo el líquido para ir a parar al bello estanque de transparente fluido.

Aquel hermoso paraje fue tenido por sagrado desde la antigüedad hasta nuestros días, en que fue deificado como lugar de apariciones.

Una de aquellas raras historias que se contaban sobre el lugar decía que en otro tiempo vivía en Fuensanta, una familia de noble abolengo, propietaria de la mayor parte de las tierras, de las fuentes, de los ca-



minos, del ganado y de todo aquello de lo que pudiese extraerse algún beneficio. Tenían fijada su residencia en el lugar que denominan Cazalla, donde habían construido una enorme mansión en la que disfrutaban de una vida cómoda y placentera, rodeados de todo aquello cuanto deseaban y servidos por una corte de criados y sirvientes venidos de más allá de los mares.

Algunas de las tierras las tenían arrendadas a los campesinos, a los que extorsionaban y gravaban cada día más con las desorbitadas rentas que constituían una parte muy importante de los numerosos gastos a los que tenían que hacer frente. Debían pagar también altos tributos para que su ganado abrevara en las fuentes y nacimientos de su propiedad. Todo ello hacía que estas personas, padres de una numerosa prole, pasasen estrecheces y penurias.

No siempre la vida es justa, y a veces la naturaleza se ensaña contra los que menos tienen, cogiéndolos desprevenidos y arrastrándolos a su paso, sin que se pueda dar una explicación lógica a los acontecimientos. Uno de los fenómenos que más afecta directamente al hombre es el de los cambios meteorológicos que resultan imprevisibles y caprichosos. Durante varios años se padeció en todo el país una de las mayores sequías que se recordaban, los viejos decían que debía ser un castigo divino por los muchos pecados cometidos por la humanidad, las fuentes y los abrevaderos quedaron secos, las tierras yermas e improductivas y el ganado sin pastos para comer. Los campesinos y sus hijos enfermaban, y muchos de ellos morían víctimas del hambre y de la miseria en la que se encontraban, faltos de medicinas con las que poder tratar la enfermedad y de comida con la que paliar la hambruna que sufrían.

De todas las fuentes y nacimientos que se encontraban en el territorio de la localidad, tan sólo seguía manando agua en abundancia de una de ellas, el resto se había secado por completo. A ella acudía todos los días una joven criada negra provista de un cántaro de barro, para llevar el agua fresca hasta la mesa de sus señores que eran los dueños de aquel manantial de vida. A los campesinos les estaba vetado su uso, puesto que no disponían de los recursos económicos necesarios para abonar el canon que les exigían para poder utilizar el agua, al haberlos empleado en el pago de las rentas que gravaban el uso de las tierras, por lo que no podían plantar, ni dar de abrevar al ganado. La criada de corazón noble y bondadoso, sufría en su interior con todo aquello, por lo que no pudo evitar apiadarse de los pobres e infelices campesinos ante tan lamentable y difícil situación. Pensó que debía urdir un plan o alguna argucia o artimaña que le

Leyenda de "La Negra"

permitiese sacar agua a espaldas de los dueños.

Aprovechaba, las noches de luna clara, cuando todavía no había amanecido y el alba lleva poca luz consigo, y los cuerpos aún permanecen separados de sus sombras, para dirigirse montada en una pequeña mula hasta la fuente, en donde llenaba grandes cántaros de agua que escondía entre los serones tapándolos con ramas frescas de olivo, para depositarlos a las puertas de las casas de los campesinos, que los recibían como un regalo del cielo, gracias al cuál podían seguir viviendo.

Las sequías, afortunadamente, no duran toda la vida, y ésta al igual que otras pasó



"La Negra". Dibujo de Pedro Portillo López.



más tarde que pronto, pero en el recuerdo de todos quedó la bondad de aquella señora de noble y bello corazón, que dio la vida a tanta gente.

Cuando llegó la hora de su muerte, las muestras de cariño y de afecto de todo el pueblo no se hicieron esperar, uno a uno todo el mundo fue pasando por su lecho mortuario para agradecerle tan maravilloso acto. Las calles del pueblo se llenaron de hombres, mujeres y niños que acompañaron su féretro hasta su última morada.

Con el paso de los años la gente murmuraba en las calles y una historia comenzó a circular, pasaba de boca en boca de unos a otros, había quien aseguraba, que muy de mañana cuando aún no había amanecido y la aurora es como una paleta de pintor en la que los ocres y los dorados del sol comienzan a mezclarse irradiando una leve luz por el inmenso cielo, se veía a una señora negra sacando agua de la fuente y vertiéndola en grandes cántaros de barro.

En honor a la criada negra y a esta historia, que muchos aseguran que sucedió de esta forma, se bautizó a la fuente con el nombre de “Fuente de la Negra”.

La Fuente de la Negra constituye, sin duda, el elemento más representativo de Fuensanta, su característica y bella imagen del agua surgiendo bajo la roca evocan el correr del fluido vital por las entrañas de la tierra, como si fuese la propia sangre discurriendo a través de las venas, para brotar al exterior del mundo llena de fuerza renovadora.

Ha sido tal la importancia de esta fuente a lo largo de la historia, que le dio su nombre al pueblo que se fue formando a su alrededor “La Fuensanta”, al que abastece de agua, ocupando un lugar privilegiado en la localidad ya que todo gira en torno a ella.

LEYENDA DE "EL ALOJADO".



a decadencia se había adueñado finalmente de nuestro país, tras siglos de auge y florecimiento, el que fuese el mayor Imperio sobre la tierra, la llamada con razón reserva cristiana de Occidente, daba sus últimos coletazos, caía como un castillo de naipes, y se desvanecía irremediabilmente en una lenta agonía que se había prolongado durante más de dos siglos, apenas unas pocas colonias constituían las posesiones de ultramar de este gigante con pies de barro, eran el reducto de un Imperio que se había extendido por los cinco continentes, del que apenas restaba nada, y ahora estaba a punto de perderse.

Los intelectuales reflejaban en sus obras la difícil situación por la que atravesaba nuestro país, se notaba el dolor y la frustración, el pesimismo generalizado se extendía, reinaba y se hacía patente a cada paso en toda la producción literaria de lo que se dio en llamar la generación del noventa y ocho. La situación se tornaba día a día cada vez más difícil e insostenible.

Un halo maléfico se cernía sobre el oscuro cielo de nuestro país, la decadencia social, política y económica, había alcanzado su punto más álgido, se hacía notar en todos lados, en cualquier esquina de las pobla-



ciones de este país. La agricultura, el sector que empleaba a más gente, se resquebrajaba bajo sus estructuras arcaicas, pendientes de una reforma agraria en profundidad.

Como colofón a este nefasto estado de cosas, nuestras dos últimas colonias de ultramar, Filipinas y Cuba, iban a pasar a manos yanquis, a causa de la vil maniobra urdida por los americanos, que achacaron injustamente a los españoles la explosión del barco de bandera estadounidense Maine en el puerto de la Habana, para legitimar la declaración y el comienzo de una guerra desigual, en la que nuestros vetustos barcos, eran como cáscaras de nueces frente a los acorazados enemigos que los hacían volar por los aires en mil pedazos sin posibilidad de defensa.

Esto sucedía en el año de Nuestro Señor de 1898, de ingrato recuerdo en nuestra memoria. Todo el glorioso pasado de nuestra Patria quedaba atrás y ahora se abría un horizonte incierto.

A pesar de la trágica y difícil situación por la que estábamos atravesando, nuestros hombres venidos de ultramar eran considerados como verdaderos héroes, apenas un puñado de soldados había sobrevivido en Filipinas, y continuaron luchando mucho tiempo después de que la guerra finalizase, nadie se preocupó de hacerles llegar el comunicado de rendición. En Cuba la situación no fue mejor, desde allí llegaron más soldados, pero su aspecto era igual de lamentable, demacrados, hambrientos y con la moral desecha marchaban cabizbajos, eran conscientes de que su esfuerzo, pagado con la sangre y la vida de muchos de sus compañeros, no había servido para nada, y pudo evitarse.

Ahora, llegaba la parte más dura, adaptarse de nuevo a vivir en familia, intentando olvidar el horror del que habían sido testigos.

Entre los que retornaban se hallaba un soldado de noble condición que mil veces demostró su valor y gallardía en los combates y escaramuzas libradas contra el enemigo. Cansado y abatido regresó a España con el firme propósito de olvidar y dedicar el resto de su vida al sosiego y a la paz, junto a sus familiares y amigos, disfrutando de la calma y de la quietud del campo. Deseaba encontrar un equilibrio espiritual y olvidar el horror y el olor de la muerte.

Era costumbre, moral y cívica, en esta época, proporcionar de forma altruista, alojamiento y comida, allí adonde lo solicitasen, a los soldados que habían regresado de aquellas lejanas tierras allende los mares y que carecían de todo tipo de bienes, razón por la que se les conocía con el hombre de alojados.

Aconteció, que a finales de agosto de tan nefando año, uno de nuestros soldados herido

Leyenda de "El Alojado"

en el rostro por disparos de metralleta en acto de servicio, que daba más pena que gloria verlo, hizo su entrada por la calle principal del pueblo.



"El Alojado". Dibujo de Gabriel Gómez Almenzar.

La voz corrió de boca en boca por toda la localidad como un reguero de pólvora. La algarabía no se hizo esperar, enseguida se formó una comitiva, desde el ayuntamiento para darle la bienvenida constituida por lo más granado de la localidad, el alcalde, el médico, el farmacéutico, las autoridades militares, el maestro, el cura y por supuesto toda la pillería del municipio. No debió de causarles demasiada buena impresión el aspecto del soldado, que parecía más un haragán que un héroe, y la seriedad y alegría del populacho no tardó en tornarse decepción y mofa.



No hizo caso el soldado a tan desafortunado recibimiento, y sin prestar atención a los comentarios y murmullos que oía a su alrededor se dirigió a una casa de la localidad, con la pretensión de ser alojado. Llamó, con un fuerte alabonazo, a una ajada puerta desgasta por los rayos de sol y falta de una buena mano de pintura. No tardó en presentarse una agitada señora ya entrada en años, viuda y madre de un hijo que dio la vida por la Patria en Cuba, lo recibió con satisfacción, brindándole una cordial acogida y disponiendo la casa para su entera comodidad.

Ella se sentía satisfecha de tenerlo allí, pues le recordaba en muchos gestos a su hijo, y en parte llenaba el gran vacío que sentía en su corazón. Sin embargo, pasaban los días, y el alojado no parecía tener propósito de partir, dando buena cuenta de la hospitalidad que se le ofrecía. Ante tan prolongada estancia, mientras ambos compartían la cena en la pequeña estancia destinada a comedor, la señora, aprovechó un instante de silencio para interrogarle sobre los proyectos que tenía para el futuro, al tiempo que le decía que aún era una persona joven y que podía rehacer su vida, ya que aunque no estaba totalmente curado las heridas sufridas en su rostro presentaban mejor aspecto y todo sería cuestión de tiempo. Le preguntó sobre su familia y sobre el porqué no la buscaba para estar con sus seres queridos. Él le respondió que todo lo que tenía que buscar ya lo había encontrado.

La dueña no parecía muy satisfecha con las respuestas del alojado, le parecían extrañas y misteriosas, por lo que llena de estupor y consternación volvió a increparle y en esta ocasión no pudo evitar, que los ojos se le humedecieran al recordar a su difunto hijo, muerto apenas cuando comenzaba a vivir en aquella maldita guerra que tan lejana y ajena le resultaba. Le preguntó si llegó a conocerlo, y si alguna vez coincidió con él, en el mismo campamento.

El alojado con el rostro cabizbajo, había permanecido callado durante todo este tiempo, ahora todo su ser se estremecía, sus ojos, apenas visibles bajo la venda que cubría su rostro, aparecían húmedos, embargados por la emoción, de repente comenzó a llorar como un niño, y levantándose de la silla en la que estaba sentado, se dirigió hasta donde se encontraba la señora, tendiéndole los brazos, la llevó hasta sí, para fundirse con ella en un fuerte abrazo, al tiempo que le decía, ¿pero madre cómo no me has reconocido en todo este tiempo? Yo soy tu hijo el que creías muerto, que he vuelto para no separarme nunca más de ti.

Fuente: Antonio Estrella.

LEYENDA DEL "PEÑÓN DEL AJO" DE FUENSANTA.



ientras alguien recuerde mi nombre mi alma no habrá muerto, seguirá viva esperando ser liberada, me llamo Mayid, y no cumplí con la promesa de volver, aún permanezco vagando entre las sombras de las tinieblas y apenas han pasado cuatrocientos años desde que todo sucedió. ¿Y qué son cuatrocientos años ante toda una eternidad? ¡Qué Alá me proteja!

Doy fe ante Alá y mis hermanos que todo lo que aquí contare sucedió de esta forma en el año 1015 de la Hégira cuando los cristianos incumplían las promesas que hicieron al último de nuestros reyes, aquel al que los infieles bautizaron como el Chico, y al que su madre, ante la irreparable pérdida de un reino, le increpó diciendo *"llora como mujer lo que no has sabido defender como hombre"*.

Si de mis labios saliere verdad que Alá me acoja en el Paraíso y me reserve un lugar junto a los santos hombres, más si mintiere o no cumplierse alguna de mis promesas, caiga sobre mí su maldición y hágame errar por la tierra, sin paz ni consuelo, hasta el último de mis días. ¡Alá es grande!



Después de que los Reyes Católicos conquistasen Granada, el último reducto musulmán en la península, la que fuese perla de Occidente y paraíso terrenal, muchos de nosotros debimos escoger entre partir al destierro o abjurar de todo aquello que considerábamos sagrado, de nuestras costumbres, de nuestra indumentaria, de nuestra religión y hacernos a la fe de los cristianos en la que no creíamos, para poder conservar casas y enseres en esta tierra que era más nuestra que suya. Por esta razón, a los que permanecimos nos llamaron moriscos, y aunque habíamos aceptado su fe, seguíamos conservando la de nuestros antepasados a los que honrábamos. A pesar del dolor que ello nos causaba, aceptábamos con alegría nuestra vida, y todos los días alabábamos y ensalzábamos a Dios, dándole gracias, una y mil veces, por habernos permitido vivir en la tierra de nuestros padres, y la de los padres de sus padres, y así durante muchas generaciones que no habíamos olvidado y que llevábamos escritas en nuestra memoria.

Pero la paz y la felicidad no duran eternamente, el hombre es de corazón duro y de mente frágil y olvidadiza, por ello no había pasado mucho tiempo desde que algunos de los nuestros decidieron partir, cuando rugieron tambores de guerra en las Alpujarras, los moriscos nos sublevamos antes las continuas ofensas y oprobios a que éramos sometidos, calculamos mal nuestras posibilidades, sonidos de cañones rasgaron el silencio del campo y gritos de dolor llenaron la quietud de la noche, la resistencia fue débil, ejércitos pertrechados y preparados nos atacaron y pronto fuimos vencidos. Nos aplicaron leyes más restrictivas y nos sometieron a nuevas privaciones que aceptamos con resignación, humillándonos y así permanecemos apenas media centuria.

De nuevo una nube negra se cernía sobre nuestras cabezas, transcurría el funesto año de 1609 de la Redención de nuestro Señor, cuando reinaba en España y todos sus Territorios de ultramar, su Altísima y Serenísima Majestad Felipe III, aquel al que llamaban “El Piadoso”. Despreocupado por el gobierno del país, al igual que harían muchos de sus descendientes en años venideros, había dejado el poder en las sucias y manchadas manos del insaciable Duque de Lerma, el hombre más despiadado y sanguinario de cuantos hayan poblado esta bendita tierra.

Vivía durante este tiempo un morisco de nombre Harúm, hijo de Akbar, aquel al que llamaban “El Comerciante” por ser este su oficio. Habitaban en una pequeña aldea del Reyno de Jaén que se llamaba a la sazón Fuente Santa, nombre con el que la rebautizaron los cristianos cuando vinieron a instalarse entre nosotros, relegando al olvido el bello nombre de Funtayala “La fuentecica” que tan dulce sonaba a nuestros oídos.



Dedicábase Harúm, hombre refinado y educado, al comercio de las especias, por lo que mil veces recorrió los caminos de Oriente, sorteando peligros y repeliendo asaltos de bandidos. Su destreza y habilidad en los negocios, y su honradez y buen trato le granjearon el favor de muchos poderosos, por lo que a lo largo de su vida fue acumulando alguna riqueza, que junto a la que le legaron sus antepasados le habían hecho acreedor de una de las mayores fortunas del Reyno de Jaén.

Durante este tiempo, mensajeros a caballo y a pie, recorrían veredas, cañadas, caminos y calzadas, a lo largo y ancho de toda la geografía peninsular haciendo público y leyendo en plazas y calles el decreto de expulsión de todos los conversos. Finalmente después de más de ocho siglos viviendo aquí la amenaza se cumplía, en unos días todos tendrían que partir llevando consigo sólo algunos enseres, los infractores serían castigados con su vida.

La noticia llegó hasta los oídos de Harúm, no daba crédito a lo que le decían, por un momento pensó volverse loco, pasó horas mesándose cabellos y barba, las lágrimas brotaban de sus ojos como si fuesen surtidores. Fueron muchas las horas, durante las cuales no pudo reprimir la ira y el desaliento que le embargaban. No le fue fácil sosegar, sólo su fortaleza física y su capacidad mental, le hicieron volver en sí, pensó que puesto que no podía partir con todos sus bienes al obligado destierro, debía de urdir un plan para que sus riquezas no fuesen a parar a las arcas del mezquino y avaro Duque de Lerma.

Vilipendiado en el fondo de sus entrañas, avivó la imaginación tanto como le fue posible, con el fin de burlar a aquel a quien ya tenía como su más directo y enconado enemigo.

El plan era fácil, ocultar todas las riquezas y algún día volver a por ellas. Al llegar la medianoche, en el más profundo sigilo, cargó los serones de su recua de acémilas, con grandes cajas de madera en las que había depositado su tesoro, y sin que nadie advirtiera su presencia, se dirigió al lugar conocido como Peñón del Ajo, donde cavó un foso de grandes dimensiones en el que fue depositando las cajas una a una, hasta que todas estuvieron dentro, cuando finalizó volvió a cubrirlo de tierra y lo disimuló, tanto como le fue posible, mediante hierbas secas y piedras que fue esparciendo sobre toda la tierra removida. La aurora se le echaba encima por lo que apresuró el retorno sin dejar de mirar hacia detrás, con la promesa y la firme intención de volver algún día a recuperarlo.



A los pocos días Harúm era obligado a embarcar en Almería hacia lejanas tierras, en el buque del dolor y de la humillación, junto a miles de personas con los corazones destrozados, que dejaban su tierra y su hogar, para aventurarse hacia lo desconocido. Aunque Harúm había conseguido burlar al Duque, y partía con la esperanza del regreso, nunca más pudo volver, sus ojos nunca más volvieron a contemplar Funtayala, su olfato jamás volvió a deleitarse con el olor a campo de la jamila recién extraída de la aceituna, sus oídos dejaron para siempre de recibir los dulces cantos, los melodiosos trinos y los gorjeos de los ruiseñores revoloteando entre los juncos de los arroyos en los que tantas veces se remojó con su agua fresca y cristalina. Su tesoro permaneció oculto y sepultado en las entrañas de la tierra.

En su lecho de muerte, yo Mayid, al que llaman “El Halconero” le prometí que cumpliría con su promesa, pero el destino es ciego, no entiende de bondades y a veces nos depara ingratas sorpresas, una maldita flecha emponzoñada lanzada por un perro cristiano acabó con mi vida, cuando ya vislumbraba mi destino, dando comienzo a mi calvario. Desde aquel día mi alma vaga sin rumbo ni destino, maldita y errante, a la espera de que alguien rompa el maleficio y encuentre el tesoro.

Durante años, han sido muchos los que infructuosamente han intentado la búsqueda del preciado tesoro sin que hasta la fecha nadie haya conseguido encontrarlo. Sin embargo, son pocos los que al llegar la medianoche osan adentrarse por estos parajes, pues aseguran que se oyen lamentos y gritos de almas y espíritus errantes a la búsqueda del tesoro de Harúm.

Fuente: Tradicional.



Destierro de Harum. Dibujo de Gabriel Gómez Almenzar.





Jamilena

Juan Liébana Liébana
Investigador Local de Jamilena

Jamilena

FRENTE AL TORO ESTÁ EL TESORO.



Como muchos de los pueblos y villas de España, Jamilena también tenía un castillo. Castillo que debió tener un origen antiquísimo, pues ya en épocas muy remotas se encontraba muy deteriorado. El 23 de junio de 1525 el Emperador Carlos V, que estaba en Toledo, emitió varias cédulas a los concejos de Torredonjimeno y Martos para que ayudaran con peones y bestias en la construcción de un convento de monjas en Jamilena, y *“otra para que se dieran 200 ducados de oro y la piedra del castillo de Jamilena para el convento que se edifica en dicho pueblo”*¹.

El castillo no debió destruirse en su totalidad, ya que en 1579 Diego de Villalta en su libro *Historia y Antigüedades de la Peña de Martos* nos dice de Jamilena que *“es un lugarico fresco, de muchas fuentes y delicadas aguas; tiene una fortaleza y castillo antiquísimo ya casi del todo caído, que parecer ser obra muy antigua”*.

Ya durante el siglo XVII, tenemos el testimonio de Francisco de Rus Puerta, que en su obra *“Corografía antigua y moderna del Reino y Obispado de Jaén”* nos dice que *“Xamilena parece que retiene algo del nombre de Gemela que tuvo la Colonia. Es lugar pequeño, con su castillo y una*

Iglesia Parroquial dedicada a Nuestra Señora”. También, durante este siglo, fue visto por Don Martín Ximena Jurado, que dejó en blanco el folio número 159 de su obra “Anti-güedades del Reyno de Jaén” con la intención de dibujarlo, lo que nunca realizó².

Entre los restos que han perdurado hasta la primera mitad de nuestro siglo se encontraba una torre o torreón que era conocido con el nombre de La Mazmorra y algunas leyendas relacionadas con la existencia de dicho castillo. Les contamos a continuación una de ellas.

Mostrándole un día la foto de las ruinas conocidas como “La mazmorra” a una persona mayor, ésta nos rememoró una leyenda relacionada con dicho monumento.

Nos narra que muchas de las personas del pueblo buscaban un tesoro en los alrededores de dicho torreón, debido a que circulaba la creencia en un dicho popular que afirmaba que *“frente al toro está el tesoro”*.

Al parecer, existía en dicho torreón la imagen de un toro, aunque no hemos llegado a saber si formaba parte de un relieve, friso, gárgola o cualquier otra forma decorativa, pero estaba muy arraigada la creencia, lo que originaba que mucha gente buscaba y rebuscaba un tesoro en las inmediaciones.

Nos siguen contando que un día en que un hombre se encontraba encolerizado por la infructuosa búsqueda, arrojó una piedra gritando que todo era mentira. Pero lanzó la piedra con tal acierto que golpeó en la frente a la referida imagen del toro, el cual se desprendió dejando una oquedad a la vista en donde se encontraba el tesoro.

Justifica así el narrador el deterioro de la fachada de dicho torreón, debido a un desprendimiento de rocas. Y por otro lado, la mala interpretación que todos hacían de la frase *“frente al toro está el tesoro”*, ya que en realidad debería ser *“en la frente del toro está el tesoro”*.



Torre de La Mazmorra.

¹ Boletín del Instituto de Estudios Jiennenses
nº 77, pág. 70.

² Jaén, Pueblos y Ciudades, pág. 1551.

LA DEVOCIÓN DE LA VIRGEN DE
LA ESTRELLA EN JAMILENA:

HERENCIA DE LA RECONQUISTA.



s poco conocida en Jamilena la ermita Valverde también llamada de la Estrella, y como tal aparece en numerosos documentos y libros, entre ellos la Corografía de Rus Puerta:

aún hoy, conserva Jamilena una calle de Valverde, la que sale del pueblo con dirección a la antigua ermita, en recuerdo de aquel devoto santuario. En el pueblo de Jamilena, sin embargo, dicha ermita es conocida como de la Virgen de la Estrella, la cual según tradición oral, fue mandada construir por el rey Fernando III el Santo. En 1225, dicho Rey conquistó Andújar y Martos, pero podemos suponer que es poco probable que en tal fecha este Rey visitara Jamilena, pues sólo tomaba las plazas más importantes y a continuación, se sometía a todo el territorio, el cual fue entregado a la Orden de Calatrava en 1228.

Hay varias versiones, sobre la estancia de Fernando III en Jamilena. Una tradición cuenta que el rey se paró para orar en la ermita cuando pasó para conquistar Jaén, historia que supone la existencia de ésta con anterioridad a esta fecha, por lo que es lógico pensar que los calatravos la hubieran levantado en los primeros años de permanencia en estos territorios.

Hay otra tradición que hace al Rey Fernando III orando en este

paraje de la Virgen de la Estrella antes de pasar a conquistar Jaén, y es en agradecimiento por la toma de Jaén por lo que el mismo rey manda a edificar la ermita. En este caso habrá que atribuir la edificación de la ermita no a los calatravos, sino al mismo rey.

Nos parece mas verosímil esta tradición, y es muy posible suponer que con motivo de la marcha de las huestes cristianas sobre Jaén, se celebrara una misa de campaña o tal vez una simple oración, antes de pasar a reconquistar Jaén. Hemos de señalar también que son numerosos los autores que sitúan al Rey a finales de abril de 1.221 orando en este paraje, y bien podría ser cierto,

pues está documentado que esa fecha visitó Jamilena, para realizar el deslinde del término que recaba bajo la Orden de Calatrava con respecto al que quedaba bajo el Obispado de Jaén.

Pero en nuestra opinión esta es su segunda visita a Jamilena. Sin embargo, son varios los autores, que unen esta teoría con la leyenda, lo cual puede conducir a equívocos. Pues la leyenda sitúa la visita en el mismo día de la toma de Jaén.



Portada de la Iglesia de Jamilena.



LA CASERÍA MILES.



os cuentan nuestros mayores que en el camino viejo de Jamilena a Torredelcampo, justo por encima de donde hoy está el manantial de la Pilica, se encontraba la casería Miles. Esta casería tenía a su puerta varios pinos de gran porte y un abrevadero para el ganado. Hoy apenas queda de ello un puñado de piedras.

Dicen que en dicho lugar había miedo, si bien el miedo era utilizado como excusa y aprovechado para realizar asaltos y robos a los incautos viandantes, sobre todo agricultores de Martos y Jamilena que iban a Jaén a vender sus productos: hortalizas, huevos, leña, etc.

Para realizar sus ventas debían madrugar mucho para poder llegar a Jaén rayando el día, lo que hacía necesario levantarse antes del amanecer y pasar delante de este paraje siendo aún de noche, circunstancia que era aprovechada por los salteadores para salirle al paso a los pobres caminantes y robarles sus mercancías. Después era fácil huir al monte, dada la proximidad del cerro de San Isidro (donde hoy se celebra la romería de Santa Ana).

Pero es en este mismo lugar en donde allá por la época de la guerra de la Independencia se acrecienta la idea de la existencia de “miedo”, pues nos han revelado las personas mayores que es fama, transmitida de padres a hijos, que los franceses que pasaban por el Camino real, antigua vía romana, al llegar a esta casería y agobiados por los sofocantes calores que se dan a nuestra zona en los días estivales, paraban



en este lugar para beber agua y descansar o sestear a la sombra de los pinos que había en la puerta. Este esparcimiento que se permitían les costaba caro, pues el momento era aprovechado por los paisanos para darles muerte. Y no fueron pocos los franceses distraídos que acabaron sus días en esta desaparecida casería Miles, a manos de patriotas vengativos.

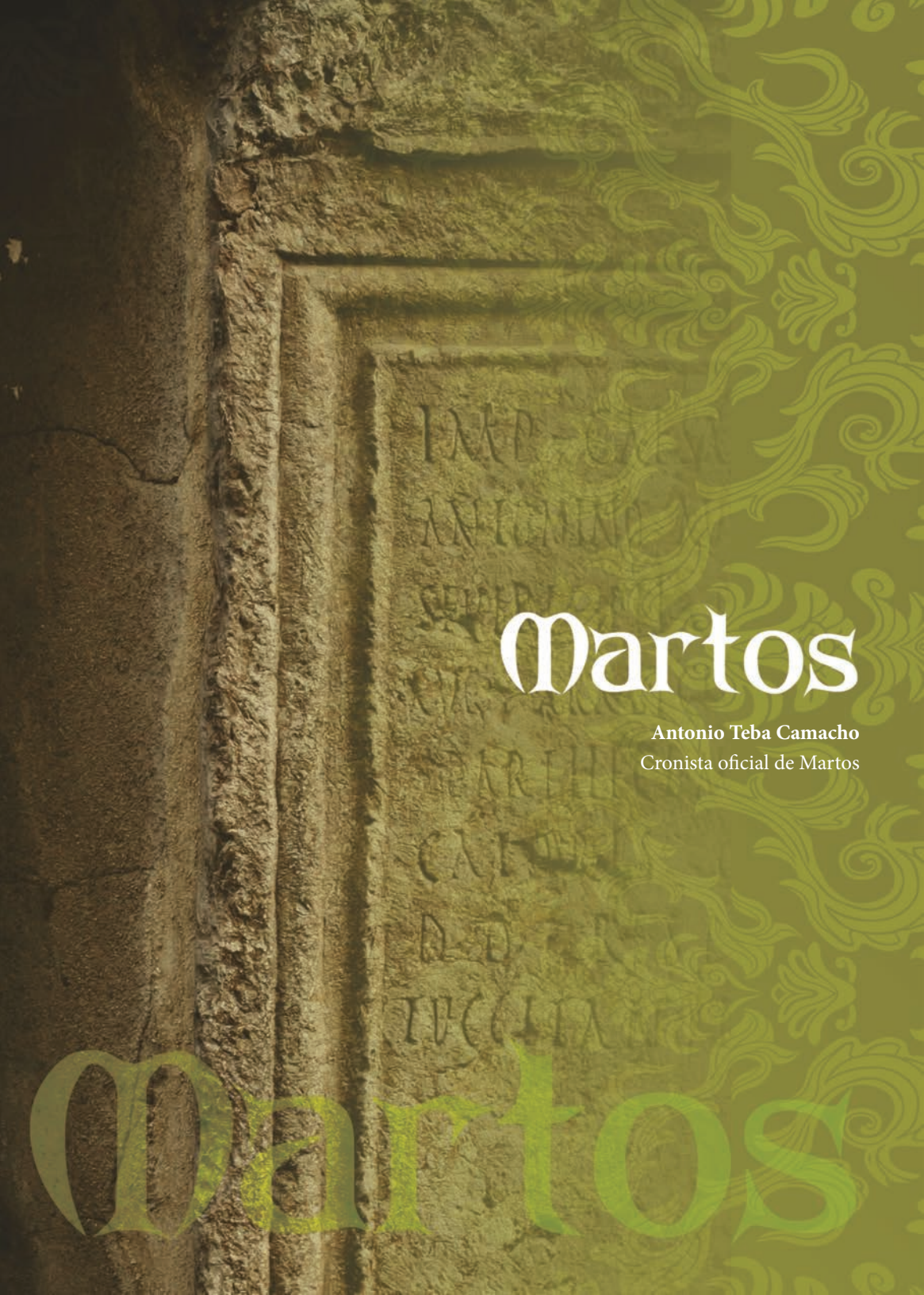
También se dice que en tiempos más recientes, alguno que otro campesino que estaba cavando la tierra en las inmediaciones de la fantasmal casería dio con trozos de platos y cerámicas. Esperando encontrar algo de más valor, continuó afanosamente su búsqueda, pero sólo encontró alguna orza llena de huesos. ¿Serían los restos de algún gabacho?





Paraje de San Isidro en la actualidad.

CHAVESENF
OSTVRAE
TRILLANFR
OLVANTGE
D.D.



Martos

Antonio Teba Camacho
Cronista oficial de Martos

Martos

LEYENDA DEL SACRIFICIO DE LOS HERMANOS CARVAJALES.



Esta leyenda está basada en un hecho real como fue el asesinato de Juan Alonso de Benavides, personaje relacionado con el rey Fernando IV, del que se acusó a los hermanos Carvajal y el posterior ajusticiamiento de éstos por ser acusados de tal hecho.

Reinaba en Castilla Fernando IV (que pasaría a la historia como “El Emplazado” por mor de lo narrado en esta leyenda) que tenía asentada su Corte en Palencia en aquellos años (en esa época la Corte era itinerante y no tenía sede fija) y ocurrió que en una madrugada sorprendieron y mataron a Juan Alonso de Benavides a la salida del Alcázar Real. Naturalmente, la furia y el pesar del joven rey (contaba con 24 años de edad) fueron parejos y procuró por todos los medios encontrar a los culpables para hacerles pagar tan vil crimen. Pronto surgieron en la Corte diversos rumores y se urdieron bastantes intrigas con no se sabe qué aviesas intenciones y algunos de ellos señalaron a dos caballeros que pertenecían a la mesnada (especie de ejército par-

ticular) del propio Juan Alonso de Benavides. Eran estos caballeros D. Pedro y D. Juan Alfonso de Carvajal, ambos hermanos y Comendadores de la Orden de Calatrava. Ambos protestaron por tal malignas acusaciones (y, al parecer, según la leyenda, con toda razón) y juraron su inocencia por lo que, en un primer momento se les dejó en libertad y los dos hermanos marcharon a Martos que en aquellos tiempos pertenecía a la citada Orden. Allí permanecieron en paz durante un tiempo que se antoja breve porque su destino les guardaba una mala jugarreta.



Peña de Martos.

Aconteció que por una de las numerosas guerras fronterizas que se daban en aquella época, las tropas de Castilla entablaron una fuerte disputa con el Reino Nazarí de Granada y Fernando IV envió a una parte de su ejército, como adelanto del resto, a sitiar y conquistar la localidad de Alcaudete, estando al mando de tal tropa su hermano el infante D. Pedro. Como no le fuesen a éste las cosas excesivamente bien, el Rey decidió acudir en su auxilio y de camino hacia la localidad sitiada recaló, en mala hora, en Martos. Como si fuese pólvora pronto prendió en él el recuerdo del asesinato de su hombre de confianza y un rey, al que los cronistas de la época llamaban valiente, afable y justo,

tal vez a causa de su temprana edad y por su carácter un poco arrebatado, y sin haber justificado el hecho, cual la gravedad del caso lo exigía, y abusando de su autoridad y de su fuerza los hizo prender y sin hacer caso a sus protestas de inocencia los condenó a muerte y ejecutar esta condena arrojándolos desde lo alto de la insigne Peña de Martos. Algunas fuentes dicen que esto se hizo desde la cima, otras sin embargo afirman que fue desde el paraje conocido como “Mal Vecino”, poco importa, lo que sí ocurrió es que fueron despeñados. El pueblo, mientras tanto, contemplaba el suceso desde la parte llana de la localidad y, dicen que la mayoría rezando y llorando por tan injusta condena y sentencia, por ello a ese lugar se le llamó desde entonces la “Cruz del Lloro” porque en ese paraje se erigió una robusta columna que coronaba con una cruz y que siempre estuvo ornada con flores. Los restos de los hermanos fueron recogidos y llevados para darles sepultura a la iglesia de Santa Marta en un lugar donde todavía hoy se puede leer en una placa *“Año 1.310 (hay un error porque el año fue el de 1.312) por mandato del rey D. Fernando de Castilla el Emplazado, fueron despeñados de esta Peña D. Pedro y D. Juan Alfonso de Carvajal, Comendadores de Calatrava y se sepultaron en este entierro. D. Luis de Godoy y el Licenciado Quintanilla, caballeros del hábito, visitantes generales de este partido, mandaron renovarles esta memoria, año de 1.591”*.

Antes de serlo los hermanos invocaron a la justicia y a las leyes, pero todo fue inútil y un instante antes de ser despeñados manifestaron, en voz alta, que apelaban, de la injusta sentencia del Rey, a la sentencia de Dios, y que era emplazado para cuando pasasen treinta días a que compareciese ante el Tribunal Divino. Ocurría esto el día del Señor de 8 de agosto de 1.312 y de las palabras de los dos hermanos nadie hizo caso ni le prestó suficientes oídos.

Pasaron los días, D. Fernando IV solventó las disputas con los musulmanes y marchó hacia Jaén, adonde arribó el jueves 7 de septiembre. Llegó con buen apetito y una vez satisfecho éste con un adecuado y abundante almuerzo, se retiró a dormir una siesta de la que nunca despertaría. Los cortesanos, extrañados de la larga duración de la siesta, bastante más de lo que acostumbraba, fueron a su aposento y lo encontraron muerto cumpliéndose lo que profetizaron los dos hermanos Carvajal.

Tenemos noticias de cronistas de la época sobre el suceso que confirman la leyenda, así en la *“Crónica de D. Fernando IV de Castilla”* se dice: *“E este jueves mesmo, siete días de setiembre, víspera de Santa María, echóse el rey a dormir e un poco después de mediodía fallaronles muerto en la cama en guisa que ninguno lo viera morir. E este*

jueves se cumplieron los treinta días del emplazamiento de los caballeros que mandó matar en Martos”.

De la “Crónica Abreviada” de Mosén Diego de Valera entresacamos: *“Murió este rey Fernando en Jaén, emplazado por dos escuderos llamados Los Carvajales, que a tuerto mandó matar. Y falleció el postrero día del plazo que fue a treinta días...”*

El padre Juan de Mariana escribió sobre el hecho: *“Entendiose que su poco orden en el comer y en el beber le acarrearón la muerte. Otros decían que era un castigo de Dios...”*

Existen muchos más comentarios sobre el hecho pero los omitimos para no alargar demasiado el relato.

LEYENDA DE ISABEL DE SOLÍS.



En el caso de esta leyenda, como ocurre con muchas otras, no hay coincidencia a la hora de fijarla temporalmente ya que unos la sitúan hacia 1.319, reinando en Granada Ismail, mientras que otros lo hacen hacia la segunda mitad del siglo XV, reinando en Granada Muley Hacén. La belleza de esta leyenda hizo que tuviese gran repercusión, en distintas épocas, en literatos de distintas corrientes como fueron el romántico Martínez de la Rosa quien en 1.837 escribió la novela histórica *“Doña Isabel de Solís, reina de Granada”*, un romance, sobre el que basaremos nuestra narración, de José Moreno Castelló publicado hacia 1.913 en *“Don Lope de Sosa”* o, recientemente, la publicación en el año 2.000 por parte de Laurence Vidal de *“Los amores de Granada”* que rememora la vida de nuestra heroína.

Parece probado que Isabel de Solís era marteña, que fue hija del Comendador de Martos Sancho Jiménez de Solís y que durante una de las frecuentes escaramuzas entre las tropas nazaries y las cristianas en esta zona fronteriza fue apresada por Ismail / Muley Hacén causando su belleza tanta impresión en el que fuese su afortunado con-

quistador, quien, locamente enamorado de ella, puso a sus pies riquezas y honores para que, convirtiéndose a la fe islámica fuese esposa suya, manteniéndola hasta entonces prisionera en la bella Torre de la Cautiva de la Alhambra granadina, que recibe tal nombre por esta circunstancia. Cuando aceptó la conversión tomó el nombre de Zoraya (en el lenguaje musulmán “Lucero del Alba”) y se convirtió en la esposa favorita del sultán granadino ocasionando por ello graves disturbios dentro de la corte nazarí que tuvieron muy graves consecuencias (algunos casi achacan la desaparición del reino a las heridas que dejaron esas disputas).

Lo que también parece claro es que tuvo que partir hacia el exilio junto a su marido y sus dos hijos Nasr ben Alí y Saad ben Alí. Cuando murió su esposo volvió a convertirse a la religión cristiana, al igual que sus hijos.

El romance que publicase D. Lope de Sosa en 1.913, como ya hemos dicho era obra del poeta José Moreno Castelló y del que iremos intercalando partes, comienza así:

*Al pie de un alto peñasco
que con orgullo levanta
sobre su frente un castillo
do el tiempo grabó su marca
se ve hoy un pueblo que vela
y cuyas glorias pasadas
están escritas con sangre
sobre el altar de la patria.*

*Martos;... el antiguo pueblo ...
él, en un tiempo lejano
fue del árabe arrogancia,
éll, después llevó en su frente
la noble enseña cristiana
que el Rey Fernando tercero
cavó en su fuerte montaña*



*Mil trescientos diez y nueve
es el año que señala
la historia, como testigo
de otra historia asaz infausta
Ismail, quinto rey moro
de la hechicera Granada
no sueña ya con festines
ni con juegos ni con zambras,...
Piensa llevar sus pendones*

*a las sangrientas batallas ...
¿Do va? ... ya dejan los muros
estas huestes musulmanas
llevando el pendón de guerra
que aún más su valor inflama.
¡A Martos!, gritan; ¡ a Martos!
“Sea de mi poder esclava”
el rey dice, y ronco estruendo
anuncia al cabo la marcha.*



*Apenas el cielo tiñen
las dulce tintas del alba
y ya el pendón de Cruz Roja
sobre el muro se destaca
del castillo, a donde firme
dirige el moro la planta.*

*¡Alerta!, alerta , guerreros
gritó quien vio en lontananza ...
Llegan, y ante el pardo muro
que a defender se preparan
los invictos caballeros
del Orden de Calatrava.*

Leyenda de Isabel de Solís

*Héroes ... que luchéis es vano
pocos sois, muchos atacan, ...
Corred, subid al castillo
a donde el pendón os llama
que poco la villa importa*

*si de la villa no pasan.
Ya suben; ... de peña en peña
con fe al castillo se lanzan
y tras su muro macizo
que venga la muerte aguardan ...*

*La noche envuelta en su manto
avanza triste y callada ...
En un extenso edificio
donde el vencedor descansa
hay de cristianos cautivos
número corto, a quien aguardan
para presentar al Rey
que está en apartada estancia.
Mas de entre el confuso grupo
una mujer se adelanta
(que también las mujeres gimen
bajo el yugo de las armas)
Y con voz clara y vibrante
que a los que escuchan pasma
dice: "valientes caudillos,
no vuestra sangre preciada
mire correr en la lucha
que el destino desigual.
Ha poco el valor mostrasteis
de la sangre castellana,
y Dios que ve nuestro duelo
enjugará nuestras lágrimas,
que también cautiva soy*

*y también lloro ... de rabia"
dijo, y el Rey que a las puertas
escuchó aquellas palabras.
"Salid", gritó señalando
al grupo que la escuchaba
y a la mujer que le mira
dijo : "quédate cristiana".
- "Responde hermosa cautiva
a tu señor que te habla".
"¿Eres noble?", "noble soy"
- "¿Cómo el cristiano te llama?"
- "Doña Isabel de Solís"
respondió con arrogancia
la cautiva, cuyo aliento
bien su mirar expresaba.
"Serás bella nazarena,
del Rey Ismael esclava,
y puesto que noble eres
y a tanto tu orgullo alcanza,
o se rinde ese castillo
que aun a mi victoria falta,
o entre mis caudillos fieles
irás conmigo a Granada".*



Panorámica de Martos.

Leyendas e historias de la Sierra Sur de Jaén

*Tres veces el sol ardiente
se apagó tras la montaña
y tres veces el Rey moro
vio el pendón de Calatrava
cuya cruz roja ondea
sobre la fuerte muralla.
Pero ya a la vez postrera
que el sol ocultó su llama
salen de la triste villa*

*los jinetes que el Rey manda,
llevando en estrecho centro
la hermosa y altiva dama.
Y cuando lejos muy lejos
la guerrera cabalgata
mira el castillo gigante
la noble Isabel exclama:
"No te pedí la deshonra
ahora te pido ...venganza".*

*Diz que los años pasaron
sin que la noble tornara,
sin que una afrenta pidiera
a los hijos de su patria.*

*Morir cautiva prefiere
a que en su frente recaiga
de la súplica cobarde, ...*

Como fácilmente hemos podido comprobar, el romance se centra en la primera parte de la leyenda, en la batalla, secuestro y cautiverio de Isabel de Solís. Las otras obras se encargaron de extender el resto.

LEYENDA DE DOÑA MENCIA LÓPEZ DE HARO.



ra esta dama de noble linaje, nació en Vizcaya hacia 1.215 y murió en Palencia hacia 1.270. Era hija de Lope Díaz II de Haro y de su esposa Urraca Alfonso de León hija de Alfonso

IX de León. Casó dos veces, la primera (que es la que nos interesa para la leyenda) en el año 1.234 con Álvaro Pérez de Castro “el Castellano”, conde de Lara, quien fue nombrado por Fernando III Adelantado de la frontera y gobernador de la villa y Peña de Martos. Al morir su esposo volvió a casarse en el año 1.242 con Sancho II rey de Portugal.

Aunque la realidad histórica atribuye el hecho a la primera esposa de Álvaro Pérez de Castro (Aurembiaix de Urgel, hija del conde Ermengel VIII de Urgel), nosotros se lo seguiremos atribuyendo a D^a Mencía por respeto a la leyenda secular que conoce casi toda la población marteña, aunque haciendo esta aclaración por mor del rigor histórico.

Volviendo al tema, se localiza la leyenda en el tiempo, poco después de la conquista de la ciudad por parte del rey de Castilla Fernando III, llamado “el Santo” y se inicia con el arrebato colérico que sufría el señor de Arjona Mohamad Ben Alhamar (otras fuentes afirman que fue el rey de Granada), quien se había hecho proclamar rey



Torre del Homenaje y Muralla del Castillo de La Villa.

de Arjona, pueblo de su nacimiento y que había reunido tropas musulmanas dispersas de Granada, Jaén y Baeza.

Envalentonado por la conquista del castillo de Garcés (Garcéz) a los soldados de Castilla y todavía enfadado con las conquistas que estaba realizando Fernando III, quiso vengar el ultraje volviendo su furia contra la villa y Peña de Martos, de la que era a la sazón gobernador, como ya hemos dicho, el Adelantado de la frontera D. Alvar Pérez de Castro, conde de Lara. Como se enteró Alhamar de que éste había salido hacia Toledo a verse con el Rey y tratar de la guerra de Andalucía (en concreto para que enviase nuevos destacamentos a la frontera). Al marcharse dejó en Martos a la condesa, su mujer, y a D. Tello (otras fuentes lo llaman D. Álvaro de Meneses) su sobrino con cincuenta y cinco caballeros que guardasen la Peña. Éste D. Tello o D. Álvaro se ausentó también con los caballeros que quedaron en la guarnición con el propósito de hacer una buena cabalgada en tierras de moros, mientras su tío estaba en Castilla, dejando sin una pica el castillo y encomienda que le estaba confiada .



Bien siendo el Rey de Arjona o el de Granada, el caso es que aún ignorando la ausencia de D. Tello o D. Álvaro, se presentaron en las inmediaciones de Martos con un ejército que más que triplicaba la escasas fuerzas que creía que tenían los cristianos (recordemos que unos 50 caballeros) y rápidamente comenzaron a cercar la ciudad. Como en la Peña no había hombre alguno la Condesa y las damas que le acompañaban y sus doncellas se vistieron con ropajes de armas y tomaron lanzas, ocupando todas las almenas del castillo y prometiendo una brava defensa del mismo, causando una enorme sorpresa en el ejército enemigo que no creía que hubiese tantas fuerzas en él. Acompañaban a su indumentaria guerrera el fervor de su actuación *“tirando a los moros buenos esquinazos y pedradas”* de manera que defendieron el castillo muy valerosamente.

En pleno combate regresó D. Tello con los cincuenta caballeros que habían salido de cabalgada y cuando vieron tan gran cantidad de moros alrededor de la Peña *“tuvieron gran turbación y cuidado, lo uno porque el castillo y la villa de Martos era la llave de toda aquella tierra en quien el rey D. Fernando tenía puesta gran esperanza de que por allí avia de cobrar aquel reino gran parte del, y lotro porque la Condesa seria captiva y con ella todas las personas que dentro avian quedado”*.

“Y como estuviesen así suspensos y no determinados de lo que harian, Diego Pérez de Vargas, el que ganó el sobrenombre de Machuca, les hablo diciendo: Cavalleros, que estais aquí pensando, hagamonos todos una muela y de tropel metamonos en medio de los moros y provemos si podemos dar socorro a la Peña”. Así lo hicieron y causaron gran sorpresa al ejército enemigo que ante ello optó por la retirada, incapaz de hacer frente a lo que suponían gran contingente armado del interior del castillo, reforzado además con los caballeros que habían entrado. Éstos contemplaron alucinados el panorama que tenían delante: *“la noble condesa de Lara, la heroica esposa del Adelantado Alvar Pérez, sus damas, criadas y dueñas de servicio, destocadas y cubiertas de capacetes y férreas armaduras ocupando los puestos abandonados por el descuido y la impremeditación; un escuadron de débiles mujeres había hecho retroceder al Rey de Arjona / Granada y salvado a la fortaleza de una nueva ocupación”*.

Termina la narración, que hemos ido intercalando, Diego Pérez de Mesa diciendo: *“Por un hecho parecido las matronas romanas fueron dignas de ser loadas, de no menor loor y gloria se puede decir que son dignas esta Condesa y sus doncellas: que viendo sobre su castillo tanta muchedumbre de moros se defendieron dellos sufriendo el combate como caballeros esforzados”*.





Torredelcampo

Juan Moral Gadeo

Investigador local de Torredelcampo



LA LEYENDA DEL PASADIZO / GALERÍA ENTRE LA PLAZA Y LA ERMITA DE SANTA ANA.



a de niño conocí esta extraña leyenda sobre la existencia de un pasadizo entre el centro del pueblo de Torredelcampo y la ermita de Santa Ana; si bien en otros casos se decía que era entre la Plaza y la cueva de Goliath. Lógicamente, a tan corta edad, esto me hacía soñar con recorrerlo superando una serie de peligros implícitos a tal aventura, cuanto más, teniendo en cuenta el nombre de la segunda opción, la cueva, llamada así (de Goliath) en época relativamente recientemente (años 70). No obstante, preguntando años más tarde acerca de tal pasadizo, pocas personas de mi edad conocían esta historia o, si la conocían, pocos e inconexos eran los datos que manejaban, por lo que estuvo latente en mí su recuerdo hasta que, bastantes años más tarde, he llegado a conocer de manera casual algo más concreto acerca de la misma.

Para situarnos, diré que en la Plaza de Torredelcampo existió, hasta mediados del siglo XIX, la ermita de Nuestra Sra. de



la Luz¹ que, según documentos de esa fecha, era antigua mezquita de moros, la cual estaba dentro de una estructura aún mayor, el llamado Castillo de la Floresta, derruido tras la Guerra Civil. La mezquita fue cedida en 1843 a D. Bartolomé Jiménez Muñoz (a la sazón, alcalde por aquel tiempo) por el obispado a cambio de que aquél restaurara otra casi derruida en el ejido de San Sebastián². Posteriormente, D. Bartolomé vendió parte de ella al Ayuntamiento para la construcción de las casas capitulares y cárcel a mediados del XIX.

Pues bien, según me contaron algunas personas mayores un siglo más tarde, tras la Guerra Civil, el plano urbano de Torredelcampo apenas si había cambiado y, entrando al Castillo de la Floresta a jugar, me dijeron que había como una dependencia del mismo que tenía un arco y que era el umbral por donde se accedía, bajando, a tal pasadizo. Y éste, se comunicaba con la ermita de Santa Ana, extramuros de Torredelcampo, concretamente en el cerro Miguelico, a media legua³ del pueblo.

Me explicaban que ese pasadizo se había hundido a la altura del Arroyo de Santa Ana que, de manera lógica, había de ser atravesado bajo tierra por dicho pasadizo para poder llegar a la ermita, subiendo desde el arroyo. Por ello, otras personas que por aquel entonces habían intentado tal empresa, habían tenido que dar media vuelta a esa altura, que ellos hacían coincidir con tal arroyo y que, de no haberse desplomado el techo, podrían haber llegado a salir cerca de la ermita, unos 500 m más arriba. Nos referimos concretamente a la pared de piedra que da al pueblo, orientación este, y donde queda un vestigio del agujero que se supone de salida del pasadizo, pero que ha sido posteriormente cerrado.

Ésta es la leyenda en sí, ahora, trataremos de argumentar el posible sentido de la existencia del pasadizo en base a la historia y a la geología de la zona. Bien, hasta el siglo XIII (año de 1246) la ciudad de Jaén no fue conquistada a

¹MORAL GADEO, J (2012): *De cómo el Tribunal eclesiástico llama al orden a los hermanos de la cofradía de Ntra. Sra. de la Luz de Torredelcampo (Jaén) en 1795 y su posible relación con su posterior extinción*. Revista digital Trastámara, nº 5, enero-junio 2010. Páginas 17-23.

²MORAL GADEO, J (2012): *La construcción de la casa capitular y cárcel en Torredelcampo (Jaén) a mediados del siglo XIX: ¿un caso de información privilegiada?*. Revista digital de historia Iberian nº 5, septiembre/diciembre 2012. Páginas 4-10.

³Medida itineraria equivalente aproximadamente a 5,5 Km, por lo cual media legua equivaldría a 2,75 Km. MOLINER, M. (2008): *Diccionario del uso del español. Edición abreviada*, Ed. Gredos, Segunda edición, Madrid, Página 1007.

los musulmanes gracias a Fernando III el Santo; por tanto, este sector o territorio dependiente de la misma estuvo bastantes siglos bajo dominio musulmán, de ahí el constatar, gracias a los documentos del siglo XIX, que la antigua ermita de Nuestra Sra. de la Luz fuese originalmente una mezquita de moros, que debió construirse antes que el Castillo de la Floresta, este último posiblemente de factura cristiana.

Por aquella época, no eran infrecuentes las incursiones de castigo de las tropas cristianas en territorio musulmán y viceversa, de los musulmanes en territorio cristiano para obtener botines por el saqueo y la captura de prisioneros; lo que se conoce en el argot como razias.

Por otra parte y centrándonos en el plano geológico de la zona, Torredelcampo está ubicado en un terreno con predominio de rocas calizas que, a lo largo del tiempo, presentan la característica de ir siendo disueltas por la acción



Ilustración de la ermita de Santa Ana.



constante del agua, creando galerías y cuevas naturales más o menos grandes. Y puede que, ya desde muy antiguo, se conociera la existencia de una galería natural lo suficientemente amplia entre el núcleo del pueblo (la zona de la Plaza, donde estaban la ermita y el Castillo de la Floresta) y la ermita de Santa Ana, a una considerable distancia y en un cerro. Dicho pasadizo, convenientemente oculto, pudo ser aprovechado por aquellas gentes (musulmanes) para usarlo como vía de escape que los llevase al cerro, por bajo de la ermita, terreno bastante alejado del núcleo del pueblo, para así protegerse durante las razias de los ejércitos cristianos a Torredelcampo durante aquella época.

Por lo que parece, esta historia fue transmitida boca a boca de generación en generación de torrecampeños, desapareciendo con el paso de los tiempos los detalles más concretos de la misma, como la ubicación exacta de la entrada y salida, así como el sentido de tal galería; quedando en la memoria colectiva sólo el hecho abstracto de la existencia del pasadizo entre dos zonas muy poco concretas, la Plaza y la ermita de Santa Ana.



LEYENDA DEL CRISTO YACENTE.



Esta leyenda comenzó a circular por Torredelcampo poco después de la Guerra Civil Española (1936-1939) y es conocida por muchos, aunque poco comentada. Sin embargo, una persona de todo crédito en Torredelcampo, Manuel Plata, a la sazón Presidente de la Cofradía del Santo Sepulcro durante bastantes años, tuvo la oportunidad de hablar sobre este tema con Doña Teresa López Quesada, maestra muy conocida y apreciada en dicho pueblo en la posguerra a la vez que muy devota de la imagen de un Cristo yacente, que llamaban del Santo Sepulcro.

En el año 2001, sobre el mes de marzo y con ocasión de cobrar los recibos propios de las fechas cuaresmales a los cofrades de esta Hermandad, dio la casualidad que le tocó a nuestro amigo Manuel Plata en suerte cobrar en la zona donde vivía ella. Grande fue su sorpresa al encontrarse a una anciana de la que nada sabía hasta el momento, con sus disminuidas fuerzas, poca visión y sola; ésta le hizo subir a su piso con objeto de pagar varios recibos: el suyo, el de sus nietos así como el de su difunto marido. Le sorprendió que ella lo invitara a subir, pero



claro, él había pronunciado las palabras mágicas para ella “Vengo de parte de la Cofradía del Santo Sepulcro”.

La misión de Manuel era la de cobrar y agradecerle su colaboración, poco mas... sin embargo, ella lo invitó a sentarse y empezó a preguntarle sobre la marcha de la Hermandad. Al principio, le sorprendió la lucidez de una persona tan mayor y que, nada más verla, incitaba a compadecerse de ella. No obstante, una vez superada esa etapa inicial de desconcierto y metidos en conversación, le aseguró algo que lo dejó estupefacto: el Cristo de la Cofradía, el que tenía la hermandad antes de la Guerra Civil, ella estaba completamente convencida de que no se había perdido como las demás imágenes, que habían sido quemados durante este conflicto. Ella aseguraba que lo habían arrojado al pozo de la iglesia con el fin de protegerlo de la quema y, posteriormente, poder rescatarlo.

Ella certificó una y otra vez esta historia, incluso le invitó a Manuel a remover lo que hiciese falta con el fin de investigar el pozo que hay al lado del altar de San José donde, según ella, lo lanzaron para evitar que lo destrozasen. Nada le dijo sobre quién o quiénes fueron las personas que arrojaron al pozo imagen tan venerada, dando por sentado que serían hermanos de la citada cofradía, encargados de su custodia.

Aunque por aquel entonces no hay constancia de nada de lo que dice D^a Teresa, Manuel Plata dice dar crédito total a las palabras de la anciana, más que nada por los precisos detalles –ya conocidos por el relato de otras personas mayores de la cofradía– que le hizo de todos los pormenores referentes tanto a la talla como a los ritos que con ella realizaban.

Decía ésta que, antes de la Guerra Civil, [...] *nuestro Cristo –que, según ella estaba articulado– estaba enclavado en la Santa Cruz y, el Viernes Santo, se procedía a realizar la ceremonia del Descendimiento con una sábana blanca, representando así ese momento Bíblico, lo que era seguido por multitud de cofrades y fieles en general, para después depositar a la imagen en una tabla – tipo losa – para realizar la estación de penitencia en esa tarde de luto, donde todos los hombres, le cercioraba, vestían con traje negro en un respetuoso silencio y decoro [...].* No obstante, D^a Teresa no supo decirle quién fue el imaginero que labró tan magnífica talla (ver figura pág. 135) así como tampoco el año de la llegada de la imagen a nuestro pueblo.

Así las cosas, y de manera circunstancial, se pudo comprobar posteriormente la existencia, tiempo atrás, del rito del descendimiento en Torredelcampo, pues en una de las frecuentes visitas al Archivo Diocesano de Jaén, situado en la Catedral, el que les relata, pudo encontrar un documento de 4 de marzo de 1.854 donde se refrenda dicho rito y cuya copia obra en poder de la cofradía desde 2010.

Leyenda del Cristo Yacente

El documento al que aludimos es una petición en la que el Hermano Mayor de la Cofradía del Santo Sepulcro de Torredelcampo de aquel entonces, Simón de Arroyo, realiza al obispo solicitándole permiso para recuperar el antiguo rito del “Descendimiento”, suspendido ocho años atrás. El obispo, como era costumbre, pidió mediante oficio al párroco de Torredelcampo, D. Manuel José Cobo Molina, que emitiera un informe dando detalles sobre el tema, a lo que éste explica que esa costumbre se suspendió [...] *porque ya no producía los saludables efectos que se deseaban ni tampoco los fieles lo pedían con el mayor fervor* [...]; No obstante, continúa [...] *ahora, según los veo dispuestos, y desean hacerlo con toda la reverencia debida; no hay inconveniente que Vuestra Santidad Ilustrísima les conceda la gracia que el suplicante solicita* [...]. Por tanto, con estas inmejorables referencias del párroco, el obispo le concede la licencia para retomar, de nuevo, este antiquísimo rito con fecha 7 de marzo de 1.854.

En cuanto a la talla, ocurrió algo parecido a lo ocurrido con el rito del descendimiento, pues comentando Manuel Plata el hecho con un conocido cofrade, le dijo que él tenía una foto de dicha talla, que le enseñó con muchísimo misterio y no pudo o no quiso decir cómo la consiguió, lo que dejó a nuestro amigo Manuel escamado. No obstante, tras una labor de investigación, se pudo comprobar que dicha foto de la talla estaba incluida en el catálogo que Enrique Romero de Torres elaboró en la provincia de Jaén en 1.901, y que se la cataloga como la nº 223.

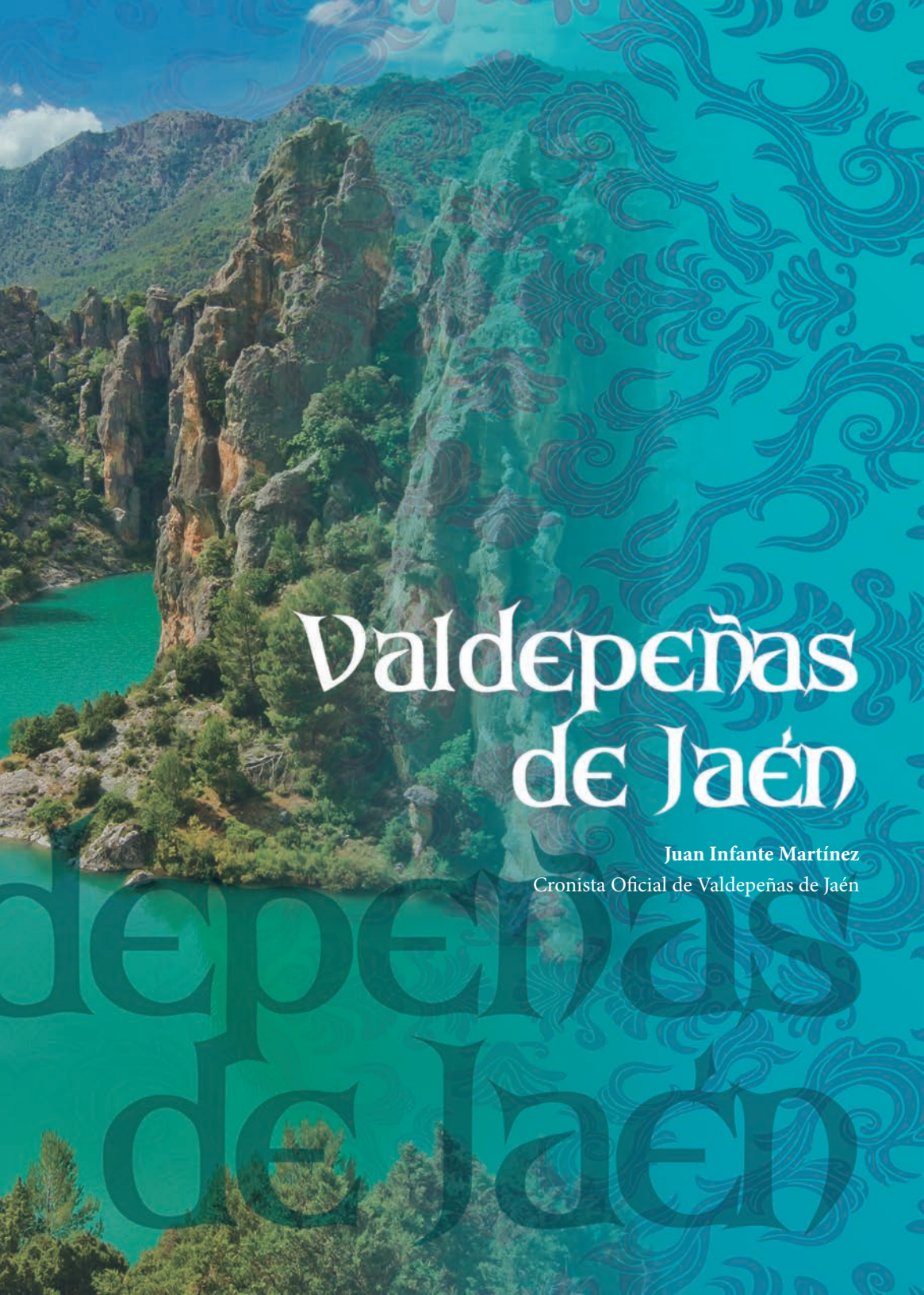
En cuanto al tercer paso, la comprobación del pozo para ver si está o no la talla, no se ha podido abordar por una sencilla razón: al tratarse de una talla de madera, la humedad del pozo y el paso de más de 70 años habrían acabado con la misma. Por lo que, así las cosas, dicha leyenda seguirá, como tal, de boca en boca a través del tiempo.



Talla del Cristo Yacente articulado de la Cofradía del Santo Sepulcro, catalogada por D. Enrique Romero de Torres en el fondo del catálogo que realizó en la provincia de Jaén en 1901 y objeto de esta leyenda.



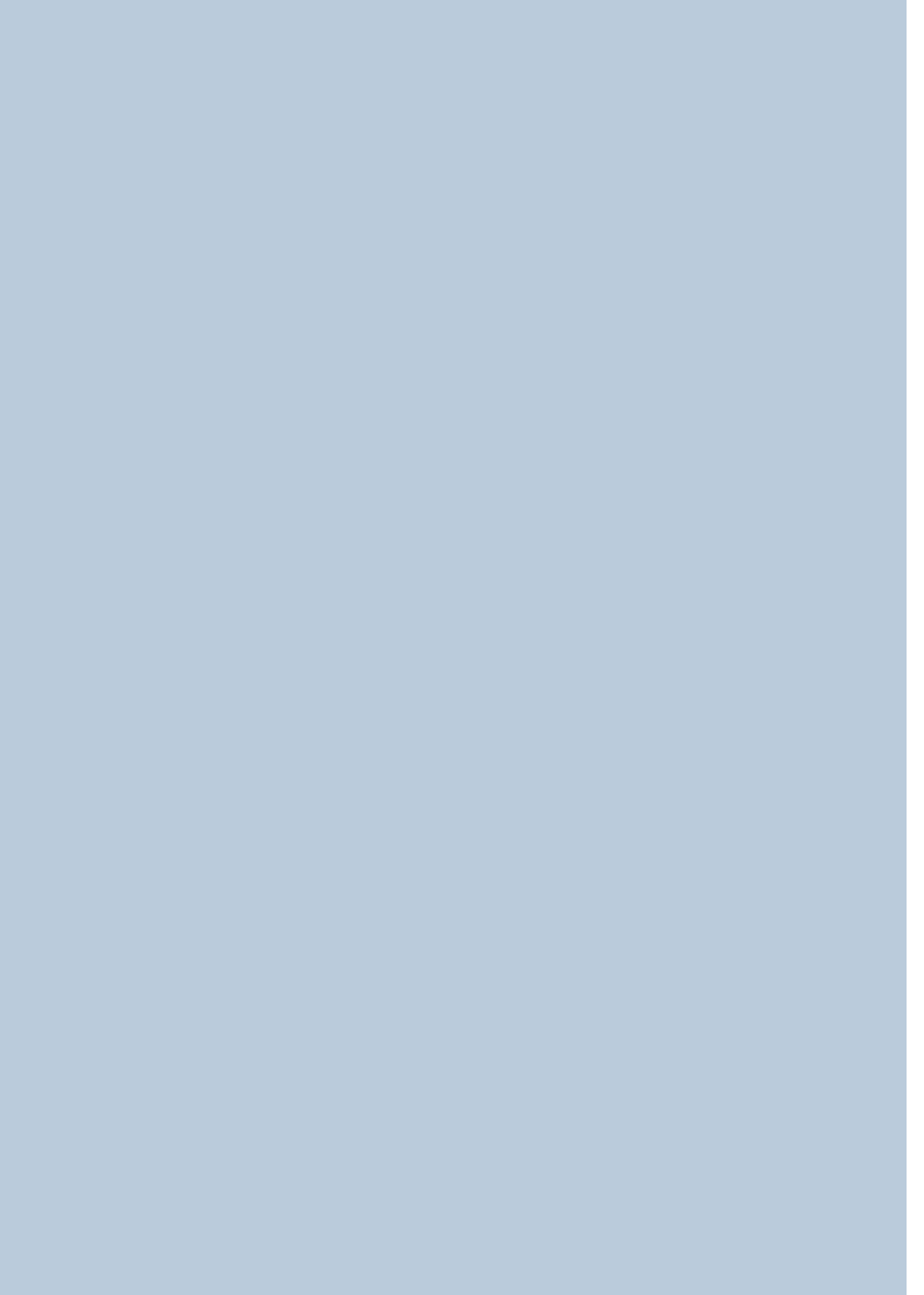
Valc



Valdepeñas de Jaén

Juan Infante Martínez

Cronista Oficial de Valdepeñas de Jaén



EL CRISTO DE CHIRCALES.



Podemos afirmar, sin temor a equivocarnos, que el Cristo de Chircales es lo más querido por todos los valdepeñeros. Es el punto de unión del pueblo. Alrededor de Él giran sus fiestas más importantes: la Feria de Septiembre y la Romería de mayo.

Aunque el nombre de Chircales aparece ya en 1.330 en el “Libro de las Monterías” del Rey Alfonso X el Sabio, no sabemos a ciencia cierta desde cuando es utilizada esta zona como centro religioso.

Es posible que los primeros ermitaños se asentaran en Chircales mucho antes de la fundación de Valdepeñas, concretamente en la “Cueva de los Milagros” y sus alrededores.

Lo que sí es cierto es que los primeros datos documentados de la ermita de Chircales y de la presencia de ermitaños en ella se remonta a 1.568, prácticamente a la fundación de Valdepeñas.

Sobre la presencia del Cristo de Chircales en su ermita, los primeros datos encontrados son del año 1.609. En un inventario se recoge la existencia de “un cuadro grande de un crucificado, que tiene pintado el dicho cuadro y dos imágenes”.

De cómo llegó el Cristo de Chircales a su Ermita de Chircales, existen dos versiones.

La leyenda más popular dice que dos pastorcitos entraron en una

cueva y, en la oscuridad, observaron como colgado de un clavo había un lienzo rollado, que bien pudiera ser tela para uso de trajes de vestir, pero que al desenrollarlo pudieron ver la imagen de un Cristo agónico en la cruz que resultó ser el Cristo de Chircales.



Cristo de Chircales en procesión.

Otra leyenda cuenta que habiendo unos ermitaños viviendo en unas cuevas, que aún hoy se ven, en el citado risco llegó a descansar un arriero que traía paño de venta, deslió un fardo, y entre el paño traía la dicha Imagen y por el favor recibido, manifestando su agradecimiento, les donó dicha Imagen.

Pasado el tiempo, en 1.834 se presentó una epidemia de cólera en Valdepeñas de Jaén y, un grupo de familias, en número de diez, de la calle Sisehace, se ofrecieron al Santísimo Cristo de Chircales si la referida epidemia no entraba en dicha calle, donde estos señores estaban domiciliados. De esta forma, y al no haber ninguna víctima en esta popular calle valdepeñera, se fundó la Cofradía del Santísimo Cristo de Chircales de Valdepeñas de Jaén.

LA CALLE DE LAS ÁNIMAS.



uenta una antigua leyenda que el nombre de la calle de las Ánimas se debe a un triste suceso que en ella ocurrió.

En esta calle vivía una muchacha que se puso novia, en secreto, con un joven valdepeñero. Entre las familias de ambos existía una manifiesta enemistad.

Tal y como era costumbre en aquella época, los jóvenes enamorados quedaban por la noche en la puerta de la casa de la novia, sin alumbrado, para tener encuentros, en la oscuridad, sin ser observados por la familia y el vecindario.

Una fría noche de invierno, un hermano del novio, enajenado por el vino que durante largas horas había tomado, se propuso dar muerte al padre de la novia. Cubierto con una capa en la que escondía un puñal, se trasladó a la casa de la persona a la que quería asesinar.

En la oscuridad, y entre la niebla, distinguió la silueta de un hombre que estaba apoyado en la puerta de la casa. Se acercó y, sin mediar palabra, lo acuchilló en repetidas ocasiones, causándole la muerte de forma instantánea. Rápidamente, se dio a la fuga y al llegar a su casa se acostó, como si nada hubiera ocurrido.

A los gritos de la novia acudieron familiares y vecinos, encontrándose con el terrible suceso.

Al día siguiente, el asesino, horrorizado, comprobó que había acabado con la vida de su propio hermano.

Avisada la justicia fue detenido como sospechoso el padre de la novia. En el juicio que se celebró fue condenado a morir en la horca, siendo ejecutado de forma inmediata.



Calle de las Ánimas.

Desde entonces, y según cuenta la leyenda, en las noches de invierno, y cuando la niebla cubre el pueblo, a la hora en que fue asesinado el enamorado, dicen que se ve su alma y la del otro ajusticiado, deambular por esa calle, la calle de las Ánimas.

Fuente: Juan Martínez Rojas.

HISTORIA DE LOS JILGUEROS.



orría el verano de 1.952, cuando unos muchachos que jugaban en la Plaza del pueblo recogieron un nido de jilgueros que había caído de un árbol, y lo subieron a la torre del Ayuntamiento para que los "padres" pudieran continuar alimentándolos. Poco a poco, los jilgueros siguieron creciendo y abandonando el nido; todos, menos uno, que fue entregado a un maestro barbero, apodado "Gregorete".

"Gregorete" ató a la jilguera a un cimbél, y así, en semilibertad, revoloteaba por la barbería. A veces, la soltaba; y fue en una de estas ocasiones cuando, aprovechando que la puerta permanecía abierta, la jilguera se escapó. Poco a poco fue apareciendo el frío que anuncia el crudo invierno valdepeñero, y Baltasar Infante Morales, sastre de 58 años de edad, que veía revolotear por el balcón de su sastrería a la jilguera, sintió pena de que tuviera que dormir en la calle y encargó a su hijo que le tendiera una trampa, y la capturaron. "Gregorete", cuando conoció el hecho, dijo a Baltasar que se podía quedar con la jilguera.

Tras permanecer un corto período de tiempo enjaulada, un día que el sol brillaba, el sastre Baltasar, dejó en libertad a la jilguera y es-



peró, con emoción, su regreso. Trascurrieron varios días y cuando se había hecho a la idea de que la jilguera ya no volvería, escuchó un canto que le era familiar: la jilguera volvía a su hogar, ante la alegría del sastre y de sus aprendizas.

Desde ese momento, la jilguera entraba y salía de la sastrería a su antojo, revoloteaba por la estancia, se posaba en los cuadros, en el hombro de su amigo, en la mesa de corte... Baltasar -que mantenía largas conversaciones con ella- le recriminaba el que se acercara tanto a las tijeras, mientras cortaba, por miedo a herirla.

Así fue transcurriendo el invierno, con sus continuas entradas y salidas de la sastrería. A veces, cuando volvía y encontraba la puerta cerrada, cantaba apoyada en el balcón, llegando, incluso, a picotear en los cristales cuando no era escuchada. Por las noches solía dormir agarrada a los cables de la luz o en alguna viga del techo.

En la primavera de 1.953, la jilguera cambió sus hábitos de entradas y salidas. Las noches las pasaba fuera y, a lo largo del día, hacía diez o quince visitas a su amigo.

La jilguera se hizo popular en Valdepeñas, y su historia era muy conocida en el pueblo; por esta razón, era bastante frecuente ver a grupos de valdepeñeros, junto a la puerta del sastre, observando sus entradas y salidas. La jilguera, sin inmutarse, se posaba y cantaba en la pequeña palometa que el bueno de Baltasar había instalado en la fachada, junto al balcón, donde nunca faltaba agua ni alpiste.

No había finalizado aún la primavera, cuando un día la jilguera no volvió. La tristeza invadió la sastrería. Todos creyeron que había caído en alguna trampa, o que algún cazador había terminado con su vida. Todos, menos el sastre, que -como buen cazador- sabía que era la época de celo.

Al cabo de 15 ó 20 días la jilguera volvió de nuevo, y la alegría se instaló en la sastrería. Oficialas y aprendizas volvieron a sonreír. La jilguera volvía de su "luna de miel", acompañada por un bello jilguero, que, aunque al principio prefirió esperar, apoyado en los cables de la luz, más tarde también entró dentro de la sastrería, y, junto a la jilguera, picoteó del alpiste que Baltasar les ofreció, marchándose a continuación.

Así permanecieron durante bastantes días, hasta que, de nuevo, los jilgueros dejaron de visitar la sastrería.

Había transcurrido ya un mes desde su última visita, y Baltasar empezó a aceptar que hubiese ocurrido lo peor. Cuando había perdido ya toda esperanza de volver a ver a sus amigos, estos, nuevamente, se volvieron a presentar; pero, además, ¡acompañados de cuatro lindos jilguerillos! Eran sus primeras crías. La pareja había esperado a que

sus hijos pudieran volar para poder presentárselos a Baltasar.

La sastrería fue toda una fiesta. La jilguera, decidida, entró la primera; el jilguero, ya sin titubear, después; los jilguerillos, tras descansar unos momentos en la reja de una casa cercana, a continuación.

Durante ese verano de 1.953, ante la mirada atónita de los vecinos, la jilguera siguió visitando diariamente a su amigo; a veces, sola; otras, acompañada por sus hijos.

La prensa se hizo eco de la noticia y la historia de la jilguera se extendió por todos los rincones de España. Una pléyade de poetas visitó nuestra ciudad y, con la jilguera y el sastre como testigos, recitaron bellos poemas.

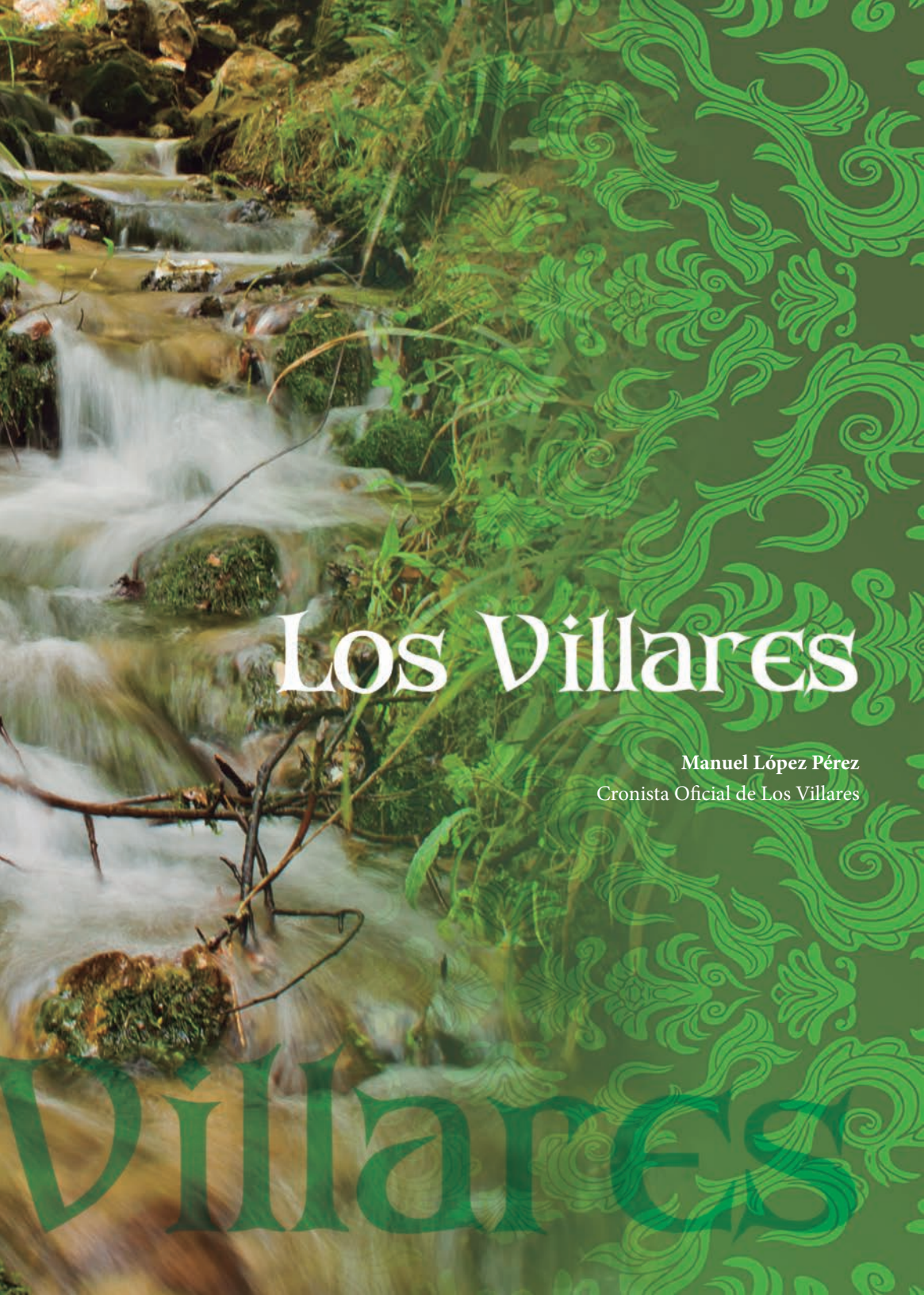
Desde entonces, Valdepeñas de Jaén es conocida como Valdepeñas de los Jilgueros.



Cartel de las "Jornadas de los jilgueros" 1990. Juan Antonio Guirado.



loss



Los Villares

Manuel López Pérez
Cronista Oficial de Los Villares

Villares

EL MILAGRO DE SAN JUAN DE LA CRUZ.



Entre las muchas leyendas que tiene por marco el pueblo de Los Villares, destaca una que refiere la prodigiosa sanación que San Juan de la Cruz realizó en la posada del lugar. Episodio de indudables tintes hagiográficos y legendarios recreados por la tradición oral, pero que en buena parte ha sido documentado.

San Juan de la Cruz (1542-1591) dejó muchos recuerdos legendarios de su etapa giennense. Desde su llegada a la provincia en 1578 hasta su santa muerte en Úbeda en 1591, San Juan de la Cruz recorrió intensamente la provincia animando en ella la reforma de los Descalzos. De manera especial, desde la primavera de 1585 al verano de 1588 Fray Juan desplegó una agotadora actividad caminera que le tuvo continuamente de un sitio para otro. Sobre todo cuando tras el Capítulo celebrado en Pastrana en octubre de 1585 se le eligió Vicario Provincial de Andalucía, lo que le obligó a visitar y atender los negocios de los conventos descalzos de Granada, El Calvario (Villanueva del Arzobispo), La Peñuela (La Carolina), Málaga, Caravaca, Sevilla y Guadalcázar, aparte de los conventos de monjas de la Orden, no menos numerosos y desperdigados.



Vistas desde el Cerro del Viento.

Unas veces andando y otras con apoyo de un borriquillo, sin más compañía que un fraile que le auxiliaba como secretario y algún hermano lego, el Santo iba de pueblo en pueblo dejando en todos sitios su recuerdo e impronta.

Escasos son los rastros documentales que han quedado de este incesante ir y venir por lo que muchas veces las referencias están desfiguradas e incluso inventadas por sus devotos. Pero buena parte de ellas, aun con tintes legendarios y sin mayor precisión de fechas y circunstancias han llegado a nosotros gracias a las declaraciones procesales de quienes fueron sus compañeros de viaje. Y en este contexto hay que situar el paso de San Juan de la Cruz por Los Villares, pueblo que estaba recién fundado.

Conocemos el episodio por la declaración que en su momento hizo uno de sus habituales acompañantes, el hermano Fray Martín de la Asunción y que se conserva inserta al folio 1.047 del manuscrito 12.738 de la Biblioteca Nacional, una de las muchas fuentes usuales para la biografía del Santo.

El suceso –no sabemos fecha exacta- debió tener lugar en los meses primeros de 1587. San Juan de la Cruz, acompañado de los hermanos Fray Pedro de la Madre de Dios y Fray Martín de la Asunción, venía de Córdoba y posiblemente se dirigiera al nuevo convento de Mancha Real.

El Santo seguía una ruta extraña y dilatada que se estuvo usando hasta el último cuarto del siglo XVIII. De ella encontramos cumplida referencia en las informaciones que en 1781 facilitó don Francisco Tomás de Porcuna y Fuentes, Prior de Valdepeñas de Jaén, al geógrafo don Tomás López. Es un camino que desde Porcuna alcanza el término de Martos y desde aquí, siguiendo dos variantes, va hacia Valdepeñas de Jaén –doce cuartos de legua- “...por el Cerro del Viento, que a dos leguas está el Salado, que nace del dicho Cerro del Viento...”, camino apacible porque “...son llanadas, con algunas hoyas, tal cual cortijo, olivares y caserías...”. Prosigue por Valdepeñas de Jaén, donde hay otros doce cuartos de legua hasta Jaén, pasando por Los Villares.

Viniendo desde Córdoba por esta ruta, siguiendo el camino Bujalance-Cañete-Porcuna-La Higuera-Martos-Valdepeñas de Jaén-Los Villares-Jaén-Mancha Real, caminaba San Juan de la Cruz con su imprescindible borriquillo y la compañía de dos legos carmelitas, Fray Martín de la Asunción y Fray Pedro de la Madre de Dios.

Sobrepasada Porcuna, ya en las proximidades del río Salado, el hermano Pedro de la Madre de Dios, por imprudencia propia de la juventud, tuvo una caída fracturándose la pierna derecha. Curole Fray Juan provisionalmente y prosiguieron la marcha hasta llegar a la venta o mesón de Los Villares, donde se detuvieron. Y al tratar de auxiliar al accidentado para que descabalgara del burro, advirtieron que había sanado prodigiosamente.

Más dejemos que sea el propio hermano Martín de la Asunción quien nos narre el suceso en su declaración testimonial:

“... Un día –cuenta- viniendo de Córdoba el Padre Fray Juan de la Cruz y un hermano que se llamaba Pedro de la Madre de Dios, donado de nuestra Santa Religión que andaba con el Padre Fray Juan de la Cruz porque era en aquella ocasión Vicario Provincial de esta Provincia, llegados los tres a un río que se llama El Salado, que está bajo la villa de Porcuna, dio a correr el hermano por una cuesta abajo y corriendo como iba se le quebró la pierna derecha y se cayó allí luego como muerto y riéndome yo de la caída antes de que llegásemos los dos, me dijo el Padre Fray Juan:

-No se ría, que se ha hecho mucho mal nuestro hermano.



Y llegando a donde estaba nos apeamos y tenía la pierna como una caña cascada y salidos los huesos aunque no fuera de la carne. Y el Padre Fray Juan lo curó allí y lo subimos en una de las cabalgaduras y llegando a una venta que está cabe Los Villares, parando a comer allí, le dijo Fray Juan de la Cruz:

-Aguarde, hermano; lo apeamos desa cabalgadura para que no se lastime...

Y respondió el hermano:

-Padre, ya vengo bueno, que no me duele nada.

Y se apeó sano y bueno como si ni hubiera habido tal..."

No hay mas referencia documental de esta estancia de San Juan de la Cruz en Los Villares y lo enrevesado de la ruta seguida, junto a la imprecisión en la secuencia de los hechos nos plantea más de una duda. Pero lo cierto es que la referencia, aunque convertida en leyenda por la tradición oral, está ahí y merece ser anotada.

Escasamente recogida por los biógrafos del Santo, en la edición que se hizo en Sevilla en 1703 de las "*Obras espirituales de San Juan de la Cruz*", libro que va precedido de un "*Compendio de la vida de San Juan de la Cruz*" redactado por el Padre Jerónimo de San José, sí se recoge e incluso se ilustra este episodio con un grabado hecho por mano de Matías de Arteaga. Luego lo glosaron otros biógrafos, sobre todo el P. Crisógono de Jesús. Gracias a sus testimonios, Los Villares se incorpora a la sugestiva geografía sanjuanista, para que también nosotros podamos enorgullecernos aplicando a nuestro pueblo aquella estrofa que inmortalizó este frailecico santo, místico y poeta:

*“...Mil gracias derramando
pasó por estos sotos con presura,
e yéndolos mirando,
con sola su figura
vestidos los dejó de su hermosura...”*



UNA JUSTICIA EJEMPLAR.



urante muchos años, los caminos y recovecos de la Sierra Sur fueron lugar propicio para el encubrimiento de hechos delictivos y para que maleantes y gentes de mal vivir encontraran espacio para hurtarse a la acción de la Justicia.

Precisamente para garantizar y asegurar el tránsito por estos solitarios parajes se inició en el siglo XVI una fecunda acción repobladora que daría origen a varios pueblos, solventando así un problema social.

Un ejemplo de la efectividad de aquella colonización fue el caso que comentamos, leyenda directamente entroncada con la etapa inicial del pueblo serrano de Los Villares.

Ocurrió el año de 1568 cuando el pueblo, entonces dependiente del Concejo de Jaén apenas si había consolidado su fundación.

En tales fechas la Capilla de San Ildefonso, de Jaén, todavía con la titularidad de *Capilla de la Visitación de Nuestra Señora*, ya se significaba como uno de los espacios sacros más señalados de Jaén, favorecido por la generosidad de los fieles con múltiples ofrendas votivas que poco a poco configuraron un rico patrimonio.

Su situación peculiar en el solitario arrabal fuera de los muros de la ciudad y con fácil acceso desde el campo, lo mantenía envuelto en un continuo temor y sobresalto. Mucho más, cuando Jaén volvía a re-



tomar su perdido carácter fronterizo al soliviantarse la comunidad morisca del vecino Reino de Granada.

Aprovechando sin duda estas circunstancias, un joven de noble familia cordobesa concibió la idea de desvalijar la capilla de Nuestra Señora y a tal efecto se ocultó en el púlpito y una vez cerrado el templo despojó a la imagen de la Virgen de la Capilla de todas sus joyas y preseas, así como de sus ricas lámparas de plata, no sin antes cubrir pudorosamente el rostro de la Virgen con un paño para evitar la turbación de su mirada.

Después huyó entre las sombras de la noche y caminó en dirección hacia el Sur buscando la seguridad de la Sierra. Confundido y abrumado por su delito vagó de acá para allá durante toda la noche y el día siguiente. Y veinticuatro horas después de su sacrílego robo, cuando se juzgaba ya muy lejos de Jaén y libre de posibles persecuciones, resultó que se encontraba en las inmediaciones de Los Villares, muy cerca por tanto de Jaén.

Allí se tropezó con un guarda que sospechando de su azoramiento y del abultado saco que cargaba a las espaldas le detuvo y condujo frente a la Justicia, ante la que se confesó autor de tan indigno expolio.

El robo había causado una gran conmoción en la capital hiriendo profundamente los sentimientos de la comunidad eclesial que presidía el obispo don Francisco Delgado, hombre enérgico y severo, por entonces muy ocupado en apoyar los preparativos para sofocar la rebelión de los moriscos.

No conservamos las actas municipales de 1568 y por tanto no sabemos con detalle como se vivió tan doloroso robo. Pero sí disponemos en cambio de una deliciosa crónica que del mismo hizo setenta años mas tarde el Licenciado don Antonio Becerra, Capellán Mayor de Nuestra Señora y Prior de San Ildefonso, que nos lo cuenta así:

“...Aquí referiré dos robos que han hecho a este Santuario. El primero sucedió el año de 1568. Un mozo de tierra de Córdoba, tan mal inclinado como temerario, se quedó escondido una noche en el púlpito de esta santa capilla para robarla. Y a la hora mas segura que juzgó a propósito para su atrevimiento, quitó a la Santa Imagen las coronas, joyas y vestidos y huyose llevando consigo el precio de su maldad. Pero como a los que son tan grandes criminales no dilata el cielo el castigo, ni para él se vale de mas ministros que la misma atrocidad del delito, sucedió que habiéndose sabido el robo y sintiéndose en el lugar como era justo, antes que pudiesen lograr diligencias para coger al malhechor, su mismo pecado le puso en manos de la Justicia por un modo bien maravilloso: porque habiendo caminado toda la noche y el día siguiente con la prisa que le ponía el miedo a su castigo,

pareciéndole estaría ya a más de treinta leguas, según él dijo, desta ciudad de Jaén, se halló al anochecer junto a un lugar que llaman Los Villares, a menos de una legua de aquí, donde un guarda le encontró tan turbado, que sin más indicios le conoció el hurto y sin mas ayuda que las prisiones que le ponía su culpa, lo prendió, maniató y desvalijó y trajo a esta ciudad, donde antes de castigarle confesó que al tiempo de ejecutar su atrevimiento fue tal la turbación que le dio verse cerca de esta Santa Imagen y lo brillante de aquel santísimo rostro, que le fue forzoso tapársele. Ocurriome aquí lo que le sucedió a los sacrílegos sayones que nos cuenta San Mateo en el capítulo 14 y San Lucas en el 12: Velabant eum; que taparon a Cristo Nuestro Señor su santísimo rostro para poder burlarse de Él porque les embarazaba la luz que de Él salía. Y así este probrecillo tapó el rostro de esta Santísima Imagen y fue verdad que así lo hallaron a la mañana. Sentenciáronle a muerte y aunque vino su padre, que era hombre rico y quiso rescatar la vida de su hijo con una gruesa limosna para esta capilla, no pudo recabar se mudase sentencia tan justa y así le ahorcaron...”.

Triste y ejemplar desenlace tuvo aquel robo. Desde Los Villares, lugar de su prisión, el



Plaza del pueblo.

joven delincuente fue llevado a Jaén con su botín. Encausado por la Real Justicia, se le condenó a muerte. Vino desde Córdoba su padre que movió influencias, prometiendo reparar a su costa el daño y hacer una cuantiosa donación a la capilla de la Virgen. Pero fue en vano. Los códigos eran entonces inflexibles y más aún para delitos sacrílegos. Además la ciudad vivía prácticamente militarizada a causa de la guerra con los moriscos, lo que hacía que en esas circunstancia la piedad pudiera entenderse como debilidad.

Con las formalidades y publicidad entonces en uso, el joven, una vez reconciliado con la Iglesia, fue ahorcado. Y para eterno escarmiento su cuerpo fue descuartizado, exponiéndose los cuartos, según uso y costumbre, en el lugar de Los Villares, sitio de su prisión y en la iglesia parroquial de San Ildefonso, escenario de su delito.

Y para perpetua memoria del suceso, una vez consumidos sus restos mortales, se dispuso que la cabeza –ahora tallada en piedra- se colocara sobre uno de los contrafuertes de la fachada del templo para que por los siglos de los siglos pregonara en silencio la enormidad de su culpa.

Y allí sigue, sobre el contrafuerte cilíndrico inmediato a la portada renacentista de San Ildefonso, aunque desde la reforma del tejado efectuada en 1989 apenas si es visible este testimonio legendario.

Agradecimientos.

Desde la Asociación para el Desarrollo Rural de la Sierra Sur de Jaén queremos agradecer a cuantas personas e instituciones han colaborado en este trabajo, con especial mención a los Cronistas e Investigadores de los municipios de nuestra Comarca que coordinados por la Asociación Comarcal de Investigadores Locales de la Sierra Sur de Jaén (ACISUR), han hecho posible la edición de esta obra. En particular a las siguientes personas:

Jorge Álvarez Vilchez.

Ignacio Bonilla Fernández.

Antonio Luis Bonilla Martos.

Gabriel Gómez Almenzar.

Juan Infante Martínez.

Juan Liébana Liébana.

Manuel López Pérez.

Francisco Martín Rosales.

Juan Moral Gadeo.

María Teresa Murcia Cano.

Domingo Murcia Rosales.

Pedro Portillo López.

Antonio Rivas Morales.

Dolores Ruíz Sevilla.

Antonio Teba Camacho.

En la memoria de los pueblos están los secretos
del pasado y las claves del futuro.

Asociación para el Desarrollo Rural de la Sierra Sur de Jaén.

